

LOS CURSILLISTAS Y LA EUCARISTÍA

El Santo Padre Francisco, cuando era Cardenal Arzobispo de Buenos Aires en su carta a los cursillistas de la Arquidiócesis de fecha 13 de Junio de 2011, Fiesta de María, Madre de la Iglesia, les decía:

«Queridos *Cursillistas*:

» «La buena semilla son los que pertenecen al Reino» (Mt 13,38).

»En la proximidad de la solemnidad de San Pablo, vuestro patrono y modelo de cómo “vivir de colores” damos gracias a Dios por todos los frutos, que a lo largo de los años, la Obra de los Cursillos de Cristiandad le ha brindado generosamente a la Iglesia. Vuestro servicio de anunciar a Cristo siendo sus testigos en los ambientes cotidianos, es vivir, renovar en forma concreta el Bautismo que en Él hemos recibido y los convierte en discípulos y misioneros de la Palabra, según lo expresado en la “Const. de la Iglesia”: “A este apostolado, todos están llamados por el mismo Señor, en razón del Bautismo y la Confirmación” (Nº 33).

»Les escribo conciente de las dificultades que presenta la inculturación del Evangelio en la sociedad actual y en la confianza que vuestra audacia y fervor apostólico, nacidos del encuentro personal consigo mismo y con Cristo los lleve a hacer historia, en función del bien, para que muchos hermanos, excluidos o no, que viven en la periferia se sientan abrazados por el amor de Jesús.

»Ser peregrinos en nuestra Ciudad significa no instalarnos, estar abiertos a la vida y prestar atención a lo que pasa en nuestro corazón como un buen samaritano ante la realidad difícil de tantos hermanos.

»Es necesario que el Movimiento de Cursillos de Cristiandad a través de la participación de todos, continúe su camino de conversión pastoral como nos propone Aparecida.

»Como Cursillistas en tiempos difíciles deben pedir a Dios la Gracia de tener muchos ahijados, de tener siempre un precursillo en marcha, para no caer en la desesperanza que paraliza y angustia. El regalo del Kerigma que recibieron en el Cursillo es misionante como propone el trípode (piedad, estudio y acción).

»Como Iglesia Arquidiocesana necesitamos la unidad de todos en Cristo, para que Él, sólo Él reine en nuestros corazones y poder así reconocerlo como los discípulos en Emaús.

»Al darte gracias por tu peregrinar como cursillista te pido que no dejes de renovar en Jesús Eucaristía tu ardor y fervor apostólico y el de tus hermanos de Reunión de Grupo.

»Hoy más que nunca necesitamos que tu cercanía en los ambientes sea luz y alegría para tantos hermanos que ignoran que Dios es un Padre que los ama con ternura. Hoy más que nunca necesitamos tu presencia para que muchas familias encuentren en el amor trascendente de Cristo, una nueva y más grande dimensión del amor humano.

»Hoy más que nunca necesitamos de tu persona y tu testimonio en las Ultreyas, para seguir “adelante”, más allá, en el anuncio y vivencia del Kerigma.

Les pido por favor que recen por mí. Que Jesús los bendiga y la Virgen, Madre de la Divina Gracia, los cuide.

»Afectuosamente».

Como homenaje a todos los cursillistas del mundo te ofrezco la vida de oración y el fervor a Jesús Eucaristía de uno de ellos, del Venerable Manuel Aparici. El documento recoge algunos testimonios muy cualificados sobre su personas de Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, religiosos, seglares, etc.

Comienzo dando a conocer su figura según los Peritos Teólogos. A continuación hablo de su vida de oración según los testimonios recibidos y el Informe de los Peritos Teólogos. Después ofrezco algunos de sus diálogos de amor ante el Sagrario y modelos de oración, para hablar seguidamente del adorador enamorado de Jesús Sacramentado según los mismos testimonios, su Cuaderno de Meditaciones, Ejercicios y Retiros, Diario Espiritual ¹ y cartas. Te doy a conocer las últimas palabras que nos ha dejado escritas. Después te ofrezco algunas de sus frases o pensamientos que expresan la filosofía espiritual de su vida, para recoger por último algunos testimonios a raíz de su muerte y finalizaré ofreciéndote algunos testimonios muy cualificados sobre él.

Con el fin de poder apreciar mejor cuanto manifiesta en sus cartas sobre la Eucaristía, la Santa Misa, etc., ofrezco, a través de las mismas, marco incomparable, su etapa de victimación. Asimismo, ofreceré algunas cartas de algunos de sus amigos relativas a este periodo de su larga y penosa enfermedad, que nos descubrirán la alta estima y valoración en que le tenían. Por ellas podrás apreciar su grandeza de alma, su amor a la cruz, su entrega generosa, la aceptación plena de la voluntad de Dios, etc. y su inmolación gozosa hasta la consumación final, en pleno acto consciente, libremente aceptado, de servicio y amor entrañable a su Dios y Señor y a sus hermanos los hombres, rostros vivientes de Cristo.

Para la redacción de este documento me he servido, además, de otros escritos de Manuel Aparici, de la Semblanza Biográfica editada, de los testimonios recibidos y de los Informes de los Peritos Archivistas y de los Peritos Teólogos.

I. INTRODUCCIÓN

«3 de diciembre, mi primera vigilia de Adoración Nocturna. 1930 ingreso en la Adoración Nocturna, empiezo a entregarme al apostolado [...]. Mi hermano Félix María fue instrumento de Jesús para llevarme a la Adoración Nocturna» ².

«Me recreé por anticipado pensando en mi hora de vela en la Adoración Nocturna» ³.

*«Esta noche tenemos Adoración Nocturna. ¡Ayúdame, oh Jesús, a serte útil!»*⁴.

«Tuvimos después Adoración Nocturna. Cerca de dos horas estuve ante el Señor. Le supliqué al Padre, en nombre de los amados de su Hijo, que me conrucifique con Él.

«Jesús volvió a insinuarme que no temiera, que Él me ama infinitamente y que me llenará de su gracia para hacerme todo suyo» ⁵.

¹ De su Diario y Cuaderno dice el Siervo de Dios:

* «Unos días pasados sin anotar mis acciones diarias, sin anotar, mejor dicho, el móvil de estas acciones: la gloria de Dios. Hoy reanudo mi Diario. El me va a servir como ayuda en esta lucha de la perfección» (9/10/1931).

* «¡Un mes largo sin confiar nada a este Diario, especie de espejo de mi conciencia!» (18/12/1931).

* «Un día escribo mi Diario y luego transcurre una semana o más sin volver a hacerlo, y así no puedo darme cuenta de si adelanto o retrocedo» (23/1/1932).

² Cuaderno.

³ Diario.

⁴ Idem.

⁵ Idem.

«La infinita caridad de Dios ha querido concederme una vigilia de adoración a la Divina Majestad en el Santísimo Sacramento del Altar. Cuatro horas me ha tenido atado en su Corazón haciéndome gustar la inefable ternura de su amor. ¡Pobres almas que no conocen el amor de Dios en Jesucristo!

»Le he pedido que me quite la vida antes de dejarme pecar y que me haga brazo de su cruz»⁶.

«Y a la noche, la Adoración Nocturna. ¡Cuántas gracias y cuántas voluntades libres compaginadas para mostrarme tu amor! Y tú me dices que no puedes revelarme, que todo signo es pequeño, porque todo signo como creado es finito y tu amor es infinito.

»Fiel amador, ¡cuán amoroso te muestras conmigo, que fui tu verdugo! Comprendo que quieres llegar a hablarme sin palabras en la esencia del alma; que, pues, me escogiste para que predicara tu amor, quieres dármelo a conocer para que así tu amor engendre en mí la nueva creatura que quieres que sea: tu sacerdote, tu otro, que irradie el olor de tu caridad infinita»⁷.

«Gracias Señor porque has oído mis ruegos; tú sabes con cuanto cansancio, desolación y aridez me hiciste orar ante el trono de su amor eucarístico esta noche pasada; tú sabes cómo mendigué a tu caridad infinita que me ayudaras a ser todo tuyo ...»⁸.

«Esta noche Él me llevará a la oración, a despedir este año y a recibir el que viene ante Él en la Eucaristía. Noche de renovación de propósitos y de entregarme a Él.

»Ayúdame, oh Señor, a vencer tanta repugnancia como mi carne tiene a tu cruz!»⁹.

Pero a veces, a pesar sus buenos deseos, no asistía a alguna vigilia, por las razones que el mismo nos ha dejado escritas en su Diario.

«Presente tuve, en la visita a mi Señor, mi infidelidad. Le pedí perdón, le prometí enmienda y me recreé por anticipado pensando en mi hora de vela en la Adoración Nocturna; pero no he podido ir [el Siervo de Dios era Vicepresidente Nacional de la Juventud de Acción Católica]. Cené tarde. Mi madre se hallaba disgustada y con fuerte tos y me he quedado en casa; mas luego, cuando todos se acuesten, quiero pasar una hora en oración. Te adoraré en espíritu, ¡oh amado Jesús!, y tú vendrás a mí, porque te amo».

«La Visita al Santísimo, aunque de veinte minutos [el Siervo de Dios era Vicepresidente Nacional de esa Juventud], la hice con poca devoción. Pero, luego, por la tarde fui a ver al P. Luis y el me dio la paz. Su orden ha sido no preocuparme de nada hasta que haga los Ejercicios de septiembre. Entretanto que siga trabajando, que vuelque mi alma en las obras de apostolado»¹⁰.

«He sentido confusión, fuego y humo cuando he dejado de hacer alguna de las cosas que tenía proyectadas para lo que creía tu servicio en la Juventud de Acción Católica [el Siervo de Dios era ya Presidente Nacional] por atender a requerimientos de mi madre en favor de mis hermanos, especialmente en favor de mi hermano

⁶ Idem.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

¹⁰ Idem.

Rafael. Bien es verdad que al fin, refunfuñando y gruñendo, irritándome y perdiendo la paz, lo he hecho.

»Especialmente me pasó esto cuando al ir a salir para asistir a una vigilia de Adoración Nocturna a tu Santísimo Sacramento llegó mi hermano para que le acompañara a hacer algunas gestiones. Fui, pero estuve con él, que estaba lleno de angustia, muy duro, tanto que mi hermano José Luis me lo echó en cara con amor.

»Aquella noche me arrepentí y a la mañana siguiente fui a reconciliarme con él, recordando que tú habías dicho: «Reconcílate con tu hermano, y después ven y deposita tu ofrenda en mi altar».

Otras veces, posiblemente, se debía a sus muchas obligaciones como alto dirigente de la Juventud de Acción Católica que le hacían tener que ausentarse de Madrid los días de vigilia, o profesionales: pertenecía al Cuerpo Pericial de Aduanas. Consta que cuando faltaba, abonaba la cantidad correspondiente, casi como multa, por sus ausencias y se imponía penitencias.

»Una hora de meditación, a ser posible antes de la Misa. Media hora de meditación, a ser posible ante el Santísimo, representando, ante el Señor, a los jóvenes que no pueden, saben o quieren orar.

»Dos visitas al Santísimo, una por mí y otra por los jóvenes. Cuando no pueda hacerlas físicamente, las haré espiritualmente».

II. LA FIGURA DE MANUEL APARICI SEGÚN LOS PERITOS TEÓLOGOS

Manuel Aparici, desde el inicio de sus escritos –dicen los Peritos Teólogos–,¹¹ nos va descubriendo su llamada especial a la santidad en el día a día de su vida, tratando de vivir el plan que él mismo se había trazado en la búsqueda de serle fiel al Señor.

Su conversión espiritual tiene una motivación de su amor mariano.

Inspirado en el amor a Jesucristo, inicia sus grandes resoluciones; entre ellas la búsqueda de quien guiará y orientará la vida espiritual de una alma enamorada y sedienta de Cristo.

Al encontrar su director espiritual, se establece todo un dialogo de confianza y abandono en descubrir la voluntad de Dios. Esta dirección está apoyada en lectura espiritual de varios autores, santos y padres de la Iglesia. Entrega, respeto y obediencia incondicional a la Voluntad de Dios, expresada a través del director espiritual.

Para esto establece un horario diario en el que continuamente va examinándose y buscando la manera de cómo agradar a Dios, desde el levantarse de cada día, **oír Misa y comulgar diariamente con devoción**, consagrar su trabajo iluminado por la obra «Deber Moral del Trabajo», la atención y dedicación a su familia, en especial a su madre, el **cuidar su meditación diaria frente al Sagrario en la Visita al Santísimo**, que en tiempo es progresiva desde minutos, medias horas y horas; el ofrecer pequeños y grandes sacrificios como privarse de leer el periódico, el dejar de fumar y vencer la tentación de leer novelas policíacas; dedicar tiempo para el estudio y formación en el campo religioso, examen de conciencia al llegar el atardecer de cada día; compromiso de vivir el tiempo litúrgico a plenitud; diálogos que irán perfilando su compromiso apostólico frecuentando el Círculo de Obreros.

Descubrimos también en sus escritos los momentos de inquietud de un alma enamorada que se complace en expresar los sentimientos de la confianza íntima con el eternamente Amado.

¹¹ Todo cuanto se dice en este Capítulo está tomado íntegramente del Informe de los Peritos Teólogos.

«Sólo decir que amo a Jesús con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi ser, y que **quiero** amarle de verdad, no sólo con las palabras, sino con las obras; que mis acciones digan **todas** que soy cristiano, que soy de Cristo, que le amo, y que, como le amo, hago todo lo que Él quiere y nada de lo que no quiere».

Podemos ver también la lucha interna espiritual y de conciencia por anhelar la perfección frente a la imperfección de su vida a los ojos de Dios.

«Ante todo, debo tener siempre presente que si quiero ser útil a los demás, si quiero producir fruto, debo estar unido a la vid de Nuestro Señor Jesucristo y, por tanto, que, aun con relación a mis dirigidos, mi primer deber es ser perfecto, pues tanto más útil les seré cuanto más perfecto sea».

La juventud es su gran preocupación y por, para y en ellos, proyecta toda su vida de verdadera búsqueda de santidad al sentirse enviado para la misión de tan noble ideal. Desde la Juventud va clarificando el proyecto del plan salvífico que Dios tiene destinado para su vida. El dolor de la juventud le lleva a expresar el fervor por el Sacramento de la Penitencia.

Un viernes del primero de julio de 1932 expresa su disponibilidad para consagrar su vida en una entrega al servicio de Jesús en la opción fundamental de su decisión de ser sacerdote santo.

«**En el fuego del amor eucarístico templé mi alma** y estoy decidido, francamente decidido, a servir a Jesús. Con su divina ayuda haré los estudios y me ordenaré de sacerdote».

En el Diario de su vida espiritual [y Cuaderno de Meditaciones, Ejercicios y Retiros] nos manifiesta continuamente la fragilidad humana de su relación para con Dios; estas reflexiones van acompañadas en un clima espiritual de oración y confianza en el amor misericordioso de Dios. Al tiempo reconoce su flaqueza de espíritu, se deja seducir por el Señor y desea fuertemente servirle.

«Cuando más distraído estaba, el Señor me llamó y me regaló con sus bondades».

El principio y fundamento de su vida consiste ya en ir identificando su relación con el Amado dentro del designio de salvación.

El Santo Sacrificio de la Misa [*la gran obra del amor de Cristo*], escribe] es el lugar privilegiado para llenarse de esa fuerza espiritual que impulsa el ver a Cristo encarnado en signos concretos como son sus superiores, director espiritual, jóvenes y la humanidad entera.

«Hice oración y ofrecimiento breve, me arreglé y fui a Misa. La oí, o mejor **concelebré**, con gran devoción, haciendo después de la comunión acción de gracias detenida, ofreciendo mis acciones todas del día [...]. Vi que, aunque hice oración, no vi a Jesús más que en la persona del Consiliario a quien procuré tratar con reverencia. He de esforzarme en ver a Jesús en mis compañeros y verles también como los amados de Jesús».

Para indicar el espíritu de decisión, toma las palabras de Cristo.

«Hay que caminar mientras dura el día que luego viene la noche y no se puede caminar».

El Ideal de santidad ahora tiene un gran reto: responder con su ejemplo y testimonio de vida para que la juventud vea en él un signo de santificación. Su único deseo es vivir la fidelidad a la voz del Amado, descubrir y fomentar la llamada a la santidad e identificar su vida en una perfecta imitación de Cristo.

«Ahora quiero levantar a vida santa a mis jóvenes, pero ¿soy yo santo? Triste contestación: no, no lo soy. Y es preciso, es preciso que lo sea. Ahora más que nunca debo entregarme a Dios. ¡Son tantos los jóvenes que peligran! ¡Qué terrible responsabilidad! Pero no es, no la responsabilidad, las penas que el Señor pueda imponerme, lo que me asusta, es el dolor que me producen las almas que se pierden [...]. Mis brazos en cruz pueden tapar la sima abierta a los pies de tantos jóvenes y no los extiendo. Huyo la cruz y sólo la cruz puede darme paz; porque sólo en ella con ella y por ella puedo triunfar y mi triunfo, no soy yo, que nada soy, son almas que pongo en manos de Jesús. Divino Corazón, ayúdame».

Aparici es el hombre de una visión universal de la salvación, dirigida para toda la humanidad, tienen especial dedicación la juventud, las personas consagradas, religiosas, sacerdotes, seminaristas y todas las almas sedientas del amor de Dios. Ve en ellos la presencia intercesora que le impulsan y animan con sus oraciones y sacrificios para que él cumpla el gran ideal de su vida: lograr la santidad.

«¡Señor! Cuando tantas almas se te consagran se entregan para servirte como instrumento en la obra de mi santificación, ¿sólo la mía te resistirá ... ?

«Trescientos mil sacerdotes existentes en el mundo que se santifican por mí, trescientos mil que hacen penitencia y oración por mi alma, que ofrecen al Padre su canto, para que el Padre me bendiga ... y yo ¿voy a ser la nota discordante?

«Pero tú, Señor, me conoces bien y sabes cuan grande es mi miseria. Dame tu gracia, irrumpe en mi debilidad con tu fortaleza, en la dureza de mi corazón con la ternura del tuyo, en la frialdad de mi amor con el fuego de tu caridad, para que yo también me inmole y sea tuyo».

«¡Para qué quiero la vida si no he de ser sacerdote santo!». «Ser sacerdote santo o no ser sacerdote». «Cuando me olvide de mí para pensar y vivir sólo para Cristo y sus almas, empezaré a ser santo».

Y el lema de su vida fue «Sitio».

«"Sitio". Tengo sed [...] fue el lema de mi vida de Presidente y sigue siéndolo en el sacerdocio que Cristo Nuestro Señor se dignó participarme».

La inicia desde el camino del dolor y sufrimiento de Cristo, para identificarse con el proyecto de terminar crucificado con Cristo.

Tomar contacto con los escritos de Manuel Aparici Navarro –concluyen su informe los Peritos Teólogos– es sumergirnos en un ambiente verdaderamente espiritual donde se descubre la vivencia de los verdaderos valores y virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad. Muy bien se aplican las palabras del Concilio Vaticano II en relación al testimonio de su Vida:

«A éstos pronto fueron agregados también quienes habían imitado más de cerca la virginidad y pobreza de Cristo y, finalmente, todos los demás, cuyo preclaro ejercicio de virtudes cristianas y cuyos carismas divinos los hacían recomendables a la piadosa devoción e imitación de los fieles»¹².

La Fe como experiencia de Dios

Manuel Aparici es un hombre de profunda vivencia de fe. La alegría de su fe está fundamentada en la Divina Revelación contenida en las Sagradas Escrituras. En sus meditaciones en torno a la Palabra de Dios asume una actitud de búsqueda de la verdad en todo aquello que se refiere a Dios, a la Iglesia, al Magisterio

¹² LG. 50.

Pontificio. Es el hombre que se deja conducir por la ley divina y a pesar de sentirse indigno ante la mirada de Dios decide consagrar su vida en un auténtico seguimiento a Jesucristo; en una conversión profunda que le lleva al compromiso de dedicarse generosamente al servicio de Cristo en la Juventud de Acción Católica.

Fruto de la autenticidad de su fe es la gran motivación de su vida: «Hacer de la juventud de España e Hispanoamérica Vanguardia de Cristiandad». En el crecimiento espiritual de su vida destacan estas motivaciones: servir con alegría, compartir con generosidad, ser víctima concrucificado con Cristo, comunicar el amor y el entusiasmo de su experiencia íntima con Cristo a los jóvenes.

Fe vivida, Fe celebrada

Su fe es robustecida por la participación y celebración de la liturgia que viene a ser como el culmen de su actividad apostólica y al mismo tiempo la fuente donde mana toda su fuerza espiritual. **El centro de su vida es la Eucaristía.** En este Sacramento ve el medio propicio para alcanzar la perfección y perseverar en la amistad de Dios. Para ello, establece la frecuencia de recibir la Sagrada Comunión diariamente, porque recibir a Jesucristo en la Eucaristía significa para él adentrarse en una paz interior que le convierte en fácil y deleitoso el camino de la perfección y su deseo de santidad.

Fe alimentada por la oración

Las verdades de fe las va descubriendo y asimilando en sus momentos de meditación, y alta contemplación, en la oración mental inspirada en el diálogo amoroso con el Amado. Sus momentos de oración son como el gran espacio de una comunicación confidencial en el que brotan pensamientos santos, se enciende su devoción y afecto por sentirse víctima del amor de Dios, se fortalecen sus grandes deseos, ideales en particular de responder al grito de dolor de Jesús en la Cruz: «Sitio». Es en la intimidad de la oración en la que se forman sus propósitos inquebrantables de entregarse del todo a Dios; en ella su alma sacrifica a Dios todos los afectos terrenos y todos los apetitos desordenados. Lo único que a Manuel Aparici le conforta en la oración es buscar continuamente la manera de cómo agradar a Dios; es decir, sólo conocer cuál sea su voluntad y pedirle la necesaria ayuda para cumplirla.

Tenemos que destacar especialmente sus retiros espirituales, el deseo de retirarse para vivir momentos de oración, para tratar a solas con Dios y en **actitud de escucha contemplativa delante del Sagrario.**

Fe en la Iglesia y obediencia al Magisterio Eclesiástico

Manuel Aparici es un hombre de su tiempo. El amor a la Iglesia nace en el corazón de Manuel Aparici bajo el impulso de su amistad con Jesucristo. Es el peregrino que quiere abrir camino en una Iglesia peregrina en medio del mundo, considerada sacramento de salvación para todos los hombres. Su visión universal del misterio de salvación, es su gran preocupación; tienen especial mención los pueblos Hispanoamericanos que esperan la gran cruzada de evangelización.

Como se puede ver en sus escritos hay un apasionado sentimiento y servicio de la Iglesia concreta y peregrina de esta tierra; pero también con una gran visión de futuro. De ahí que cuando leemos la Carta Apostólica «Tertio Millennio Adveniente» de Juan Pablo II también podríamos decir con certeza que esta afirmación fue su gran inquietud:

«En el camino de preparación a la cita del 2000 [...]. El tema de fondo es el de la evangelización, mejor todavía, el de la nueva evangelización [...] nacen de la visión conciliar de la Iglesia, abren un amplio espacio a la participación de los laicos, definiendo su específica responsabilidad en la Iglesia, y son expresión de la fuerza que Cristo ha dado a todo el Pueblo de Dios, haciéndolo partícipe de su propia misión mesiánica, profética, sacerdotal y regia.

»[...] La preparación del jubileo del Año 2000 se realiza así en toda la Iglesia, a nivel universal y local, animada por una conciencia nueva de la misión salvífica recibida de Cristo. Esta conciencia se manifiesta con significativa evidencia en las exhortaciones postsinodales dedicadas a la misión de los laicos, a la formación de los sacerdotes, a la catequesis, a la familia, al valor de la penitencia y de la reconciliación en la vida de la Iglesia y de la humanidad y, próximamente, a la vida consagrada».

»Todas estas afirmaciones que hace su Santidad el Papa Juan Pablo II, en su Carta Apostólica, son actitudes asumidas y realizadas por Manuel Aparici inspirado siempre en la escucha atenta y respetuosa al Magisterio de la Iglesia promulgado por los Pontífices, entre ellos: Pío XI y Pío XII.

»Por ello, precisamente, en el momento de aportar nuestro informe sobre el Siervo de Dios, cabría insistir en que, a pesar de ser un hombre de su tiempo, su actualidad para la Iglesia no ha decrecido en esta difícil coyuntura de finales de siglo.

»Sí, Aparici, siendo hombre de su tiempo, es, a la vez, actual por la **urgencia** con que nuestra sociedad necesita de esa «Vanguardia de Cristiandad» que en aquellos años [...] él alentó. Bien claramente exponía dicha necesidad cuando escribía:

«Los caminos de la gracia son semejantes a los del pecado. El pecado lo penetra todo: Estado laico; la gracia debe informarlo todo: Estado católico. En España vino el comienzo de la regeneración por una institución que era: individuo, familia, orden social, y nación [...], la regeneración del mundo debe venir por España, una Cristiandad».

La actitud de Manuel Aparici, en este aspecto como en otros, se inspiró siempre en la escucha atenta y acogida generosa de las directrices del Magisterio de la Iglesia. Directrices que condujeron al compromiso de «Cristiandad ejemplo», compromiso que desde entonces movería la peregrinación a Santiago [en 1948]. A punto de celebrar el 50 aniversario [en 1998. El informe fue redactado dos años antes de este aniversario: concretamente el 8 de diciembre de 1996.] de aquella magna concentración juvenil a los pies del Apóstol de los Peregrinos, constatamos cómo la actual llamada de Juan Pablo II a la Nueva Evangelización **coincide** con ese Ideal Peregrinante, del cual Manuel Aparici es modelo acabado y actualísimo ¹³.

En sus escritos encontramos ya el concepto de Iglesia Cuerpo Místico de Cristo, Pueblo de Dios que peregrina en el mundo hacia el encuentro del Padre; y la figura de Iglesia Reino de Dios que crece y se renueva en santidad.

Profesó siempre un amor grande y un respeto sagrado y especial al Ministerio Jerárquico, a todas las autoridades de la Iglesia: desde el Sumo Pontífice, los Obispos, Párrocos, sacerdotes, superiores, director espiritual, seglares y laicos comprometidos al servicio de la Iglesia considerada como Madre e instrumento universal de salvación, Maestra inefable y depositaria de la verdadera fe; dispensadora de la gracia de los Sacramentos; por esta Iglesia se sentía miembro vivo, activo y luchador.

En cuanto a la fidelidad al Magisterio Eclesiástico, su mística y preparación intelectual, filosófico-teológico le conducía a observar las Constituciones y Decretos promulgados por la legítima autoridad de la Iglesia, para proponer de esta manera una sana doctrina a las almas sedientas de autenticidad. Tienen sus escritos especial mención a Santo Tomás, San Agustín, Santa Teresa, a quien llama la Madre de España, y San Juan de la Cruz, entre otros. Toma de ellos su doctrina para iluminar sus mensajes y reflexiones en favor de la Acción Católica.

Santidad y Virtudes

¹³ Este Ideal está desarrollado en el libro «Manuel Aparici Navarro, “Capitán de Peregrinos”, 1902-1964, y el Ideal Peregrinante», editado por la Asociación de Peregrinos de la Iglesia en febrero de 2000.

Su anhelo ferviente de ser sacerdote y sacerdote santo, este ideal, lo vamos descubriendo a lo largo de todos sus escritos: sean éstos meditaciones, Ejercicios Espirituales, mensajes, discursos y cartas personales dirigidas a compañeros Consiliarios, sacerdotes y religiosas especialmente Carmelitas.

Las virtudes teologales se resumen y concentran en la misma vida de oración.

Entre las virtudes morales atribuye una importancia especial: a la sencillez, humildad, dedicación, amor y entrega total sin reservas.

En la vida común insiste en la caridad fraterna mediante la oración, la contemplación y la acción en una entrega total al proyecto de salvación.

Contemplación que implica una auténtica presencia, de máxima actividad y compromiso, con una fuerte convicción de su obligación de transformar la sociedad. De ahí, el impulso dado a Cursillos de Cristiandad, a los Centros de Apostolado de Vanguardia de la Juventud española e hispánica orientada a la búsqueda de vivir en la presencia de Dios; mientras unos trabajan para la liberación integral de sus hermanos, otros estudian para la acción efectiva. Recordemos que los Seminarios y Conventos de España después de la guerra se nutrieron de Jóvenes de Acción Católica empezando por Él, ejemplo y semillero de santidad.

Concluimos afirmando que en toda su existencia, Manuel Aparici se entregó a un verdadero proceso de santificación. Así lo atestiguan las tres facetas que integran su vida: en su vida laical a pesar de sus limitaciones y dificultades propias de la naturaleza humana; en su vida sacerdotal con una total fidelidad al Dogma de la Doctrina de la Fe Católica y en su vida de víctima. Esa victimación trata de vivirla desde el laicado, pero cuando la realiza y la vive en plenitud es en el ejercicio de su sacerdocio. Para comprender integralmente la figura de Manuel Aparici, tenemos que ver estas tres facetas de su vida que se implican mutuamente. Resaltaremos también su formación académica; en su vida y en sus escritos se proyecta la fidelidad al Magisterio Eclesiástico.

«Hay que creer con fe divina y católica todo lo que se contiene en la Palabra de Dios escrita o transmitida y es propuesta por la Iglesia, bien en definición solemne, bien por el magisterio ordinario y universal, como de fe por estar revelado por Dio»¹⁴ (Constitución Dei Filius, del Concilio Vaticano I).

También la afirmación del Concilio Vaticano II, respecto a la doctrina cristiana, es un aspecto importante que encontramos en las distintas fases de sus escritos:

«Las disciplinas teológicas han de enseñarse, a la luz de la fe, bajo la dirección del Magisterio de la Iglesia, de tal forma que los alumnos reciban con toda exactitud de la divina revelación la doctrina católica, ahonden en ella, la conviertan en alimento de su propia vida espiritual y puedan anunciarla, exponerla y defenderla en el ministerio sacerdotal»¹⁵.

En el campo de la Moral, Manuel Aparici es un hombre excepcional, un hombre de Dios que en las diferentes etapas de su vida va demostrando el amor de Dios en su vida; en el seguimiento a Jesucristo expresado en la necesidad de responder a su amor teniendo los mismos sentimientos de Cristo, identificándose con el crucificado para vivir concrucificado con Él; y una entrega total en el deseo de calmar la Sed de Cristo, sintiéndose sacerdote, evangelizador para ayudar a otros a conocerle y entregarse a Él.

He aquí la figura de un gran *Siervo de Dios*, digno de imitarse en todas sus virtudes, especialmente en estos tiempos en que la Iglesia a las puertas del Tercer Milenio nos pide por medio de Su Santidad Juan Pablo II ser constructores de la

¹⁴ DS 3011.

¹⁵ Decreto OT 16.

Civilización del Amor, en el compromiso de una Nueva Evangelización: nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión.

III. SU VIDA DE ORACIÓN

En primer lugar expondremos su vida de oración de la mano de los testimonios de algunos de sus más estrechos colaboradores en las tareas apostólicas, de sus compañeros de Seminario y de la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología, familiares y amigos, todos ellos testigos en su Causa de Canonización y varios de ellos dirigidos suyos. A continuación, lo haremos siguiendo a los Peritos Teólogos.

El Catecismo de la Iglesia Católica, hablando de la oración, dice que «Éste es el Misterio de la fe». La Iglesia lo profesa en el Símbolo de los Apóstoles (Primera parte del Catecismo) y lo celebra en la Liturgia sacramental (Segunda parte), para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre (Tercera parte). Por tanto, este Misterio exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración ¹⁶.

Para mí –dice Santa Teresa del Niño Jesús, ms. autob. C. 25r)– la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría.

« ... La humildad es la base de la oración. “Nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm. 8, 26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (cf. San Agustín, serm. 56, 6, 9)».

« ... La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (cf. San Agustín, quaest. 64, 4)».

Con fecha 1 de noviembre de 1933, Fiesta de Todos los Santos, el Siervo de Dios anota en su Diario:

«Esto no puede seguir, he de variar y para conseguirlo no me queda otro recurso que la oración. Vida perpetua de oración ha de ser la mía» ... «La oración – escribe otro día– debo encaminarla a alcanzar el espíritu de oración y la unión permanente con el Señor, viviendo siempre en su presencia».

Y efectivamente, su vida fue una vida perpetua de oración como veremos enseguida.

I. SEGÚN LOS TESTIMONIOS RECIBIDOS

Todos [entre ellos Mons. Maximino Romero de Lema, y Mons. Mauro Rubio Repullés] coinciden en señalar que el Siervo de Dios era un alma orante, una persona de una gran vida de oración, sencilla, pero intensa y edificante. Era «la base y

¹⁶ CATIC, núms. 1558, 2559 y 2560, respectivamente.

principio»¹⁷, el «fundamento y oxígeno de toda su vida»¹⁸, «la primera y última condición de su conversión, de su progreso espiritual y de la santidad [...]. Llenaba y fundamentaba toda su vida»¹⁹. Vivía en oración constante.

«En lugares extraños, esperando autobuses o trenes, etc. se recogía y rezaba con devoción el breviario. La oración de las Horas era imprescindible para él»²⁰.

«Rezaba siempre y mucho [...]. Horas y horas por las noches se quedaba ante el Sagrario de la capilla [...]. Era emocionante verle rezar sobre todo de noche [...]. Yo tuve la suerte de pasarme con él muchos ratos y horas en oración [...]. Le he visto llorar varias veces ante el Sagrario [...]. A mí jamás se me podrá olvidar [...]. Me repetía: “Rincón, tienes que hablar más a Cristo de las almas que a las almas de Cristo” [...]. Yo me asombraba, porque me decía, si este hombre habla tanto de Cristo y su Evangelio a los demás ¿cuánta oración no hará?»²¹.

Cuando no estaba ocupado en tareas apostólicas lo encontraban siempre rezando ante el Tabernáculo, abstraído en profunda contemplación. Pasaba horas y horas de rodillas ante el Santísimo.

«Dedicaba muchas horas –yo le he visto tres e incluso cuatro horas rezando–, y lo hacía de forma que no nos atrevíamos

¹⁷ José Ángel Ayala Galán.

¹⁸ José Díaz Rincón.

¹⁹ Sor Carmen, hermana de Antonio Rivera, el «Ángel del Alcázar», del Rvdo. José Rivera, cuyo proceso diocesano de beatificación está abierto, y de Ana María Rivera, también testigo en la Causa de Canonización del Siervo de Dios.

²⁰ José Días Rincón.

²¹ José Díaz Rincón.

a interrumpirle»²². «Se quedaba ensimismado, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor»²³. «Edificaba verle por su actitud orante, en postura característica: de rodillas y con la cabeza inclinada hacia la derecha»²⁴.

Esta era también su actitud cuando celebraba la Santa Misa. «Jamás le vi celebrarla sin prepararse y estar en oración de rodillas antes y después de la misma un buen rato»²⁵. Se le veía como absorto, como si estuviera contemplando la majestad divina. «La forma en que celebraba la Eucaristía era una manifestación de su amor para con Dios, signo de un profundo espíritu de oración y de aceptación sincera de su voluntad»²⁶.

«Participar con él en la Eucaristía -según José Luis López Mosteiro- era un don extraordinario [...]. Un día, a D. José Toubes²⁷, hablando a los feligreses, con nosotros allí, dijo casi una herejía: “La Misa que vais a oír hoy es extraordinaria, especial. La va a decir D. Manuel Aparici nada menos” [...]. (Ya sé que no puede tomarse al pie de la letra; el bueno de D. José Toubes quería decir algo [...]. Y lo dijo. Aquella celebración de la Eucaristía tenía el carisma del sacerdote santo que iba a celebrarla. Y eso no es herejía)».

«Celebraba la Misa como si fuera la primera y la última, con suma devoción, fervor, emoción y dignidad [...]. Es otra cosa que no se puede olvidar de él»²⁸.

«La vivencia de la Misa que oficiaba y las meditaciones [...] sobre las Epístolas de San Pablo, provocaban una atención intensísima en todos los que las escuchábamos, y suponían como un riego profundo para nuestro crecimiento en la fe»²⁹.

Y esa intensa vida de oración la llevaba «tanto antes de su enfermedad como durante ella», asegura Rafael Aparici Vila, sobrino carnal del Siervo de Dios. Enfermo, «D. Manuel me dijo en una ocasión –afirma por su parte Salvador Sánchez Terán–, que él hacía por los jóvenes, con su oración, igual o más que con su acción [...]. Su día era un día permanente de oración [...]. Y esta vida intensa de oración la mantuvo hasta el día de su muerte». Y con qué unción «celebraba la Misa durante su enfermedad»³⁰.

Varios de sus colaboradores, compañeros de Seminario, etc. estiman que fue favorecido con gracias especiales de oración. Pero ninguno sabe si tuvo experiencias contemplativas o místicas extraordinarias, si bien no las descartan. Otros, sin embargo, afirman que sí las tuvo.

El Rvdo. Manuel López Vega, compañero del Siervo de Dios en el Seminario asegura que «pude detectar en todas sus comuniones [estaban también juntos en la Capilla] una profundidad de oración y de intimidad amorosa manifestada con leves quejidos que me llegaron a convencer de experiencias místicas y profundamente contemplativas. Aun después de tantos años las recuerdo y siempre me sirvieron de estímulo y admiración [...]. Tengo el convencimiento pleno de que fue un hombre de Dios, místico, apóstol de la Juventud y gran devoto de la Virgen».

«Vivía esa presencia de Dios y era ejemplar por su vida y espíritu de oración, por el recogimiento que se veía en su expresión», reconoce otro compañero suyo en el Seminario, el Rvdo. Demetrio Pérez Ocaña, que se ordenó el mismo día que él.

Otro compañero de Seminario y que también se ordenó el mismo día que él, el Rvdo. Francisco Méndez Moreno, habla admirativamente de él. «Un recuerdo que no

²² Manuel Gómez del Río.

²³ Salvador Sánchez Terán.

²⁴ Miguel García de Madariaga.

²⁵ José Díaz Rincón.

²⁶ Ezequiel-Puig-Maestro Amado García de Leániz, sobrino segundo del Siervo de Dios.

²⁷ Párroco de la vieja iglesia de San Pedro de Mezonzo, donde al Siervo de Dios le gustaba decir su Misa cuando iba a la Coruña.

²⁸ José Díaz Rincón.

²⁹ Miguel García de Madariaga.

³⁰ José María Castán Vázquez.

olvidaré –dice– son los momentos de oración que hacía en la Capilla. Su profundo recogimiento transparentaba la vida intensa de trato con el Señor. Esto me edificaba mucho siempre [...] y era para mí motivo de admiración y santa envidia».

Por su parte, Mons. Maximino Romero de Lema califica al Siervo de Dios de «una persona muy intimista, muy “mística”».

A algunos de ellos les consta que el Siervo de Dios estuvo dotado de dones carismáticos especiales, que «fue una figura carismática»³¹.

Además, según Mons. José Cerviño Cerviño, «trans-mitía el espíritu contemplativo a cuantos le rodeábamos» y «les iniciaba en la oración contemplativa»³². De «espiritualidad contemplativa», lo califica, asimismo, Mons. Maximino Romero de Lema.

Por lo que se refiere a sus horas de descanso, el Siervo de Dios «dormía muy poco y dedicaba muchas horas de la noche a

³¹ Joaquín Zamora Navarro.

³² Rvdo. José Antonio Ramiro Moreno.

rezar»³³.

En los Cursillos de Cristiandad, «pasaba prácticamente toda la noche en oración [...] delante del Santísimo [...]; lo he comprobado personalmente en varios Cursillos» [...] y «muchas veces con los brazos en cruz», afirma Salvador Sánchez Terán. Y «en los Ejercicios que dirigía, en las horas de descanso, o por la noche, se le encontraba en la capilla, en el sitio que no pensaba ser visto o en las horas tardías, estaba postrado rezando»³⁴.

Por otro lado, los testigos tampoco olvidan las Horas Santas y ratos de oración ante el Sagrario que vieron con él.

«Era frecuente tener que entrar [en la capilla del Consejo Superior] y darle en el hombro diciéndole: D. Manuel, deje de rezar que tenemos que empezar la reunión [...]. Yo le vi muchas veces ensimismado ante el Sagrario [...] ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor», asegura Salvador Sánchez Terán.

Y «siempre que hacía oración o nos presentábamos ante el Santísimo comenzaba pidiendo perdón y tomando conciencia de su misma miseria humana», declara José Díaz Rincón.

Por otro lado, «era de notar la forma en que sabía “poner a la gente en oración”, sin despegar los pies del suelo, dejando traslucir su profunda unión interior con Dios y su liderazgo de jóvenes»³⁵.

Además de orar mucho, recomendaba vivamente la oración a los jóvenes. Quería jóvenes orantes con el gran orante que es Jesús. Les repetía: «Somos orantes
o no somos cristianos»

³³ Manuel Gómez del Río.

³⁴ Ana María Rivera.

³⁵ Alfonso Iniesta Corredor.

³⁶. «Sin la oración no hacemos nada» ³⁷.

Ahora bien, no solo recomendaba la oración, sino que creaba a su alrededor un ambiente que ayudaba a orar y enseñaba a orar.

Mons. José Cerviño Cerviño nos dice que, «en sus contactos personales con el Siervo de Dios, así como en la convivencia en el Colegio Mayor [Jaime Balmes] donde vivían [siendo estudiantes en la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología], éste procuraba siempre estimular en todos el espíritu de oración y la total conformidad con la voluntad del Señor».

Por su parte, Mons. Maximino Romero de Lema asegura que el Siervo de Dios «no solamente se dedicaba a la oración [...] sino que influyó poderosamente [...] en la creación de hábito de oración en muchos de sus colaboradores». «Empujaba hacia una espiritualidad intensa, de oración, comunión frecuente y diaria, etc.» ³⁸.

Todos quedaban edificados por su piedad, su amor a la oración y su actitud orante y lo «consideraban un maestro [...] tanto en la vida de apostolado como en la vida de oración» ³⁹.

Podemos concluir, pues, diciendo que el Siervo de Dios dedicaba gran parte del tiempo a la oración, que constituye el momento privilegiado para comunicarse con el Señor. En ella encontraba fuerzas para su tarea apostólica y luz para enseñar a los demás el camino de la perfección. A ella acudía en los trabajos y decisiones de su vida. Pedía constantemente oraciones y oraba también constantemente por las necesidades de los demás.

II. SEGÚN LOS PERITOS TEÓLOGOS

En la oración de Jesús el Siervo de Dios descubre la locura del amor.

«Allí oraste por mí, ¡oh Jesús!, y ofreciste el océano de dolores de tu Corazón al Padre por mí, para que tu gracia me llenara y me enloqueciera por la cruz ya que sólo en ella y por ella podría alcanzar la mayor noticia posible de tu amor y comunicarla a los hombres».

En la mayor parte de su Diario y Cuaderno de Meditaciones, encontramos los diferentes momentos, meditaciones y reflexiones que en un ambiente de oración inspiraban su alma enamorada. Después de cada uno de ellos nos dejaba leer sus frutos y resoluciones.

«Última noche que paso por ahora en esta santa casa donde tantísimas gracias me ha hecho el Señor.

Aquí se vive en el mismo Corazón de Cristo. Todos son ejemplos, manifestaciones de la gracia de Dios, se siente la presencia de Jesús en todas partes, porque se ve a profesores y seminaristas llenos de la gracia de Jesús.

Señor, salgo al mundo para servirte, guarda mi corazón en el tuyo.

Que no se me olvide nunca lo que aquí me enseñaste: que ahora vives en millones de almas por mí.

Hoy he procurado verte en todos, mas alguna obra se me escapó sin decir: Señor para tu Gloria».

En otro apartado de su informe, los Peritos Teólogos recogen diferentes «Modelos de Oración» del Siervo de Dios: Oración de fidelidad, de disponibilidad, de humildad etc.

En sus oraciones y meditaciones, nos expresa la intimidad del dialogo de confianza que establece con el Amado. Es una verdadera manifestación de la

³⁶ José Luis López Mosteiro.

³⁷ Miguel García de Madariaga.

³⁸ César Domínguez Izuel.

³⁹ Felipe González Sánchez.

escucha sincera del Amado que se comunica con un mensaje siempre nuevo y alentador.

«Jesús desde sus almitas me urgía. Él me decía: ¡Mira qué grande es mi amor ! Te confío todas estas almas y te ofrezco en mi Corazón los medios para santificarlas. Lo que yo más amo, los pequeñuelos, los pongo en tus manos. Por estas almitas tiernas, que ahora me aman, salí del Padre y vine al mundo y salí del mundo para volver al Padre llevando en mis brazos a todas las almas de buena voluntad. La tarea es grande y difícil, pero sólo te pido que me dejes hacer, que me dejes vivir en ti, que si me dejas, yo lo haré».

La oración adquiere una expresión muy especial, es de súplica para poder identificarse con el sacrificio de su entrega en el camino de la cruz y la fuerza espiritual necesaria para no defraudar al Señor y mantener su espíritu de fidelidad.

«¡Señor!, pues que tantas cosas has hecho por el amor que me tienes y entre ellas la gracia santificante, dame tu gracia para que con su ayuda yo abrace a las criaturas sola y exclusivamente en tu amor.

Dame que sepa verte a ti en ellas, para conocer tu amor y usar de ellas para crecer en ti.

Dame que sepa sacrificarte todo, hasta mi propio yo, para confesar al mundo que el único bien absoluto, eterno eres tú».

La oración de escucha, contemplación y diálogo de amor frente al Sagrario es una nota distintiva en el desarrollo de su vocación.

«¡Gracias Señor!

Me llamaste tú desde tu trono eucarístico. Me hiciste ver mi miseria y me ofreciste tu ayuda una vez más».

En otro apartado de su informe los Peritos Teólogos nos ofrecen pláticas y diálogos de amor del Siervo de Dios ante el Sagrario y abandono a la voluntad de Dios, etc. así como modelos de oración; de los cuales ofreceremos algunos en el Capítulo siguiente.

CAPÍTULO CUARTO

DIÁLOGOS DE AMOR Y MODELOS DE ORACIÓN

Este Capítulo consta de dos apartados: Diálogos de amor y modelos de oración.

En el primero de ellos facilitaremos una plática y varios diálogos de amor del Siervo de Dios ante el Sagrario, etc. y en el segundo algunos de sus modelos de oración.

I. DIÁLOGOS DE AMOR

Diálogos de amor y abandono a la voluntad de Dios

En la oración de Jesús descubre la locura de amor.

«Y solo podía decir en lo íntimo de mi alma: ¡Señor, Señor, si tú eres la suprema riqueza y ante ti todas las cosas son nada! ¿Cómo podrá mi alma apegarse a la nada después de haber entrevistado al Todo? Ahora puedo decir con Simeón “nunc dimitte servum tuum Domine [...] in pace: quia videorunt oculi mei salutare tuum” porque ya el mundo para mí no tiene más valor que el de ganarlo todo para tu amor».

«Estabas allí, oculto bajo las Sagradas Especies, y me he puesto en tu presencia lleno de dolor y de pena porque no te he sido fiel. No te he pedido que me des consuelos, no los merezco, sino que me libres del mal, que me ayudes, Señor, para serte fiel».

«Muchas veces había deseado, en mis ratos de oración ante Jesús Sacramentado, que el Señor pusiera su bendita mano sobre mí e incluso con la imaginación había gustado lo que sería una caricia del Señor; mas ahora Él ha querido que su Vicario acariciara dos veces mi cabeza ⁴⁰.

¿Cómo debo yo responder al amoroso llamamiento de mi Dios y Señor? Dándome todo a Él, no viviendo más que para Él, buscándole a Él en todo y amándole a Él en todo».

Y se abandona a la voluntad de Dios.

«Y allí, a solas con Jesús, sufrí, amé y gocé. Él estaba allí y estaba a solas conmigo. Por mí estaba en el Sagrario, amándome, rogando por mí, ofreciéndome todo su corazón. Me postré a sus plantas y le pedí su ayuda, que no me abandonase, que no me dejase solo, que orase por mí, que tuviera paciencia, que no mirase a mi indignidad y miseria sino para enriquecerme con su ayuda. Le abracé en mi corazón, me ofrecí por completo a Él, para lo que Él quiera, para lo que Él disponga, y con suspiros y con ansias me arrojé a sus brazos con confianza plena, pues me ha amado tanto, tanto. Ha tenido misericordia tan infinita y divina conmigo que dudar de su amor por mí sería inferirle nueva ofensa. En ti confío, Señor y Dios mío, con tu omnipotencia cuento para vencer mi impotencia, tú me ayudarás y me darás tu gracia para servirte. Me santificaré con tu ayuda».

«Ahora, me has dicho que sólo en la cruz podrás hacerme las confianzas más íntimas e inefables de cuanto oíste del amor del Padre, que sólo con el lenguaje de la cruz podrás expresarme algo de ese amor inexpresable que te apretuja el Corazón. Señor, ¿seré tan necio que no me apresure a poseer a la perfección ese lenguaje?»

⁴⁰ Ello tenía lugar en la peregrinación de la Juventud de Acción Católica a Roma en 1934, Año Santo Extraordinario.

Lo aprenderé, lo poseeré en seguida, porque tú me amas y tu amor todo lo puede [...]. Puesto que me llamas al sacerdocio y no es posible ser sacerdote según tu Corazón sin vivir en tu Cruz te exijo, Señor, tengo derecho a ello, que me claves en tu cruz».

«Y arrodillado en un rinconcito, me miró y sin palabras me dijo: ¿Me amas? Señor tú lo sabes todo, tú sabes que mi vida eres tú. Pues ámame en los predilectos de mi Corazón, dales a conocer el amor que mi Padre les tiene en mí a fin de que se unan conmigo en la alabanza al Padre y tengan el mismo gozo que tengo yo».

«El retiro para mi alma: Te amo, quiero hacerte semejante a mí en todo. Ven acá, quiero retirarte en mi Corazón. Quiero que sepamos juntos todas las gracias que he querido concederte. Quiero amontonar las ascuas encendidas de mi amor infinito sobre la cabeza de ese hombre viejo que todavía vive en ti y que como adversario mío intenta disputarme tu alma».

Espíritu de contemplación

«Vanagloria. Sí, tal vez en mis conversaciones sale demasiado el “yo”. Pero cuando he hablado en público ¿he buscado el aplauso? No, decían de mí que no les dejaba aplaudir y la inmensa mayoría de las veces preparé mis discursos ante el Sagrario buscando que amaran más a Jesús. Eso, la sed de que Jesús sea amado, es lo que ha impulsado mi vida».

Plática ante el Sagrario

«Como en otro tiempo sentado al borde del pozo esperé a la Samaritana. Así ahora [...] te esperaba a ti joven. Aquella mujer todos los días tenía que salir de la ciudad a buscar agua –en la ciudad no encontraba con que apagar su sed– y todos los días iba y todos los días tenía que volver. A ti, hijo, te pasa lo mismo: todos los días sales del ambiente de mundo que reina en la ciudad. Todos los días acudes al templo a recibirme, a visitarme, pero de nuevo vuelves a la ciudad y vuelves a tener sed y vuelves a visitarme y recibirme.

Muchos días fue la Samaritana al pozo de Jacob sin encontrarme, pero un día, el que mi amor marcó desde toda la eternidad, me encontró a mí sentado en el borde esperándola. Así también he hecho contigo. Porque te has dejado traer de mi gracia a este Cursillo, a estos Ejercicios, en ellos y en este Sagrario, te estoy esperando para decirte como a ella “dame de beber”, “Tengo sed”. Como ella te admirarás y comprenderás de mi elección [...]. Me dirás desde el fondo de tu alma, ¡Tú a mí me pides de beber! ¡Tú a mí! me pides de beber. ¡Tú a mí!, Tú, la Santidad, a mí nacido en pecado y pecador.

Yo a ti, hijo mío, yo a ti. Te pido de beber. Tengo sed de tu entrega: quiero que me entregues todo: pasiones, pecados, pasado, cualidades buenas, tus ilusiones y esperanzas juveniles. Ya te dije en otra ocasión: el que pierde padre o madre o hermanos o bienes por amor a mí, recibirá el ciento por uno y además la vida eterna».

Visión Beatífica de alta contemplación

«La gracia grande: el rato que estuve solo en la Capilla contemplando la imagen de Cristo Crucificado. La Santísima Cabeza de mi Señor Jesús caída sobre el pecho y los ojos abiertos. Le pregunté: ¡Señor ! ¿Qué miras? Las almas de tu época, me contestó. Ves los mil trescientos treinta y ocho millones de almas que yacen en tinieblas y sombras de muerte, los trescientos millones de herejes, los cuatrocientos millones de católicos y ¡qué católicos ! Se llama a tu Patria la Católica España y tú sabes que sólo el 25% acude a la Santa Misa, que sólo un 7 % u 8% me recibe una vez al año ... ¡Cuántas almas se me pierden ! ¿Si tú quisieras corresponder a mi amor ... ? ¿No comprendes hijo, que necesito una víctima ... ?

Desde ese día todo me dice que me ofrezca como víctima. Tiemblo ante ese porvenir. Siempre, siempre buscando lo más penoso. Yo quisiera prometértelo, ¡Oh mi

Jesús!, pero tengo miedo a no cumplirte la promesa. Pero no, yo ya sé que yo no puedo, que soy miseria y pecado, mas tu gracia todo lo puede».

II. MODELOS RE ORACIÓN

De los muchos modelos de oración que nos ha dejado el Siervo de Dios ofrecemos sólo algunos de ellos.

Oración de ofrenda de los propósitos de los Santos Ejercicios

«Omnipotente y sempiterno Dios: Yo aunque todo indigno de comparecer ante vuestra divina presencia, confiando en vuestra infinita misericordia y movido del deseo de servirlos, delante de la Santísima Virgen María, del glorioso Patriarca S. José, de los Apóstoles Juan y Santiago, patronos de nuestra juventud, de S. Ignacio de Loyola, de nuestros hermanos mártires y de toda la corte celestial, a vuestra divina majestad prometo consagrarme al apostolado en la Acción Católica y guardar los propósitos que en vuestra misericordia me habéis hecho concebir en estos Santos Ejercicios a los que vuestro amor me trajo y que deposito, escritos de mi letra, a los pies de vuestro Sagrario para que os dignéis bendecirlos y os signifiquen el ardiente deseo que vos mismo me dispensas de vivir siempre a vuestros divinos pies en perpetua adoración, a la caridad infinita con que me amáis a mí y a todos los hombres en el Santísimo Sacramento de vuestro amor.

A vuestra inmensa bondad y clemencia ruego humildemente os dignéis aceptar este holocausto en olor de suavidad y así como me disteis gracias para desearlo, me las deis también abundantes para cumplirlo.

¡Hermanos mártires que formáis junto al Apóstol interponed vuestra plegaria de sangre ante el Señor por los jóvenes de Acción Católica aún peregrinos sobre la tierra!; Apóstoles S. Juan y Santiago sed los guías y abogados de nuestra entrega a Cristo hasta que también nosotros bebamos con alegría el cáliz de nuestra propia sangre en ruta de martirio.

Virgen Inmaculada, Asunta en los cielos y Mediadora de todas las gracias, Reina de los Mártires y de los Apóstoles, acordaos que sois nuestra Madre».

Oración de entrega y consagración

«¡Oh Jesús!, hazme todo tuyo. Amén».

Oraciones de amor y de abandono en la voluntad de Dios.

«Te amo, te amo, dulce Capitán y Rey Eterno, te amo y sufro porque no vivo plenamente en ti. Hazme tuyo, Señor, para que aplaque tu sed y conquiste las almas que te duelen».

«¡Oh Amado Jesús, cómo me duele haberte entristecido con el abandono de todo lo que te prometí! Y cómo te agradezco, Amado mío, el que no me hayas dejado caer en pecado mortal y el que me hayas traído a Ejercicios.

Hay que empezar de nuevo. No puedo dejarte solo en la cruz, Jesús mío, porque te amo. Sí Jesús, tú lo sabes todo, tú sabes que a pesar de mi tibieza y mi abandono te amo, y que no puedo tener paz en mi gozo ni vivir en tu cruz».

«Y arrodillado en un rinconcito, me miró y sin palabras me dijo: ¿Me amas? Señor -le contesté - tú lo sabes todo, tú sabes que mi vida eres tú. Pues ámame en los predilectos de mi Corazón, dales a conocer el amor que mi Padre les tiene en mí a fin de que se unan conmigo en la alabanza al Padre y tengan el mismo gozo que tengo yo».

Oraciones de fidelidad

«Señor, nunca como ahora para que me mires con ojos de misericordia, pues nunca me has hecho conocer tanto el abismo de mi nada. Señor tu gracia, hará que yo te sea fiel, que me crucifique contigo, que me abrace en tu sed, que sea tu víctima, que tenga mi corazón en apertura hasta que llegue mi total crucifixión por ti, en ti y contigo».

«Señor, para que no caiga y no caigan más almas dame tu gracia para ponerme en cruz. Tú me lo inspiraste [...]: Para que no se condenen más almas debo

abrazarme en esta vida a lo que el mundo llamaría “un infierno”; penitencia, penitencia y penitencia junto con incesante oración y presencia tuya».

Oraciones de disponibilidad

«Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. Ayúdame, Jesús, a ser tuyo. Mira cuántos jóvenes peligran, si soy tuyo, si tú vives en mí y reinas en mí les podré servir.

¡Ah! Comprendo mi responsabilidad: mis brazos, mejor aún tus brazos en cruz ocultos en los míos, les pueden salvar, por lo menos ayudarles a dar el tremendo salto y, sin embargo, desmayo, aflojo en mi oración y sacrificio y, entretanto, el enemigo se aprovecha y te roba las almas.

Tú dijiste: “el buen pastor da su vida por sus ovejas”. Hazme buen pastor, fuérmame con tu gracia a dar ocultamente la vida por nuestros jóvenes».

«Señor Jesús: enséñame a ser generoso; a servirlos como merecéis; a darme sin medida; a combatir sin temor a las heridas; a trabajar sin buscar el descanso; y a consumirme sin querer otra recompensa que la de saber que he hecho vuestra santa voluntad».

«¡Oh Jesús!, se apagó mi sed del mundo y empezó a abrasarme la de tu amor; me hiciste oír tu queja, «Sitio» y me diste gracia para que quisiera aplacar tu sed y ... aquí me tienes. Tú me has hecho recorrer esta larga etapa y me dices con infinita ternura: levanta alma que me visitas, levántate de tus miserias y ven a mí, eres mi amiga, no mi enemiga, eres mi hermosa porque mi gracia te ha embellecido, y si tú me amas yo también te amo. Pídemelo cuanto quieras y abrázate conmigo.

Jamás, Señor, te pagaré bastante tus amores, pues todo lo que tengo, lo bueno, es tuyo y, aunque me entregue a ti, no haré más que devolvarte lo tuyo.

No me desampares jamás. Dame tu gracia y tu amor, que eso me basta. Y, a ti María, sigue siendo para mí lo que siempre has sido, y yo no vi: una Madre tiernísima que perdona, olvida y ama a los hijos siempre, siempre, siempre».

Oración de humildad

«¡Hasta cuándo Señor, hasta cuándo voy a gemir así!

Tú en la cruz ... y yo ... cómodo.

Tú hambriento. ... y yo ... harto.

Tú pasando frío ... y yo ... con calefacción.

Tú durmiendo ... sobre el duro suelo ... porque tú vives en tus pobres, en los infelices, en los desheredados, en los que sufren, en los que lloran.

Quisiera abrazarme a tus pies y llorar sobre ellos y al mismo tiempo me encuentro tan indigno; pero por muy indigno que sea, por muy vil y miserable, tu misericordia llena todos los abismos y los cubre.

Apíadate de mí ¡oh Jesús !».

Oración frente a la tentación

Podemos ver su gran fortaleza espiritual de quien sabe abandonarse en el amor de Dios.

«He resistido, he rechazado la tentación, pero ¡qué miserable soy!, me doy miedo, me asusta esta gusanera de mi carne que enciende mis bajas pasiones. Sin el auxilio de Jesús nada puedo. Pedir, pedir continuamente su gracia es la única manera de no caer.

¡Cristo en mí ... ! Muerto al pecado con Cristo en la Cruz, resucitado en Cristo. ¡Oh Jesús ! haz que se graben estas ideas en mi alma, que sean carne de mi carne y huesos de mis huesos, haz que yo te conozca y me conozca».

Oración de gratitud

«Gracias, Señor, porque me hiciste sentir más honda mi responsabilidad. Como un día en Roma pasaron hacia mí, uno a uno, así, pasaron en Zaragoza de diez en diez. Tú me lo decías bien claro: “Si tú eres fiel, también ellos lo serán”. “Si te entregas, también se entregarán ellos”. Y con toda mi alma te pedí que, por el amor que les tienes a ellos y a los que volverán a ti por su predicación, me dieras la gracia para ser fiel».

Oración de oblación

«Ya desde ahora, Señor, quiero vivir en tu cruz; no más contemplaciones con mi cuerpo de muerte. Concédeme por el amor que me tienes en el Padre, satisfacer tu sed de sufrir. Te entrego mi vida toda, cuerpo y alma, para que sea como una humanidad suplementaria en la que tu amor abra llagas que griten a los infelices pecadores que les amas infinitamente.

Confiado en tu gracia desde ahora buscaré en todo lo que más me asemeje a ti hecho Varón de Dolores. Amén».

Oraciones marianas

«¡Oh María, Auxilio de los Cristianos!, préstame el de tu omnipotencia de súplica, alcánzame la gracia de la fidelidad a la gracia, pues tan claro veo que debo de entregarme, que si no lo hago no podré decir a tu Hijo que le amo».

«Te invoqué a ti, ¡oh María!, para que cubriendo mi miseria con tus gracias, pudiera levantar mi vista hasta tu Hijo.

Me amas, ¡oh Señor!, me amas, lo sé; tú eres el Padre del hijo pródigo, tú eres la bondad y la misericordia y el amor, tú eres ¡Tú! y te compadece de mi miseria ...

Estabas allí, oculto bajo las Sagradas Especies, y me he puesto en tu presencia lleno de dolor y de pena porque no te he sido fiel.

No te he pedido que me des consuelos, no los merezco, sino que me libres del mal, que me ayudes, Señor, para serte fiel».

Oración de felicidad inspirada en las noches vividas en el Seminario

«¡Oh Amor de los altos Cielos, que te entregas a mi nada, para alzarme desde el Cielo a tu pureza sin mancha!

¡Oh Amor que entre paja y hielo con tu vida me regalas para abrazar con tu fuego las escorias de mi alma!

¡Oh Amor que muriendo matas la muerte de mi hombre viejo y que mis heridas sanas con las llagas de tu Cuerpo!

¡Oh Amor que en el loco exceso del amor con me amas, enjugar quieres con besos de Eucaristía mis lágrimas!

No me envíes más consuelos y caricias a mi alma, hazme luz, incendio y llaga, brazo de cruz, pregonero, del loco amor que te abraza».

Oraciones en la víspera de Sagradas Órdenes

«Señor, por lo que tú amas de tan infinita manera, acéptame como víctima de propiciación que se consuma en la agonía de amor de tu Corazón, impetrando mi plena santificación».

«Gracias, Señor, porque has puesto fuego en mi alma para hablar de tu amor con mis hermanos.

Pero ahora, Señor, necesito más que nunca la ayuda de tu gracia para no deshacer con mi ejemplo lo que tú has querido edificar a través de mi miseria con mis palabras.

Me has hecho decir que si el altar es un Calvario en él no debe estar crucificado más que el sacerdote; me has hecho decir que clavado a la cruz de tu voluntad santa debo ser propiciación por los pecadores.

Me has hecho decir que sería insensatez dudar de que tú quieras y puedas hacerme santo. Me has hecho decir que cuando hayas terminado de darme tu sabiduría para conocer y dirigir a las almas y tu Corazón para amarlas, pondrías en mis manos el Cáliz de tu Sangre para lavarlas.

Me has hecho pedirte que, como en el Cenáculo, te vistiera de mi pobre ser de siervo para lavar a las almas ...

Y dentro de 84 días me lo vas a conceder. Dame la gracia de ser fiel a tus gracias. Creo. Espero. Y, como tú lo sabes todo, tú sabes que te amo».

Oración íntima

«Dos horas y media me ha tenido junto a sí; dos horas y media declarándome su amor, dándome seguridades y confianza, diciéndome que a ese amor infinito que me tiene une su divina omnipotencia».

CAPÍTULO QUINTO

EL ADORADOR ENAMORADO DE JESÚS SACRAMENTADO

Este Capítulo, el más amplio de todos por razones obvias, consta de cinco apartados. En el primero recogeremos los testimonios de algunos de sus más estrechos colaboradores en las tareas apostólicas, etc. tal como ha quedado dicho en el Capítulo Tercero. En los tres apartados siguientes algunos de sus pensamientos y reflexiones contenidos en su Cuaderno de Meditaciones, Ejercicios y Retiros, en su Diario Espiritual y en sus cartas. En el quinto y último apartado las últimas palabras que nos ha dejado escritas.

I. SEGÚN TESTIMONIOS RECIBIDOS

«Le oí contar en más de una ocasión que, estando ya “tocado” por el Señor, consultó a su director espiritual [...] sobre si podía asistir a cierto baile (ya sabemos como se valoraba este tema en el ambiente juvenil/religioso de entonces) y que [...] le dijo: “Sí, con tal de que antes estés una hora de oración ante el Sagrario”. Así lo hizo, y el contraste que experimentó entre una cosa y la otra, fue muy decisivo para él» ⁴¹.

«Decía que la Eucaristía es la humillación más absoluta y tremenda a la que pueda llegar Jesucristo, ahí queda Él como una

⁴¹ M.I. Rvdo. Felipe Tejederas Porras.

cosa, al arbitrio nuestro» ⁴².

«Las horas del Siervo de Dios ante María y ante el Sagrario marcaban un nuevo modo de ser piadoso y de cómo estar con Jesús Sacramentado» ⁴³.

«La Eucaristía le transformaba» ⁴⁴.

«Había una vivencia profunda de la virtud de la fe, que la alimentaba con la Eucaristía» ⁴⁵.

«Manuel Aparici, en sus discursos por toda España [...] decía con fervor “quiero ser pan de Cristo triturado por los dientes de las fieras”. Este espíritu “martirial” le llevaba después a hacer “vivir” a los jóvenes la Eucaristía, de la cual era gran devoto» ⁴⁶.

«En retaguardia [durante la guerra], alternando, visitaba los hospitales de sangre, viendo uno a uno a los heridos, hablándoles de Jesucristo, del valor del sufrimiento, etc. [...].

Contaba que los heridos agradecían sus visitas: “con tanto trabajo como tienes”. Su respuesta era: visito al Santísimo

⁴² José Díaz Rincón.

⁴³ Rvdo. Manuel Pérez Barreiros, compañero del Siervo de Dios en la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología, y residentes en el mismo Colegio Mayor «Jaime Balmes».

⁴⁴ Rufino Navas Jiménez.

⁴⁵ Agustín Losada Borja.

⁴⁶ Mons. Maximino Romero de Lema.

diariamente y comparto el tiempo de estar con Él sacramentado para verle en ti y pasar a la intimidad con Cristo doliente [...]. En estas conversaciones nos dejaba advertir y recibir su vida amorosa, unión íntima, vibración, [...] su propia intimidad con Cristo»⁴⁷.

«Su fuente inspiradora: Trabajar siempre por la Gloria de Dios, con entrega, con celo sobrenatural y con fervor, que se traslucía cuando [...] hablaba [...], hablaba en tono persuasivo y elocuencia no ordinaria.

Su participación diaria en la Santa Misa y Comunión formaba parte de la jornada diaria. El mismo espíritu en los Sacramentos. Para esto vivía [...]. Vivía la Adoración al Santísimo Sacramento y lo enseñaba en la Juventud [...]. La Eucaristía y la Virgen María eran el centro de su vida»⁴⁸.

«Nos transmitía a todos el fuego de su amor a Dios Padre, la intimidad con Jesucristo, y la devoción al Espíritu Santo. Nos lo hacía vivir en sus palabras y en el testimonio de su vida de unión con Dios. Celebraba la Eucaristía con singular devoción, como encuentro personal con Jesucristo»⁴⁹

«Además organizaba vigiliias eucarísticas locales y también concentraciones más amplias [...] con asistencia de jóvenes de otras Diócesis españolas»⁵⁰.

«Cuando explicaba el “Orden Sacerdotal” y “La Eucaristía” terminaba emocionado, llorando [...]. Palpábamos que le estallaba el corazón, porque las palabras le salían del alma, porque su convicción era profunda [...]; yo no puedo recordar aquellas expresiones del amor de Dios sin emocionarme constantemente»⁵¹.

«Estando en Talavera de la Reina, mi pueblo natal, en noviembre de 1955 (había sido ordenado sacerdote en 1951), me enteré que se iba a celebrar un Cursillo de Cristiandad en el Colegio Fundación Santander que predicaría el Siervo de Dios. Participé en él y recuerdo que, al hablar de la Eucaristía, les refirió que él sabía de casos de personas que se habían acercado a comulgar con paladares de goma para conservar la Hostia sin humedecerse y después llevarla a antros sacrílegos para que la profanaran [...]. Lloraba derramando lágrimas abundantemente, lleno de dolor por el sacrilegio y amor a Jesús Sacramentado. Se quedó gravada profundamente en mi alma la fe y la devoción tiernísima del Siervo de Dios a Jesús Eucaristía. Se traslucía a ojos vista un alma santa»⁵².

«Debemos hacer de nuestra mente un Evangelio y de nuestro corazón un Sagrario»⁵³.

«Preparar los «rollos» o charlas ante el Sagrario, como él nos había enseñado»⁵⁴.

«Ama. Es tu gran deber. Pero no con tu corazón de piedra, sino con “el corazón de carne y el espíritu nuevo” que nos prometió el Señor por Ezequiel. Amalos [a los jóvenes] como Jesús nos amó. Esto te obliga a pedirle al Señor luz par verles como Él les vio, porque el amor sigue a la inteligencia. Medita a menudo en tu oración sobre cuánto y cómo ha amado Dios a las almas y se lo ha manifestado por

⁴⁷ Ana María Rivera Ramírez.

⁴⁸ Mons. Maximino Romero de Lema.

⁴⁹ Mons. José Cerviño y Cerviño compañero del Siervo de Dios en la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultad de Teología.

⁵⁰ José Ángel Ayala Galán.

⁵¹ José Díaz Rincón.

⁵² Rvdo. Jesús Rojo Cano.

⁵³ José Díaz Rincón.

⁵⁴ José Díaz Rincón.

medio de su Cristo, para que tú las ames en intensidad y estilo semejante al suyo. Pero después de haber meditado así, en abstracto, sobre el amor de Dios a las almas, medita en concreto sobre lo que te ha amado a ti, a pesar de todo, no mucho gracias a Él, lo infiel e ingrato que le hayas sido. Cada uno de nosotros sabemos cómo nos buscó y soportó y conllevó. Después medita sobre cuánto y cómo ama Dios a este o al otro joven que tienes junto a ti, o a este o al otro grupo de jóvenes a quienes tienes que servir. Y por último, pídele al Señor que, pues te lo entrega cada vez que acudes a la Eucaristía a recibirle, te deje su Corazón para amar con Él a sus amados»⁵⁵.

Y le llegó la etapa del dolor. Durante toda ella su conducta fue ejemplar para cuantos le visitaban. La Santa Misa era su consuelo, pero no siempre podía celebrarla.

He aquí algunos testimonios relativos a esta etapa de purificación. Más adelante [Capítulo Sexto, apartado cuarto] recogeremos lo que el mismo nos dice en sus cartas. Aquí, algunos testimonios, allí sus vivencias.

«Por referencias de mi madre –dice Rafael Aparici Vila, sobrino carnal del Siervo de Dios– pues yo tenía entonces escasamente once años, la manifestación grave de la enfermedad de mi tío Manuel se presentó con unos síntomas de desenlace inmediato; y cuando estaba prácticamente agonizando, mi madre le oyó decir: “Jesús resucitó a Lázaro”, y desde aquel momento se apreció una sensible mejoría en la extrema gravedad, que le permitió vivir durante unos ocho o diez años que duró la misma, con las alternativas de todos conocidas en su periodo cíclico, que le permitió una relativa actividad y yo recuerdo que atrajo mucha gente [...], incluso hubo conversiones de religión judía y protestante y pudo celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, en una capilla próxima a su habitación.

[...] Él, en aquellos años, siguió haciendo sus actividades religiosas, pero lo más importante fue el enorme sacrificio, los dolores tremendos que tenía de todo tipo; había períodos larguísimo en los que podía levantarse para celebrar la Eucaristía, y otros muy largos en que tenía que permanecer en la cama, con las consecuencias consiguientes de llagas en el cuerpo, hinchazón de vientre, hidropesía y fuertísimos dolores [...]. Era confesor y director espiritual de altas personalidades».

«Fue autorizado para poder decir la Santa Misa [...], pero sentado todo el tiempo; pronto ni ese consuelo pudo tener, y alguna vez que fui a visitarle estaba tendido en cama y respirando fatigosamente oxígeno, hasta que el Señor le llevó, aliviándole

⁵⁵ Del Testamento Espiritual del Siervo de Dios a su sucesor en la Presidencia Nacional de la Juventud de Acción Católica, Antonio García-Pablos y González-Quijano.

aquellos sufrimientos» ⁵⁶.

«La ocasión de nuestro primer encuentro fue debido a que la Madre Carmelita Descalza, Carmen Rivera [Sor Carmen Teresa de Jesús, en adelante Sor Carmen], me solicitó que fuera a visitarle porque él estaba muy deseoso de seguir en contacto con los jóvenes [...], y aliviar así un poco su soledad, asistirle a la celebración del Sacrificio Eucarístico los días festivos, pues a veces no tenía quien le ayudara a Misa; este contacto duró aproximadamente año y medio, y precisamente estuve con él la víspera de su fallecimiento [...].

Me admiraba la puntualidad en la celebración de la Santa Misa [...]; una práctica periódica que en su estado físico le suponía esfuerzo, dolor y trabajo» ⁵⁷.

«Durante la misma nunca dejó de hacer algún comentario sobre la proclamación de la palabra o la Eucaristía que se celebraba» ⁵⁸.

«En esos años [de enfermo] tuve ocasión de visitar a D. Manuel [...] en su casa de la Plaza de la Opera, tanto solo como con mi esposa [...]. En varias de estas ocasiones le ayudé como acólito a su solitaria Eucaristía, sentado en la mesa de su despacho» ⁵⁹.

«Durante el verano, que coincidíamos en la localidad de Torrelodones, ya enfermo, en una silla de ruedas, y tenía que celebrar sentado la Eucaristía; le ayudaba a revestirse y a la celebración de la Santa Misa» ⁶⁰.

«El culto de Dios y los Sacramentos lo practicó de un modo ejemplar y edificante [...]. Asistí una vez a la Eucaristía, en su casa durante la enfermedad, y quedé vivamente impresionado por su devoción y recogimiento» ⁶¹.

II. DE SU CUADERNO DE MEDITACIONES, EJERCICIOS Y RETIROS

Todas sus meditaciones están desarrolladas en un clima de oración. El lenguaje utilizado expresa el deseo de entregar su vida a una consagración plena en el amor de Dios.

«El amor sólo piensa en el bien y utilidad del amado [escribe con motivo de su meditación sobre el amor que Jesús nos manifiesta en la Eucaristía], y Jesús, que es el Amor, vio que nuestro bien requería que Él muriera en cruz; pero al mismo tiempo íbamos a precisar de Él como alimento, como a amigo fiel a quien se le confían todos los secretos del alma y cómo a víctima propiciatoria que desarmara a la Divina Justicia justamente airada por nuestros pecados. Y Jesús, Divina Sabiduría, inventó quedarse en la Eucaristía como alimento, como compañero y amigo fiel en el Sagrario y como víctima propiciatoria en el Santo Sacrificio de la Misa.

Como alimento, porque el Amor se alimenta de los besos y la unión con el Amado y busca fundir en uno los dos corazones y quiso comernos a fuerza de besos en la Eucaristía para hacernos uno con Él y apoderándose de nuestras flaquezas, si humildemente se las entregamos, para trocarlas en su propia fortaleza.

En el Sagrario se quedó para que nunca nos sintiéramos solos; Él sabía que nos habría de rodear el frío de la incomprensión y de los egoísmos y que nuestro pobre corazón necesitaba calor de amistad de un corazón humano que nos pudiera

⁵⁶ Enrique Martínez L. Saavedra.

⁵⁷ Agustín Losada Borja.

⁵⁸ Alejandro Fernández Pombo.

⁵⁹ J. Ramón García Lisboa.

⁶⁰ Ezequiel Puig-Maestro Amado García de Leániz, sobrino segundo del Siervo de Dios.

⁶¹ José María Castán Vázquez.

comprender y se quedó Él real, verdadera y substancialmente presente en el Sacramento del Altar en el que si bien no puede realizar las operaciones que necesitan de la extensión, puede sí las del alma que son conocer y amar.

Y vio también todos nuestros regateos y nuestras ingratitudes e infidelidades y hasta caídas y para satisfacer la justicia del Padre se quedó en hábito de víctima diciendo: ¡Padre perdónalos que no saben lo que se hacen!

Y además nos escogió a nosotros para ministros de su Sacramento o Misterio de Amor.

Gracias, Señor, que hoy me has pedido que me dé a ti casi con las mismas palabras con que hace ocho años me ofrecí.

Quieres que sea hostia, blanca y pura; que este pobre grano de trigo de mi vida se desmenuce en harina entre los dedos de tu Providencia Divina, que son mis superiores, hermanos, libros, acontecimientos, deberes y que esa harina la amase con lágrimas, con lágrimas de dolor al ver que tu amor no es conocido de los hombres y que esa masa la cueza en el fuego de la caridad que tú pones en mi alma para que desde el día de mi ordenación sacerdotal sea hostia contigo.

Para ser también alimento de las pobres almas, alimento con mi sacrificio y mi oración y mi ejemplo y la doctrina que tú les des por mi boca, alimento como el pan que es para todos, pero como el Pan tuyo que haciéndose todo a todos nos gana a todos para ti.

Pero también víctima para que viviendo crucificado contigo todos los instantes de mi vida, el Padre, al verme tan ganado por tu amor, para que ese amor tuyo que le manifiesta y da a conocer a Él sea más y más glorificado, derrame contigo la plenitud del Espíritu Santo sobre todos tus sacerdotes y seminaristas y así estos ganen para la alabanza de la gloria de tu gracia a todas las almas de la tierra.

¡Señor, tú lo puedes todo, hazme hostia de alabanza de la gloria de tu gracia, en tu misma cruz!»

«¿Cómo es **-REPITO** porque es un bello canto a la Cruz- posible sentir desventuras terrenas ante la Cruz de Cristo?

Ella es la suprema cátedra de la caridad. La que nos revela la anchura y largura, altura y profundidad del amor de Dios que se nos declara en Jesucristo.

Ella es la mística escala de Jacob, cuyos peldaños son los pies clavados de Cristo que nos hacen correr por sus santos caminos, su Corazón abrasado de amores que nos hace sentir la omnipotencia redentora de su Sangre Preciosa y su divina boca que nos come a besos de Eucaristía para trocarnos en Él y darnos su paz y su cielo.

Ella la que nos enseña las dos dimensiones de nuestro vivir católico: verticalidad del amor que suspira y anhela morar en el Corazón del Amado y horizontalidad del celo que ansía abrasar al mundo para inflamarlo en amores divinos.

Ella, donde la muerte y la Vida riñeron con denuedo admirable, para que muerto nuestro desamor reine la Vida del amor suyo en nuestras almas.

Ella, donde la caridad de Dios amontonó ascuas encendidas de amor sobre la cabeza de su adversario; donde sobreabundó la gracia para lavar nuestras culpas; la que canceló nuestra deuda, la que nos atrajo las bendiciones del cielo; y, finalmente, la que nos alcanzó la libertad de hijos de Dios».

«Salgamos con la imaginación por un momento de nuestro capilla. Aquí está Él en su Sacramento de Amor. ¿Qué vemos fuera?

Y, sin embargo, rasgando esas tinieblas de crimen y de pecado veamos cómo se alza perpetuamente cada cuarto de segundo la Santa Hostia en manos de sus 400.000 sacerdotes haciendo que perdure ante la divina aceptación su plegaria del calvario: ¡Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen!

Y vedle también en el millón de Sagrarios; parece que ha fracasado: los hombres le olvidan, le desprecian, le insultan, pero Él está allí aguardando el efecto seguro de su gracia sobre los que el Padre le dio para ser el amigo del mismo que le ofendió y consolarlo con él. “Esto lo hacen porque no conocen al Padre y a mí”. Y entonces resuena rotunda en el alma el “Gloria in excelsis Deo” porque en la Hostia Santa revela la suma

bondad de Dios. ¡Oh Caridad Divina, que trasciendes a todo amor! ¡Qué amor el tuyo tan incomprensible ... !».

«Tú sufres el desamparo que yo merecí y para que yo no quede desamparado, quedas tú.

Pero, Señor, no es sólo el desamparo del Padre. ¡Es que también nosotros te hemos desamparado ... !

Y sigues desamparado aún.

En la cruz, nadie quiere clavarse contigo; en el Sagrario, estás sólo; en los pobres, los enfermos, los pobres, los obreros, los niños, los jóvenes, los pecadores, nadie va a ti en ellos para sanarles.

“Tengo sed”.

Clávame en el alma tu sed. Haz que me abrase en ella».

«Jesús se quedó sólo en Jerusalén y se quedó en el templo; se quedó con todos los pecadores que tenía abrazados en su Corazón con toda la plenitud de su amor salvífico; y allí vio este día: la Humanidad en trance de muerte, una guerra espantosa y dos mil millones de almas lejos de Él y yo traído a Ejercicios por Él y ... lloró ... lloró mucho y me alargó su manecita pidiéndome la limosna de mi vida en cruz para que las almas se salven ... Puedo ser o aumento de su pena con la dureza de mi corazón o consuelo entregándole este corazón duro para que Él lo ablande con sus lágrimas de amor ...

¿Qué elijo? Ser consuelo tuyo, amado Jesús: Te entrego mi corazón, es duro todavía pero tú lo ablandarás con tus lágrimas y el fuego de tu caridad hasta hacerlo puro y tierno y amoroso como el tuyo para con los pecadores [...].

Cómo Nuestro Señor Jesucristo, en lugar humilde, sencillo y gracioso:

En los Sagrarios de sus iglesias, accesibles a todos.

Bajo las apariencias humanas en los confesionarios ... dispuesto a lavar la lepra de la culpa.

En los niños que le ignoran, en los jóvenes que le olvidan ante el fragor de sus pasiones.

En los hombres que le odian porque teniendo hambre de Él no le han encontrado en los que nos decimos suyos.

En los infelices que nunca oyeron hablar de Él.

En los enfermos, en los pobres, en los débiles, en todos lo que sufren ...

Está Jesús esperando a los que decimos amarle.

Y envió a buscarme a: Sus Apóstoles, sus Pontífices, sus Obispos, sus sacerdotes, sus mártires y sus santos ... a estos hermanos queridísimos de Seminario, a los buenos superiores, al director de Ejercicios, a todos, para sanar a mi alma, pues esos fueron los pensamientos de su Corazón de generación en generación ...

Y a todos les encarga que me sean ayo para que llegue a la suma riqueza de tenerle a Él por única herencia y a la suma de ciencia de conocer experimentalmente los oprobios y menosprecios que Él pasó por mis pecados.

¡Ayúdame tú, Amado!, a comprender esto: Todo ese oprobio: ¡“Ignominia de los hombres y deshecho de la plebe” por mis pecados!

Gracias, Señor, porque me haces comprender que quieres renovar tu pasión en este miembro de tu Cuerpo Místico, que soy yo, para que así alcance conocimiento de tu caridad».

«En la comunión me ha dado gran paz. Me decía en el fondo del alma: Oye a mis ángeles: “Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis”. ¿Acaso no crees que me encarné para manifestaros los adorables designios de mi Padre? ¿Acaso no crees que aun bajo apariencias de vino y de pan soy el Omnipotente? ¿Acaso no crees que te amo como el Padre me amó a mí? Pues si he venido a tu alma ¿cómo puedes creer que me desintereso de ella? No ves, hijo amado, que si la Trinidad Beatísima quiso que me quedara en la Eucaristía fue para anticipar el momento de abrazarte y cobijarte en mi Corazón? ¿No ves que soy yo quien pone en tu alma más ansias de cruz, de ser totalmente mío? Hasta ahora tu libertad cohibía un poco mi omnipotencia, y digo un poco, porque desde que te recogí del fango hemos andado ya mucho trecho; pero ahora

me estás suplicando que te tome tu libertad y que la clave en mi cruz ¿cómo puedes creer que desoiga la súplica que mi Espíritu levanta en tu alma? No, ahora te tomaré la libertad que me entregas y ya no habrá obstáculos a mi omnipotencia que hará lo que es propio que yo obre en ti».

«Señor, no puedo ofrecerte más que lo que tengo: Un alma mísera y ruin, llena de imperfecciones y de llagas, pero voy a ti lleno de la fe en tu amor, que tú me das y te la entrego toda. Tómala, Señor. Puesto que viniste desde el cielo a la tierra y quisiste padecer muerte de cruz para sanarla y hacerla tuya y fundaste tu Iglesia y te quedaste en la Eucaristía para llegar hasta mí, no me rechaces ahora, tómame todo Señor, ponme en tu cruz. Nunca seré digno de ser tu sacerdote, pero siquiera hazme víctima contigo para que las llagas que tu caridad abra en mi ser atraigan más y más tu amor de misericordia a mi pobre alma».

«Mi presencia aquí, mis ratos de oración testifican mi buena voluntad en corresponder a tu gracia y si tú has nacido una vez en Belén e incesantemente naces en la Eucaristía para ser mi Jesús, tú que has comenzado la obra tú la terminarás. Es verdad que mi libertad puede resistir; pero yo ahora entrego mi libertad a tu Madre para que me la guarde en tu Corazón. ¡Oh Jesús!, hazme todo tuyo. Amén».

«Y te has quedado para lavarme de mi miedo a no serte fiel, con tu fidelidad en la Eucaristía; y de mis pruritos de independencia con tu velar por mí en la Jerarquía; y de mi egoísmo con tu quedarte en el prójimo».

III. DE SU DIARIO ESPIRITUAL

«Quiero hoy hacer como el balance de esta temporada de verano [1930]. ¡Ay! ¡Qué cuadro tan desolador ... ! No he hecho nada por Jesús o casi nada. Todo lo he hecho por mí: mis baños, mi esparcimiento, mi descanso; la cómoda fórmula de que durante el verano hay que descansar, como si de esta época no hubiera que dar cuenta a Dios.

No he dejado de comulgar ni un sólo día y gracias a ello, sin duda, creo no haber pecado mortalmente ninguna vez. ¿Pero estas comuniones tenían por fin la gloria de Dios? En cierto modo sí, pues aparte del deseo que tenía de recibir a Jesús en la Eucaristía, y con ello gozar de su amor, me obligaba a comulgar el considerarlo como el medio mejor para no caer en pecado, y al no querer caer en pecado se quiere, por lo menos, no ofender a Jesús gravemente».

«¿Mientras oigo Misa y me preparo para comulgar me dispongo bien a recibir a Jesús y con él todas las gracias que necesito para servirle bien durante todo el día? [...].

¿Al salir [de la oficina], cuando voy hacia la Iglesia a visitar a su Divina Majestad voy preparando mi alma para que Jesús la vea? [...].

Cuando salgo, ¿lo hago en compañía de Jesús? ¿Procuró entrar en alguna Iglesia a saludarle? [...].

Todas estas preguntas debo hacérmelas todos los días para ver si adelanto, y cuánto, o si retrocedo [...].

Durante la visita al Santísimo he sentido mis ojos cargados de sueño».

«Salí de la oficina con el alma triste por ver como la humanidad desprecia el amor de Jesús [...]. Fui a hacer la visita al Santísimo. Al principio sentí hondo dolor de ver tan solo a Jesús, pero luego, en cuanto empezó el Trisagio el sueño cerraba mis ojos, y, aunque luchaba con él, mi oración fue mala, rutinaria. ¡Ay Jesús mío, ayúdame!»

«Hablamos [Llanos y el Siervo de Dios] del proyecto de evangelización de los obreros y también de nuestras vocaciones. ¿Cuándo podré realizar la mía? Después fui a los Luises, y en el coro de la Capilla estuve tres cuartos de hora rezando allí a

solas con Jesús. Él en el Sagrario prisionero por amor a mí y yo a sus plantas mostrándole mis necesidades y mis miserias».

«A la salida [de la oficina] fui a hacer la visita al Santísimo ¡y cuánta dulzura he experimentado en ella! Postrado ante mi amado Jesús, sacramentado por mi amor, he visto cuan grande es mi miseria y cuan poco he avanzado en el camino de la perfección. He visto que Jesús continua y pacientemente se esconde en la Eucaristía para concederme gracias, para llenar mi alma de sus virtudes; en una palabra, para vivir Él en mí y que yo viva en Él. He visto también que todos los días acudo a postrarme a sus plantas, pero que acudo siempre igualmente pobre de virtudes; que ningún día puedo decirle: hoy estarás satisfecho de mí, pues he vivido en ti; que todos los días lo recibo, pero que muy pronto mi espíritu se aleja de Él y, que aun sin hacer nada malo, en el mejor de los casos, tampoco mis acciones tienen su amor por base y fundamento».

«Acabo de llegar de la Misa del Gallo y quisiera poder fijar en este papel mis sentimientos, pero es empresa superior a mis fuerzas; sólo decir que amo a Jesús con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi ser y que quiero amarle de verdad, no sólo con las palabras, sino con las obras; que mis acciones digan todas que soy cristiano, que soy de Cristo, que le amo, y que, como le amo, hago todo lo que Él quiere y nada de lo que no quiere. ¡Me ha amado tanto Jesús! ¡Por mí se hizo Niño y nació pobre y sufrió abandono, humillaciones y frío, y, yo, ¡cuántas veces a ese Niño dulce, que es Dios, le he abandonado, ofendido, azotado y muerto! Y yo nada soy y Él lo es todo, y, sin embargo, cuantas veces me perdonó y volvió a mí para llenarme de la felicidad de su Bien y ¡qué poco aprecio he hecho de tanto amor!

¡Hoy!, hoy ha vuelto a entregarse a mí [...] y viene, como entonces, pequeño para crecer en mí hasta que yo no sea yo sino Él. Y es más: que si viene es, precisamente, para que yo crezca en Él o Él en mí, y si quiero que crezca debo atender: primero, a las inspiraciones del Espíritu Santo, hechas por medio de sus ministros (director espiritual, libros, inspiraciones directas etc.); segundo, a la protección de su Madre Santísima, que lo es también mía; y tercero, a la de su padre adoptivo: San José. Si hago todo esto, si me esfuerzo en atender su voz y aumento mi devoción a la Virgen, Él crecerá en mí, yo creceré en Él; y como crecer en Él es crecer en Dios, por mediación suya, le daré más gloria y seré más feliz ya que tendré, por sus méritos y por su amor, la felicidad de Dios: que es la suma felicidad»

«En ella [en la visita al Santísimo] hice un rápido recuento sobre mi vida pasada y vi la honda sima de pecados en que yacía y de la cual me sacó tu amor»

«En la visita al Santísimo oré con fervor y le pedí muchas cosas a Jesús [...]. He visto que ni tan siquiera yo, que digo que le amo, hago la voluntad de Dios, y he pedido fuerzas para sacar de esta tristeza un ferviente deseo de servir a Jesús y extender su nombre».

«Tres días más, y el estado de mi alma casi no varía, pues, si bien mi inteligencia cada día conoce mejor a Dios y ve cuán digno de amor es, mi voluntad flaquea y no quiere unirse a la voluntad divina; pero se ha de unir, pues mi inteligencia quiere y ha de amontonar motivos para que al fin mi voluntad se decida a ser buena.

Hoy he aprendido algo nuevo: que, aunque yo sea imperfecto, aunque esté lleno de miserias, puedo unirme a Jesús en el Santo Sacrificio, ya que Jesús tomó sobre sí todas mis miserias y flaquezas para cancelar mi deuda; y si mis debilidades e imperfecciones están canceladas ¿qué me detiene? ¿No le amo con toda mi alma? ¿No tengo fe en su poder y en su misericordia?; pues, entonces, si están canceladas, si Jesús quiere que me perfeccione, Él me hará cambiar, pues yo también quiero que me cambie, y he de hacer cuanto pueda por quitar los obstáculos que encuentre Jesús en su obra».

«¿Qué hago yo por ti, dulce Jesús mío? Triste es decirlo ... nada o casi nada. Oigo Misa y comulgo, pero con tan poca devoción que no adelanto en la perfección; en

la oficina trabajo, pero ¡me cuesta tanto unirme a ti! Hablo, hablo ... y debería callar para oír tu divina voz, y en lugar de vivir en mi interior, en el que tu moras, vivo en la superficie en la que tú no estás, y, así, me sucede en todo: en la visita al Santísimo en la que, ciertamente, te pido tu gracia; en mis meditaciones y estudios en los que debería ver todo el amor que conmigo despliegas para extender, poco o mucho, eso no importa, tu Reino. Vivo en la superficie, no entro a fondo en mi interior, al que tú quieres vivir y fortalecerme, me desparramo en estas obras que, ciertamente, son para tu servicio, pero que, no siendo tú y no viéndote a ti, me dividen y restan fuerzas.

Pero tú, Jesús bendito, me amas tanto que me ayudarás; es más, yo sé que estás deseando ayudarme y que sólo esperas a que de una vez me confíe a ti y a ti me entregue para que yo dé fruto. Acorta, pues, el plazo; hazme tuyo, manéjame como quieras, a tu amor me entrego, fortaléceme».

«Pero estoy triste porque mis acciones, Señor, no son dignas de ti. Yo quisiera que mis acciones hablaran proclamando el amor que digo profesarte ... y ... mis acciones, triste de mí, no corresponden al ansia de tu amor que arde en mi pecho. No me dejes, Señor, no te enojés conmigo pues soy sólo un vil gusano que sin ti nada puedo; mas, si tú me ayudas, seré tuyo, sólo tuyo y siempre tuyo.

Amado de mi alma, dulce amado
que me acosas, Señor, con tus amores
invitándome al mostrarme tus dolores
a que me entregue a ti crucificado.

Enclavado mi cuerpo en tu ternura,
lacerando esta carne que me incita,
a perpetrar esa culpa tan maldita,
que fue causa cruel de tu tortura.
Arder siento en mi pecho un ansia de ternura
que sólo con amarte se sacia
y el no sufrir contigo y unirme a tu amargura
es la causa cruel de mi agonía.

Te amo, Jesús, te amo tanto
que no busco mi dicha ni me gozo
ni me anima el deseo de ser santo
sólo quiero, Señor, que mi sollozo

Se una a tu pesar; sufrir contigo,
ahogarme en dolor, ser compañero
de tu muerte, Señor, que es mi castigo,
y enclavarme yo mismo en tu madero.

Mas no consientas tú que mis deseos
sea sólo mi boca quien los diga,
haz que mi cuerpo todo, todo entero,
se sujete a tu amor y te bendiga».

«Fui a visitar al Santísimo y me afirmé aún más en la necesidad de trabajar y trabajar sin descanso en este campo que me han confiado de la Acción Católica».

«Voy a Misa y a comulgar, y la mayor parte de los días no me preparo debidamente [...]. Después hago la visita al Santísimo, esto creo que lo hago bien, pues, aunque sienta poca devoción, procuro estar un buen rato ante Jesús, aunque el no tener devoción, ahora veo es debido a que no me he preparado convenientemente».

«Menos la oración ante el Santísimo, todo ha sido flojo y hecho con poco amor. Pero Jesús es Jesús y ha derramado su Corazón sobre mi corazón. Los tres cuartos de hora que estuve ante su Sacramento de Amor se me pasaron sintiendo en lo

profundo del alma la maravilla de que se fuera a los cielos y se quedara en la Eucaristía. Pero luego volví a olvidar que Él está siempre amándome, ofreciéndome consigo cada séptimo de segundo por manos de los sacerdotes suyos».

«A los pies del ministro de Dios, de Jesucristo, he confesado la miseria de mi corazón ... Y, Jesús, me ha mirado lleno de amor y me ha perdonado. ¡Otra vez! ¡Otra! ¡Cuánta bondad la tuya! Yo haciendo méritos para el infierno, burlándome de tu misericordia, escarneciendo tu amor, y ... tú en la Cruz sufriendo y orando por mí. ¡Oh Jesús! Haz que yo comprenda bien esto: que tú me ames a mí hasta la muerte y que yo te desprecie y te hiera; que tú me colmes de beneficios y que yo utilice estos mismos beneficios para ofenderte; que tú vengas al mundo por mí y que yo te mate; que tú vengas a morar en mí y yo te obligue o quiera obligarte a mezclarte con mis pecados; que tú me ofrezcas gloria y que quiera mi condenación.

¡Ay miserable de mí que, si no fuera por ti ya estaría en el infierno y con perfecta justicia!, pero ese amor tuyo que me da la vida ¿a qué me obliga? A ser tuyo, a llevar tu cruz, a matar mi ser para que tú vivas en mí, a buscar las humillaciones, la pobreza, el dolor: porque el dolor, la pobreza, la humillación y la muerte, tú las has padecido por mí ¡Oh Jesús, quiero ser tuyo! No me rechaces porque te ofendí, acéptame».

«Ayer en mi rato de oración ante el Santísimo Sacramento de su amor, vi que continuamente está suspirando por mí, porque yo le ame, y está en la Eucaristía después de haberse hecho hombre por mí, padecido la humillación de la infancia, los trabajos de su vida oculta, las amarguras de su Pasión, la terrible agonía de Getsemaní y del Calvario, y todo porque yo le ame y me vuelva a Él, y Él pueda estrecharme entre sus brazos y hacerme participe de sus bienaventuranzas y de su gloria y darme un dulce beso de amor en mi pobre frente.

Hoy, he visto cuan grande es el amor de mi Señor. Consideraba qué haría yo si la Virgen Santísima pusiera en mis brazos a Jesús Niño y pensaba que lo estrecharía contra mi corazón y todo me parecería poco para tenerle contento, amarle y servirle, y vi ... que yo no había hecho esto, pues la Virgen Santísima ha puesto, no en mis brazos, sino en mi corazón a su Hijo multitud de veces, todas las que Jesús sacramentado se ha dignado visitarme y, sin embargo, yo no le he estrechado contra mi corazón, ni me he desvelado por servirle, ni siquiera he tenido, siempre, presente que lo llevaba en mí ... ¡Oh qué ingrato he sido con Jesús y María! ¡Regalándome ambos con su amor y yo sin advertirlo ni apreciarlo! Perdóname, dulce Jesús, y tú Virgen Santísima haz que clave este pensamiento en mi corazón para no hacer nada que pueda disgustar a tu Hijo, que es mi bien, mi amor y mi felicidad».

«A la salida [de la oficina] fui preparándome, un poco, para la visita al Santísimo. A los pies de Jesús he visto que soy aún muy vanidoso, y que mientras yo me ensoberbezco porque no soy por completo su enemigo ... Él está humillado en la Eucaristía por mi amor y, por lo tanto, debo a todo trance adquirir la virtud de la humildad; para ello nada mejor que buscar yo mismo las humillaciones».

«A la 1'45 hice la visita al Santísimo. Visita breve de veinte minutos para acompañar a Matilde [hermana del Siervo de Dios] ... ».

«Ayer recibí la carta de mis compañeros de Orbó ¡Cuánto bien me ha hecho! ¡Qué miserable soy a su lado! ¡Cuánto debe amar Jesús a esos benditos jóvenes! Ellos me han enseñado a amar a Jesús. Decididamente tengo que ser santo, pues Jesús se vale de todo para invitarme a que lo sea.

Sábado y domingo lo he pasado casi en perpetua oración por ellos, admirado de la gracia de Dios, de su heroísmo y de mi miseria».

«¡Ah Señor yo quiero amarte! pero con obras, quiero ser tuyo, todo tuyo, no serte infiel, no entristecerte como te entristezco con mis inconstancias; bien sé que no soy digno siquiera de que me mires y me oigas, ¡he abusado tanto de tu paciencia! Siempre diciéndote: Quiero amarte y nunca amándote [...]. ¡Tú amarme a mí y

entregarte a mí y yo no haciendo aprecio de ti ... qué miseria la mía! Ayúdame Virgen María, ayúdame».

«A las dos de la madrugada.

Vuelvo de la cena con Ángel Herrera [luego Cardenal] y he sacado una conclusión: Hay que hacerse santos, con esa santidad media a que dice el Papa todos estamos llamados. Cumplir perfectamente mis obligaciones: trabajar bien en mi oficina, ser cariñoso y solícito con mis padres, prepararme con ardor para el cumplimiento de mi vocación y , sobre todo, tener en todo una unión íntima con Dios: ofrecerle, por medio de la Santísima Virgen y de Nuestro Señor Jesucristo, todas mis acciones, practicar bien el ejercicio de la presencia de Dios».

«¡Ah! ¿De qué sirve que yo diga que amo a Jesús, si eso lo dicen mis labios y no mis obras?

¡Cuanto me apena, oh Jesús, el ser yo quien te entristezca!

Voy a recibirte, y voy con el alma llena de la basura de mis faltas; te recibo, y a los pocos instantes está mi pensamiento lejos de ti; te veo en la cruz y abandono la ligera cruz que tú has querido poner sobre mis hombros, te dejo a ti sólo. Pero, Señor, tú todo lo puedes y puedes hacer que yo te sirva. ¡Hazlo Señor!»

«Ayer y hoy te recibí con devoción. Te he visitado y he sufrido contigo mi miseria y las culpas de los hombres. Me has prometido tu ayuda, y seré tuyo».

«Tú me has dicho, Señor, que no estás satisfecho de mí. Que prometí acudir todos los días a la audiencia privada que quieres concederme y conversar contigo durante media hora ... y ¡pobre de mí! no acudo a tu llamada. Tú me has dicho que me quieres todo para ti, que en todas mis obras he de ser tuyo, que quieres que ponga mis manos y mis pies sobre los tuyos para enclavarme contigo en tu cruz».

«Me amó a mí y se entregó por mí».

He prometido ser tuyo y trabajar por tu causa. Te ofrecí, si era preciso, ser mendigo para buscarte almas. Me has perdonado y regalado con tu amor infinidad de veces. Me amas todavía y me amas hasta el fin, más allá de la muerte, hasta la Eucaristía ... ¿Puedo seguir así, tibio, sirviéndote mal, sin pensar en ti, causándote náuseas? No. "Ibo ad patrem". Te pediré tu ayuda y la de tu santa y amadísima Madre y triunfaré. "Omnia possum in eo qui me confortat».

«Mi alma está enferma en sus tres potencias: en su inteligencia, porque no conoce bien a Cristo, no he clavado los ojos de mi espíritu en Jesús y no he comprendido lo que es Cristo, y éste, crucificado; y no conociendo a Cristo, mi voluntad no le ama y no amándole mi libertad no le sirve. Enferma, con la enfermedad de la tibieza, está mi alma. ¿Qué debo hacer? El cortesano de Cafarnaún me lo dice: ir a Él.

Ir a Él, buscarle a Él, donde Él se encuentra: en la oración, en el interior de mi alma, que Él quiere hacer su templo, en los Sacramentos, la Penitencia y la Eucaristía. En la penitencia, Él es médico y puede diagnosticar mi enfermedad y proponerme el remedio; en la Eucaristía, Él es medicina y puede darme la salud».

«Hago la visita al Santísimo quedándome asombrado de tanto amor. Pido perdón y fuerzas encomendándome a la misericordia del Señor».

«Hice la visita al Santísimo con devoción, aunque no toda la que debiera por haber separado mi imaginación del amor de Cristo, para ponerla en mi miseria».

«En la visita al Santísimo tampoco me he portado bien. Estaba apesadumbrado por mi infidelidad y ..., en lugar de borrarla con oración humilde y continuada, me levanté y me fui a mi casa.

Después en casa tampoco he imitado a Jesús. Cierto que mi mal humor provenía de mi miseria, pero la aumentó una ligera carga familiar y, en lugar de

aceptarla con buena cara y dar gracias a Dios porque me mortificaba, la rehusé y la hice de mala gana ...

¡Miserere mei Domine, miserere mei!

Ni una sola vez he procurado hacer lo que Jesús hubiera hecho en mi lugar.

¡Ayúdame, Señor, a vivir tu vida!».

«Luego he visitado a Jesús ... y Jesús ¡me ha dicho tantas cosas ... !

Le he prometido: llorar los pecados, los míos y los de los demás; le he prometido serle fiel y le he pedido su ayuda.

Meditar en mis pecados, ahondar bien en mi miseria y luego levantar mi vista hasta Jesús para verle en la cruz pidiendo: ¡Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen!; para verle arrodillado a los pies de sus apóstoles, cabeza de su Iglesia, para que se dejen lavar con su sangre preciosa; para verle oculto en la forma consagrada dispuesto a entrar en mi interior para darme salud y vida divina, para verlo, en una palabra, como divino mediador que torna en amorosas las miradas justamente airadas del Padre.

“Dilexit me et tradidi semetipsum pro me”.

«Después he hecho la Visita en las Reparadoras.

Te invoqué a ti, ¡oh María!, para que, cubriendo mi miseria con tus gracias, pudiera levantar mi vista hasta tu Hijo.

Me amas, ¡oh Señor!, me amas, lo sé; tú eres el Padre del hijo pródigo, tú eres la bondad y la misericordia y el amor, tú eres ¡Tú! y te compadeces de mi miseria ...

Estabas allí, oculto bajo las sagradas especies, y me he puesto en tu presencia lleno de dolor y de pena porque no te he sido fiel».

«¡Cuán inmensa es la caridad de Cristo!

“Nos amó hasta el fin”. Continuamente está orando por nosotros al Padre a pesar de que también, continuamente, nos olvidamos de Él.

Ahora voy comprendiendo el lema que adopté hace tres años “omnia possum ...”. Si yo quiero servir a Dios, cuando note flaquear mi voluntad debo acudir a Cristo, unirme a Jesús que pide por mí y pedir con Él la gracia que necesito del Padre y, aún más, si procuro unirme a Jesús al comenzar cualquier ocupación y al comenzar toda las horas vendrá a mí la gracia que su oración todopoderosa me habrá conseguido del Padre».

«A la salida de la oficina fue a presentarme a mi Señor Jesucristo en el Sacramento de su Amor. Ahondé en la meditación del infierno, le di gracias por su infinito amor y oré con gran fervor por la redención de las almas».

«Después te he visitado en tu Santísimo Sacramento y, aunque he procurado estar arrodillado en tu presencia el mismo tiempo que otros días, he rezado con muy poco fervor».

«Fui a orar un rato a la Casa de S. Pablo y allí, a solas con Jesús, sufrí, amé y gocé. Él estaba allí y estaba a solas conmigo. Por mí estaba en el Sagrario, amándome, rogando por mí, ofreciéndome todo su corazón. Me postré a sus plantas y le pedí su ayuda, que no me abandonase, que no me dejase solo, que orase por mí, que tuviera paciencia, que no mirase a mi indignidad y miseria sino para enriquecerme con su ayuda. Le abracé en mi corazón, me ofrecí por completo a Él, para lo que Él quiera, para lo que Él disponga, y con suspiros y con ansias me arrojé a sus brazos con confianza plena, pues me ha amado tanto, tanto. Ha tenido misericordia tan infinita y divina conmigo que dudar de su amor por mí sería inferirle nueva ofensa. En ti confío, Señor y Dios mío, con tu omnipotencia cuento para vencer mi impotencia, tú me ayudarás y me darás tu gracia para servirte. Me santificaré con tu ayuda».

«Salí de la oficina de mal humor por hallarme abrumado por el trabajo; pero en la visita al Santísimo me arrojé en brazos de Jesús; a Él le mostré mis llagas y mis penas y las curó mostrándome las suyas. Me dijo: “Hijo quiero que laves mi cruz. Te

la voy a hacer más pesada, quiero que no tengas un minuto de descanso; esa será tu mortificación, ¿no ves cómo los magos arrastran todas las fatigas por traerme ofrendas?, pues tú, hijito mío, quiero que hagas lo mismo. Me traerás, cuando vengas a adorarme aquí en mi Sacramento, los mismos presentes: oro, incienso y mirra. El oro, tú lo dijiste, es la fe; el incienso, la oración; la mirra, la mortificación. De modo que el presente de tu mortificación que me has de hacer en la oración es tu triple ofrenda: en la mortificación tienes el oro y la mirra. Si sufres es porque crees en mí y me amas, y luego en la oración, con fe profunda en mi amor, te ofrecerás tú mismo en oblación perfecta”.

¡Bendito seas Señor! porque me amas. Gracias te doy porque me pides que sufra y quieres cargar con cruz más pesada mi alma. Has oído mi oración y sufrimiento, y lo has aceptado. Sólo te pediré tu gracia, tu ayuda para servirte con fidelidad en las pruebas que me pongas. Si alguna vez caigo, por el inmenso amor que me tuviste cuando tú quisiste caer bajo el peso de la cruz, levántame.

¡Gloria in excelsis Deo!».

«¡Bendito seas Señor!

Hoy no te he podido recibir en el Santísimo Sacramento del Altar. Has querido Señor enviarme una enfermedad, ¡bendito seas!, mas estos vahídos que me dan con tanta frecuencia me han impedido ir a Misa y a comulgar. Pero tú, Señor, me amas. Hoy como ayer, como mañana y como siempre, estás en el Sagrario pidiendo por mí. Deja, Señor, que, a pesar de mi indignidad y miseria, me una a ti en tu oración y que recubierto con la túnica de tus méritos e incorporado a tu Sacratísima Humanidad, invoque al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y les pida el perdón, que no merezco, pero que me ganaste en la cruz, y que les ofrezca estos pequeños padecimientos, santificados en el precioso incensario de tu divino Corazón, como oblación de este miserable pecador, para satisfacer por mis pecados y por los de mis padres y hermanos y todos los jóvenes, especialmente los que se alistaron en tu milicia juvenil de la Acción Católica.

¡Gracias te doy Dios mío! porque me haces padecer, siquiera sea tan poco. Al fin has querido unirme a tu cruz y, aunque indigno, me consideras digno de que sufra algo por ti.

Tú, Señor, estuviste, en un tiempo prendado de mí. Era yo jovencillo, adolescente, tenía 16 años, y con tu amor por los pequeñuelos me amabas a mí, pero yo te ofendía ... sólo quería mi placer y mi satisfacción, y me olvidé de ti ... Un día me llamaste y me ofreciste tu amor ... Yo tardé en oír tu voz, pero al fin te amo, Señor, te amo. Quiero ser tuyo, servirte, atraerte almas y sobre todo llevarte la mía, dártela por completo, que seas tú sólo el objeto de mis ansias, mis anhelos y mis amores.

¡Bendito seas, Señor, por todo el amor que me tienes!

Tú a los pies de tus apóstoles, suplicando que se dejen lavar por ti, eres la expresión maravillosa de tu misericordia. Tú, un Dios, suplicando a los pies de los pecadores que se dejen abrazar por ti.

Tú en la cruz pidiendo por mí.

Tú en la Eucaristía amándome a mí.

¡Oh Jesús! ¡Bendito seas! [...].

Resolución: Intensificar la oración, ofrecer cada vahído a mi Señor Jesucristo».

«Fui a visitar al Santísimo; asistí a la Reserva y oré con algún fervor. Pero es lo cierto que mi tensión espiritual ha bajado muchísimo. Precisamente lo que debía ser causa de perfeccionamiento es causa de lo contrario. Una enfermedad es aviso providencial de la muerte y tras de la muerte está el juicio, de forma que una enfermedad ligera como la mía debía de haber sido causa de que cumpliera aún mejor mis deberes para con Dios, ya que tal vez tenía que comparecer pronto ante Él y no como he hecho, dejándome guiar por los criterios humanos».

«Todo para Dios ha de ser mi lema. Que si llega el “esposo” me sorprenda con la lámpara encendida de la fe que obra por la caridad encendida.

Salud o enfermedad es lo mismo. El espíritu invocando la ayuda de Jesús ha de saber vencer al cuerpo.

Antes que retirarme de la línea de combate, caer en el campo de batalla sirviendo a Jesús con mi enfermedad, ya que antes no supe servirle bien con mi salud.

Cristo Jesús, Salvador de los hombres, ayúdame. Si quieres, Señor, puedes sanarme. Amén».

«Hoy he comulgado. Con poca preparación, sí; pero he recibido a Jesús. Él ha acariciado mi alma, y dulcemente, con ese amor tan suyo que sabe suplicar, cuando tiene derecho a mandar, me ha pedido que no le abandone en el camino del Calvario; que con Él lleve la cruz hasta que llegue el momento del Calvario.

Gracias te doy, ¡Dios mío!, por la infinita paciencia que tienes conmigo.

Concédeme o, aun mejor, sigue concediéndome tu gracia para que pueda servirte, ya que sin ti, que eres mi vida, mi luz y mi poder, nada puedo. Quiero ser tuyo “esposo mío”, pero algo hay dentro de mí que me liga, me traba y pone dificultades. Ayúdame para que los venza».

«¿Cuándo he vivido hoy en el Señor?

¿En la Misa y comunión? Ciertamente que sí; pero luego, en mi oficina, no descansaba mi voluntad en Él. Toda la mañana he estado distanciado de ti.

Luego, en la visita al Santísimo, tampoco he estado fijo en Jesús; estaba como de mala gana».

«Estás solo y olvidado. Todos te desprecian. Hasta yo mismo vivo olvidado de ti. Tú me has amado y me amas, tanto a mí y yo no te amo. Cuántas ternuras y delicadezas conmigo mismo y cuánto olvido de ti, cuán fríamente te trato. No quiero vivir para ti, sino que tú vivas para mí. Y por eso no soy tuyo cuando tú quieres, sino cuando yo quiero, y aún mejor diré que ni entonces soy tuyo, sino que quiero que tú seas mío para gozar de tus consolaciones.

Mas no quiero seguir así. Quiero ser tuyo e invoco tu adorable nombre y pido tu ayuda para conseguirlo.

¿Imprudencia trabajar sin descanso por ti? Tú crucificado –me lo dice S. Pablo– eras escándalo para los judíos y locura para los gentiles. ¡Qué importa la enfermedad ni la muerte si me llegan por servirte a ti! Morir por ti no es morir, es resucitar».

«He visitado al Santísimo y, ante Él, he meditado en los tres pecados y en mi miseria; mas Jesús me ha dicho que no desespere, que Él continuamente ora por mí [...].

Esta meditación [sobre el infierno] me ha ayudado a penetrar un poco en la inmensa caridad de Dios, que, habiendo yo merecido millares de veces el infierno, me tenía allí, en su casa, junto al Sagrario, me permitía asistir y ofrecer la Santa Misa para que, como hostia santa, hostia inmaculada, pudiera satisfacer la petición del Padre y aún atraer sus amorosas miradas hacia mí, no por mí, sino por su Divino Hijo que quiso morar en mí [...].

Al venir a casa, y como primer viernes de Cuaresma, hice, en los Jerónimos el Vía Crucis. Mi alma se llenó de penas por mis infidelidades con Jesús. Con toda mi alma le pedí a mi Señor Sacramentado que me perdonara y se dignara bajar espiritualmente a mi corazón.

Con Él me abracé y le prometí atraerle las almas de los jóvenes, especialmente de los pobres obreros».

«¡Perdóname Señor!

Toda la mañana la he pasado fantaseando, separado de ti, aunque tú me llamabas, y luego cuando fui a ti en la Eucaristía, cuando te visité en tu Santísimo Sacramento, tú, justísimamente, te ocultaste. Pero tú me has inspirado que relea mis propósitos durante los Ejercicios, y he visto que tengo que vencer una pasión que me aleja de ti: la soberbia, la vanidad».

«Muchas veces había deseado, en mis ratos de oración ante Jesús Sacramentado, que el Señor pusiera su bendita mano sobre mí, e, incluso, con la

imaginación había gestado lo que sería una caricia del Señor; mas ahora Él ha querido que su Vicario acariciara dos veces mi cabeza. Era el Vicario de Cristo, "Cristo in terra" quien me acariciaba a mí [peregrinación a Roma de la Juventud de Acción Católica en marzo de 1934]; cómo ha pastorzuelo a quien se ha encomendado la guarda de las ovejas más queridas a quien se le ruega no las abandone y a quien se premia las promesas de ser fiel con una caricia.

¿Cómo debo yo responder al amoroso llamamiento de mi Dios y Señor? Dándome todo a Él, no viviendo más que para Él, buscándole a Él en todo y amándole a Él en todo».

«[...] Y después, con ese amor tan español a Jesús en la Eucaristía, surge pujante, arrollador, grandioso el himno eucarístico. De él toma el motivo para el fervorín el Arzobispo. Dios está aquí. Doblemente aquí: en la Eucaristía, en la que quiere estar oculto para mostrar su amor a los jóvenes, en la Eucaristía en la que quiere ser la base, la piedra fundamento de nuestra fortaleza y en "Petrus", en el Papa, que es Vicario de Cristo.

Comienza la comunión, ordenadamente, con recogimiento, con fervor, se van acercando los jóvenes a la Sagrada Mesa. Su piedad me emociona; me siento directivo y acudo lleno de fe al comulgatorio para recibir a mi Dios y pedirle ayuda y fuerzas para servirle siendo el siervo de sus siervos, de aquellos jóvenes que ha puesto de alguna forma bajo mi tutela.

¡Al fin, Él se alberga en mi pecho! ¡Ha venido hasta mí! He comulgado el último, pues realmente eso soy ... el último a quien la providencia de Dios ha puesto el primero».

«Acabo de llegar de la visita al Santísimo. Jesús me ama, me ama infinitamente y me pide amor. Quedo, muy quedo, me dice en el fondo del alma "Sitio", tengo sed, tengo sed, hijo mío, y sólo me das miel y vinagre, pecados veniales, olvidos, ingratitudes; pero confío en tu amor y me darás tu alma que quiero llenar del precioso licor del espíritu de amor. Hijito, mira a tu alrededor y verás qué pocos son los que piensan en mi sed: Tengo sed de dolores, y los dolorcillos que te envió y envió a los tuyos, ni me los ofreces ni me los ofrecen, tengo sed de alma y me roban las almas.

Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo y que sufro con tu sed, pero mi miseria es inmensa y sólo mirándote a ti puedo esperar aplacar tu sed. Hazme tuyo, purifícame con el dolor, acepta a tu víctima, hazme sufrir para que, sufriendo por los que amas, repare las quiebras a la justicia y entienda tu misericordia.

Te amo, Jesús, y espero en ti. Desde el Sagrario me miras y en la Hostia Santa estás en cruz por mí pidiéndole al Padre que me perdone y me ayude para morir en mí y que tú puedas vivir en tu amado para llegar hasta los que, por no conocerte, te olvidan, te desprecian y odian.

¡Oh Señor!, haz que enloquezca por ti y que, minuto a minuto, muera a mi miseria para que crezca en mí y pueda saciar tu sed llevándote las almas de mis hermanos, los jóvenes, los que me has confiado y los que me encargas que te conquiste con humillaciones, mansedumbre y amor».

«He sufrido estos días pasados pensando en tus almas. Tú te quisiste quedar en la Santa Eucaristía para abrazarlas. Tú, en la Iglesia, instituiste esta fiesta del Jueves Santo como memorial de tu convite de amor ..., pero los humildes no se han acercado este año a tus Sagrarios; miles y miles de almas: los pobres, los cargados de preocupaciones y trabajos no se han acercado a ti y tú me has hecho ver tus lágrimas y tus tristezas para que llore mis pecados, que son la causa de su apostasía».

«Desde la oficina me vine a casa andando y al ver abiertas las Esclavas entré a visitar al Santísimo para pedirle valor y fuerzas. Ante mi Señor Sacramentado le ofrecí mi vida, si por su misericordia la aceptaba saltando por encima de mi indignidad y miseria. Hice la comunión espiritual y salí más confortado».

«Te he visitado en la Eucaristía y nuevamente has llamado a mi corazón: Me has mostrado tus llagas, me has hecho ver que conociéndome te echaste a mis pies para que me dejara lavar de ti; te he pedido que, pues sigues por mí humillado en la Eucaristía, me lavaras de mi falta de fe, de esperanza y de caridad para contigo.

Confío en ti, Señor, y tú harás en mí ... ».

«En la visita al Santísimo, y después de la comunión espiritual, tú, ¡amadísimo Jesús!, me has enseñado algo nuevo al rezar el “Anima Christi”.

1° Que debo trasladar a mi alma tus tristezas de muerte, el tedio enorme que te causaban mis pecados, mis infidelidades e ingratitudes, por lo que son en sí, por su oposición con la bondad de tu Padre, su amor y misericordia, por el mal que me causan: el peso de la culpa y su reato de penas, y sobre todo porque son obstáculo a tu misericordia y detengo represadas en tu Corazón las gracias que por conducto mío querías hacer llegar hasta tus jóvenes.

2° Tu cuerpo llagado en brazos de tu Santísima Madre, armonía silenciosa que canta tu amor con los labios de tus infinitas heridas, invitación a que me haga llaga, para que las llagas de mi alma y de mi cuerpo canten mi amor por los que te blasfeman, desconocen y te olvidan. Tú mismo me dices que así moraré en ti y que entonces será verdad esa oblación mía en tus manos para que contigo me ofrezca al Padre. Que así seguramente seré también objeto de las complacencias de tu Padre y que las llagas de un miembro de tu Cuerpo Místico alcanzarán la salud para otros miembros llagados de tu Cuerpo.

Que todo tu Cuerpo glorioso: ¡tú dulcísimo Jesús mío, mi cabeza y mi bien!, tu Madre Santísima, San José, San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, Santiago y San Juan, todos tus Apóstoles, Santos y Angeles, pediréis al Padre gracia para que me haga llaga, y, obligados por esa oración silenciosa de amor de mis padecimientos, instaréis con tal fuerza que el amoroso Padre que está en los cielos derramará sus gracias sobre mis jóvenes.

3° Entonces sí que tu Sangre preciosísima será el vino bendito que alegrará mi corazón y me hará correr por el camino del dolor que tu amor bendito ha trocado en miel y dulzura.

4° Que tu agua, la que con sangre derramó tu Corazón después de muerto, me purificará de mis últimas miserias si se mezcla con las lágrimas que me sequé al ver el olvido y desamor en que te tengo y te tenemos.

5° Tu Pasión. Esa libertad con que entras en ella sabiendo lo que vas a padecer y conociéndome a mí y a mis obras.

6° Como oirás entonces mis suspiros y mis ansias de amarte y de que te amen, viviré escondido en tus llagas siendo eflorescencia de las mismas y ofreciendo a tus hijos esa nueva prueba de tu amor que supo hendir la pena de mi corazón y sacar agua de caridad de mi piedra vil.

Y en tus llagas, libre seré del maligno enemigo, impotente para llegar hasta tu siervo si sabe esconderse en la llaga de tu costado.

Que un día me llamarás a ti, para que no pene más de amor el alma que tú has herido, haciéndome ir a ti para que perpetuamente me goce en el coro de las alabanzas a ti».

«¡Jesús ayúdame! ¡No me dejes retroceder en tu servicio!

No soy tuyo, Señor. Me disipo, no pienso en las almas que se pierden. Hoy me lo decías en mi oración ante tu Santísimo Sacramento: Estoy triste hasta la muerte y no lo ves. Te sientes sin fuerzas y no me la pides. ¿No ves, hijo, que estoy pidiendo al Padre por ti y que en mi petición le ofrezco todas mis llagas por ti?

Levanta de tu pesimismo, aviva tu fe y camina, toma el crucifijo entre tus manos y dirígete al Padre. Dile: Padre y Señor de todas las cosas mira las llagas de tu Hijo, mírale clavado en la cruz, es verdad que yo le clavé con mis pecados, pero aún lo es más que tu Hijo me ama y que esas llagas y esos clavos son la expresión de su amor, y si Él me ama y tú pones en Él tus complacencias, concédeme tu gracia para serle fiel y clavarme con Él en su cruz».

«Visité al Santísimo, le pedí perdón al Señor otra vez. Sus llagas son la esperanza de mi perdón. Él las ofrece por mí, me las ofrece como remedio, cubriéndome con ellas puedo presentarme al Señor Dios Padre todopoderoso y forzarle a que me perdone».

«Tú sabes Jesús todas las cosas, tú sabes que te amo, que quiero amarte y ser tuyo, pero este querer mío es incompleto pues no acabo de darme a ti, y de aquí nace mi tristeza y pesar [...].

Te he visitado en la Eucaristía y ahora suspiro, gimo, sufro y lloro por ser tuyo, pero no lo soy ... ¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo, te voy a poner obstáculos ... ?».

«Después de comer fui a visitarte en tu Sacramento de Amor; estuve media hora en oración meditando sobre la Adoración de los Magos. Su vista me ha dejado confundido. Ellos a tu primera indicación se ponen en camino; dejan casa, comodidades: emprenden viaje largo, fatigoso, lleno de peligros. ¡Yo, tantas y tantas estrellas he despreciado!, luces clarísimas que enviabas a mi alma para que dejara comodidades, egoísmos y me pusiera en camino. Ellos te adoran; ven en tu insignificancia el profundo misterio de tu amor al hombre. Tú, Dios, hecho hombre, niño y pobre y te ofrecen oro de caridad, incienso de oración, su viaje fue oración pues fue trabajar para verte a ti, prepararse para ponerse en tu presencia, y también mirra de mortificación. Yo, en cambio, te tengo a ti, Dios-Hombre glorioso, o en la Eucaristía, mas humillado aún y, sin embargo, ¿cómo acudo? Es preciso que acuda con el oro de mi caridad, amándote a ti en la Eucaristía y en todos; es preciso que continuamente quemé incienso en el altar de mi corazón y que me mortifique y haga penitencia para forzarte así a dar tu amor.

Propósitos: rezar jaculatorias, hacer alguna mortificación».

«Oh Jesús, que poco amado eres [...]. Y ... tú, en cambio, estás noche y día en el Sagrario, allí humillado, esperándonos para derramar tu amor sobre nosotros».

«Soy criatura de Dios. Él es mi Señor y dueño absoluto. Ser suyo es mi deber y mi felicidad. Me sacó de la nada para unirme a Él por Jesucristo. Esto es lo que importa y vale, lo demás nada.

Me crió para que le conociera, amara y sirviera. Esta es mi razón de ser, mi vida. Quiero vivir y ser de Dios y sólo llenando la razón de ser, viviré y seré. Su voluntad, mi ley.

Delante de Él en la Eucaristía lo pensaba: Mi creador y humillado, oculto para darse a su criatura y transmutarla en Él.

¡Quítame, Señor, todo lo que me estorba para hacer tu voluntad!».

«Jesús me ha hecho ver claro en la meditación mi deber de hacer “vela de noche sobre mi grey” [...].

A los pastores, porque estaban velando de noche haciendo centinela sobre su grey, les envía su ángel para darles luz y comunicarles que ha nacido e invitarlos a que vayan a adorarle. Fueron, le besaron, sintieron su manecita sobre ellos.

Yo lo mismo. Si continuamente hago centinela, con los brazos en cruz, sobre los jóvenes, Jesús me enviará su ángel para darme luz e invitarme a que vaya a adorarle en el Belén de la Eucaristía y vendrá a mí, se pondrá en mis brazos y, con sus caricias, me dará fuerzas para triunfar.

Gracias Señor porque me has enseñado esto.

Es preciso que me entregue todo y en todo».

«Gracias, Señor, por las luces que envías a mi alma. Hoy me has hecho ver el duro contraste entre el servicio de los hombres y el tuyo.

La gente se apiñaba en las calles, se apretujaba, se empinaba sobre sus pies para ver pasar a un hombre que tú has revestido con un pequeñísimo destello de tu poder y ..., en cambio, a ti, que te tienen en todos los Sagrarios a quienes pueden ver y visitar sin necesidad de apreturas y molestias, no van a verte».

«Tú me has hecho ver también que al recibirte en la Eucaristía te recibo a ti y a tus mártires, y que los has querido unir a ti para venir a mi alma para que sus llagas sean como el altavoz de tu amor, porque toda esa cantidad inmensa de tus llagas, las tuyas y las de tu Cuerpo Místico, me dicen con los labios de sus heridas: Te amo, te amo y tengo sed.

¡Oh Señor! ¿cuándo seré tu cirineo?

Tú me lo has hecho ver esta noche al hacerte la visita. Te pedí que vinieras espiritualmente a mi corazón y, una vez en mí, te pedí que me dejaras tu Corazón para amarte con Él por los que te aman y por lo que no te aman; pero veo que no puedo venir a visitarte por ellos si no me hago víctima por ellos. Tú estás en la Eucaristía como víctima y por camino de cruz llegaste a ella. Yo no debo acercarme a ti sino por camino de cruz, si no mi deseo de sustituirles a ellos ante ti, no es verdadero.

Tengo que ir en busca de las mortificaciones».

«Desde ahora mismo voy a pedirte, Señor, con insistencia loca que me hagas fiel.

He dirigido una mirada a mi vida de estos últimos meses y no he visto la cruz, pero ¡no importa! Yo sé que ahora mismo estás en el Sagrario por mí, que me amas infinitamente, habiéndolo hecho todo, mundo físico y moral, de la materia y de las almas, por mí para que te conociera y te amara. Dame, Señor, la gracia de no cerrarme a los secretos toques de tu gracia.

¡Señor! es preciso que yo sea tuyo».

«[...] Me ama y me atiende el Señor que perpetua-mente me tiene en su regazo, mientras vivo, y me alimenta de continuo no sólo con sus criaturas sino también con su propia substancia por medio de la Eucaristía, en la que no sólo se me da cuando comulgo, sino que siempre y de alguna forma se me está dando, bien en el Sagrario, bien expuesto, o bien cuando desciende a lo que, antes de pronunciar las palabras de la consagración, no era más que pan y vino.

He de trabajar por hacer viva y operante la idea de que siempre me hallo en los brazos de Dios, “ ... para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor”.

«Me llevaste a que te visitara en tu Sacramento de Amor, por la mañana. No supe pensar nada sino que estaba ante ti y me amabas ¡Yo, ante ti! Yo, gusano inmundo que te he ofendido infinitas veces, yo que te desprecié y tantas veces te pospuse a mis apetitos bestiales, yo a quien debían de haber exterminado los santos ángeles, ministros de tu justicia, yo, estaba a tus pies y me amabas.

Me sugeriste la forma de hacer mi examen».

«Ante todo anotar lo que el Señor me ha dicho por su ministro: Cuando sientas desfallecer tu espíritu, cuando te combata la tentación, cuando te encuentres árido y seco reza conmigo mi oración sacerdotal. Y, cuando veas que desde todos los Sagrarios sigo orando por ti, ámate y confía en mí.

“Si yo no te lavare no podrás tener parte conmigo”. Y por eso, para lavarme y que pueda tener parte contigo, has querido, Señor, quedarte en la Eucaristía, en tu sacerdocio y en el prójimo. Mas no sólo para lavarme a mí, sino para lavar a todas las almas , por eso dices: “Ejemplo os he dado”. A mí me pides que te deje venir a mi alma, que por amor de los jóvenes no tienes reparo en dejar otra vez la mesa de la eterna cena de la gloria y vestirte de la vil librea de mi carne para ponerte a los pies de los jóvenes, que harás de mi alma lebrillo en el que derrames el agua de tu gracia, por eso te quedaste en la Eucaristía para venir a mí y, desde lo profundo de mi alma, rogarne, con amorosa insistencia, que te siga a trabajar contigo».

«Visita al Santísimo y examen al medio día. Si no he abandonado al Señor es por la visita; cuando la he hecho larga y detenida he sido fiel; cuando no la he hecho o ha sido corta, le he dejado».

«Nació el Niño Dios y su divinidad estaba envuelta en los pañales de su humanidad sacratísima.

Y nació para nacer en nosotros envuelto también en los pañales de nuestra fe, esperanza y caridad.

Envuelto está en los pañales de las especies sacramentales, en la Eucaristía; en los pañales de carne en el prójimo; en los de la misión canónica en el sacerdote; en los del dolor en los que sufren, en los de la necesidad, en los que ignoran; y, así, en toda criatura humana está Jesús envuelto en pañales».

«A la tarde al Seminario. Fue un remanso de paz. El cielo azul, la serenidad del aire, la visita al Sagrario se me metió en el alma como caricia de mi Dios bendito y santo. Luego ante la Comunidad. Los vi Sagrarios. Allí, en ellos, iba Cristo y los amé hablando y hablando les amé. Les pedí su oración y vida santa en ayuda de esta sed que pone en nuestra alma el Señor».

«Después, cuando logré salir de aquellos aplausos y abrazos de mis amados jóvenes, fui a tu Sagrario y no sabía decirte nada sino: ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Tú sabes, Señor, que lloré de tanto amor con que me llenabas el alma.

A la tarde, después de aquella comida con los Gobernadores y el café con los jóvenes, otra vez junto a tu Sagrario para pedirte inspiración. Señor ¿qué quieres que les diga?

Y el acto eucarístico. Los jóvenes formados, las banderas junto al templete y tú prisionero en un Sagrario que vienes sobre el pecho de un sacerdote para manifestarte a nosotros. Y allí estuviste desde la custodia manifestándote como alma y vínculo de la cristiandad que soñábamos».

«Acabo de hacer meditación sobre su desamparo en la cruz. Me ha dicho que sufriste para poder alimentarme con tu Santísimo Sacramento, para poderme cobijar en tu regazo, en tu Corazón Santísimo».

«Gracias, Señor, porque me haces conocer lo profundo de mi miseria.

Fui a visitarte en tu Sacramento adorable en la capilla de la casa de S. Pablo, y al postrarme de rodillas, a poco más de un metro de tu Corazón eucarístico, sentí en el fondo de mi alma la amargura de tu angustiada queja: ¡Tengo sed!

Veía desfilar en tu Corazón las imágenes de todos mis hermanos que están de ti alejados: Los paganos, 1.378 millones; los herejes, 400 millones y los católicos ... Estos pobres hermanos, que están en las prisiones o que pasan hambre y frío y miseria y desesperación en los suburbios de Madrid, ovejas sin pastor de tu rebaño. Y te oía decirme: ¿Para esto me he quedado en el Sagrario? Yo me doy a ti todos los días y tú ¿cuándo te vas a dar a mí en mis más pequeños hermanos?

Y se me pierden, cada día se alejan más y más de mí. Diez años que estoy diciendo tengo sed ... ¡y tú, sin darme de beber: tus penitencias, tus caridades, tu vida toda ... !».

«Ha sido el de hoy [Epifanía del Señor 1941] un verdadero día de Epifanía. Ya anoche, en el rato en que permanecí en la capilla junto al Sagrario, el Señor empezó a darme luz».

«El 16 de marzo de 1934, estando en oración ante tu Santísimo Sacramento en la Basílica de S. Pedro en Roma, tú me haces ver que si yo me ofrezco para cargar la cruz que merecen los pecados de los jóvenes de España, éstos podrán alcanzar misericordia. Con tu gracia me ofrezco. Al día siguiente, en el Vía Crucis del Coliseo, el Cardenal Gomá me obsequia encargándome que lleve la cruz. Una alegría íntima surgió en mi alma. Dos horas más tarde tu Vicario acaricia por dos veces mi cabeza (por ser yo el joven que presidía la Peregrinación). Creí enloquecer de alegría. Mientras mis compañeros me festejaban, yo iba diciendo en mi interior: ¡Gracias, Señor, porque me has aceptado! Al día siguiente, 18 de marzo, compré un crucifijo que toqué con la reliquia de la Santa Cruz como expresión externa y recuerdo de mi oblación».

«Más tarde la Misa conventual, precedida del rezo de “Tertia”. Otra vez me sentí miembro de tu Iglesia y, en comunión con ella, entoné mis alabanzas a Dios.

Se me encendía el alma y al llegar la consagración era pura brasa de amor. Me uní a tu acción de gracias, a la que tributas al Padre por su multiforme sabiduría que resplandece en ti. La Santísima Trinidad halló medio y lo quiso: que tú, Verbo del Padre, te hicieras hombre y murieras, en cuanto hombre, en la cruz y que nos dejaras sacrificio y manjar. Y esta suprema reverencia tuya que manifiesta tu anonadamiento en la cruz, tu mayor anonadamiento en la Eucaristía y el todavía mayor de descender a mi alma, atrae sobre ti [...] las infinitas complacencias del Padre que por ti y en ti y contigo nos ama en la persona de su eterno y unigénito Hijo.

Comprendo que el Amor no es amado, que la inmensa mayoría de los hombres nada saben de este sublime misterio de amor, que eso fue la causa de tu agonía, que a pesar de todo tú seguías ofreciéndote por ellos [...], pero que las almas resistían y entonces, ¡oh Jesús!, comprendí tu invitación; si mi libertad sustituye a la de ellos, si con tu gracia yo me crucifico totalmente en ti y soy víctima de la caridad de tu Corazón, entonces muchas libertades, que ahora resisten, quedarán vencidas con los excesos de tu gracia [...].

Comprendí que quieres mi oblación continua, que en todos los momentos sea víctima que se ponga en tus manos para que, aceptándome tú y ofreciéndome en ti y contigo, por ti alcance del Padre gracia para mis hermanos.

Y renové la promesa de víctima.

¡Santísimo Corazón de Jesús, abrasado en caridad por los pecadores!:

Ante vos, presente en la Sagrada Eucaristía, confiando en vuestra infinita misericordia, me comprometo a condolerme con vos de los pecadores y a consolaros de su desamor.

[...] Desde hoy me abandono del todo a vuestro Corazón amorosísimo para que en vuestra infinita caridad me llevéis hasta la total crucifixión por vuestras almas.

¡Corazón de Jesús, en vos confío!».

«Y al fin este año me dijiste: Amigo ¿a qué has venido? ¡Con un beso entregas al Hijo del Hombre!

¡Amigo! Oh, todavía me llamas amigo. Todavía a pesar de todo mi proceder infame contigo. Todavía a pesar de mis continuos regateos de mi volver atrás. Todavía me amas y me amas con ese amor tuyo incomprensible, con ese amor del que todos los amores de todos tus santos y el de tu Santísima Madre no son tan siquiera pálido reflejo del que abrasa tu Corazón y lo puso en apreturas y agonías de muerte. Todavía me amas y por hacerme tu amigo, por asemejarme a ti, no reparas en sacrificios: mueres en la cruz, te quedas en la Eucaristía y descienes a mi alma. Amigo –me dices– ¿a qué has venido? Ahora ya lo sé Señor, a echarme a tus pies y abrazado a ellos mostrarte toda mi indignidad y miseria, porque estoy seguro, con una seguridad que tú mismo me infundes, que tu caridad y misericordia infinita no puede dejar de compadecerse de mi alma.

Si, ¡oh Jesús!, soy un gran pecador. Al pie de tu cruz lo he comprendido. Si hay tan pocas almas que te amen, mía es la culpa. Si yo te hubiera amado de verdad, si me hubiera crucificado, estos jóvenes, empezando por los del Consejo, te hubieran amado más y te hubieran ganado más almas. ¡Cuántas, cuantísimas gracias tuyas dejé pasar! ¡Señor, no los castigues a ellos por los pecados míos!

Dame tu gracia, Jesús, para que viva contigo en la cruz».

«A solas contigo, Dulce Huésped del Alma, ayúdame a conocer todo lo que en mi miseria te impide poseerme [...]. Mi hiciste ir a la oración, pero fue árida y seca aunque era ante el Santísimo Sacramento; sólo hubo un permanecer allí porque allí estabas tú y estaba al menos exteriormente en actitud suplicante».

«¡Gracias Señor por tu infinita caridad! [...].

Hace un momento, ante tu Sagrario, consideraba el voto que te hice hoy hace un mes y que todavía no he empeñado a cumplirte. Sentía dolor y confusión extraordinarios. Pero tú me diste gracia para que tratara de ahondar en la causa de los mismos [...].

Y tú me dijiste: Alégrate, hijo, alégrate, que yo no he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores, y entonces oré con las palabras del salmo: "Mírame, ¡oh Jesús!, porque me veo pobre y solo y apiádate de mí" y comprendí que mi miseria y el conocimiento tuyo, que tú me ayudas a alcanzar, era mi mejor tesoro; porque a causa de ella, de la muchedumbre de mis pecados, tú vendrías a buscarme.

¡Oh Jesús! ya veo que yo no puedo nada. ¡Házmelo conocer más y más para que me confíe de verdad a la caridad infinita de tu Corazón!».

«Después estuve un buen rato llorando ante tu Sagrario y sobre tu Corazón. Mi oración fuera esa: Ofrecerte mis lágrimas y mi dolor por las almas y pedirte a ti y a tu Santísima Madre que os compadezcáis de la mía dándole el consuelo que sabéis dar. Como en Emaús que te pusiste junto a tus discípulos que estaban tristes, ponte junto a mi madre, pláticale las Escrituras y haz que conozca que es Cristo le es conveniente padecer para entrar en su gloria».

«Meditar ante el Sagrario semanalmente lo que Jesús me está pidiendo»

«¡A mí, Señor, a mí! has venido y no me has hablado de los azotes, ni de las espinas, ni de los clavos, ni de los insultos y las salivas, ni de mis ingratitudes e infidelidades, sino de tu amor. Viniste a decirme: no estés triste amigo mío, ¿no ves que yo te amo? ¿No oyes el palpar de mi Iglesia? Todos estos rezos y cánticos en este Seminario y en todos los Seminarios y en todas las iglesias, en este tiempo y en todos los tiempos, no son más que débiles muestras del amor que te tengo y del amor que tengo a las almas de las que quiero hacerte apóstol. Y me diste tu santo beso de amor y de paz en tu Eucaristía y me abrasaste el alma con el fuego del amor tuyo. ¿Qué haré yo por ti mi amado Jesús? Sólo una cosa te pido ser brazo de tu cruz, vocero de tu amor a fin de que te conozcan y te amen».

«¡Bendita sea la adorable Trinidad!

El Divino Espíritu, en la acción de gracias de la Santa Misa y ahora al despedirme de Jesús en el Sagrario antes de retirarme al descanso, sin palabras me ha dado a entender que no me abandonará, que me santificará y crucificará, como tan incesantemente le pido».

«Cuando hay inquietud sin paz (como si se asentase) se quiere poner cátedra, se tiene obscuridades y confusiones y fuego de ira; malo, ahí está Lucifer.

Codicia de riquezas. Las disfrazará de cualquier manera, incluso bajo pretexto de gloria de Dios.

Vano hacer del mundo; aplauso de los mundanos (ojo).

Cristo. Lugar humilde a todos accesible: En el Sagrario; en mi propia alma en cuanto me vuelvo a Él arrepentido, ya está Él amoroso.

«[...] Tú mismo vienes todos los días en la Eucaristía a pedirme que te deje como reencarnar en mí para que te salve almas. Los ángeles se abrasan de amor al ver tu misericordiosa insistencia, pero yo no me entrego porque no tengo desposada mi voluntad con la tuya; mas confiando en ti, déjame que te diga: He aquí tu siervo».

«¡Bendito sea Dios Padre de N. S. Jesucristo!

Derramó el Señor a manos llenas su gracia sobre mi alma en la noche de Navidad.

El me llevó a la Misa de medianoche después de haberme tenido dos horas en oración durante el día. Durante la Santa Misa su amor me abrasaba el alma.

Ayer estuve una hora en oración ante Él en la Eucaristía».

«Sirvaos de seña que encontraréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

Yo he entendido: lo encontrarás niño. En las cosas menudas y pequeñas, en las cosas ordinarias, sin estrépito y sin ruido.

Envuelto en pañales. Sí, envuelto en las especies sacramentales, en los hábitos sacerdotales y religiosos, en las buenas obras del prójimo, en los harapos, las

tristezas y las angustias de los míseros, en los vicios y miserias de los pecadores, en tus propias obras de oración y de penitencia. Bajo todos esos pañales estoy yo y como en pesebre, porque el pesebre es donde se pone el alimento de las bestias, y ¿qué serías tú sino te alimentaras de mí? En la Eucaristía te alimento; bajo los hábitos sacerdotales y religiosos estímulo y alimento tu generosidad llamándote a su imitación; en las buenas obras del prójimo también; bajo los harapos y miserias alimento tu fe y tu caridad; en los pecadores tu celo; en tus oraciones y penitencias tu esperanza en mis promesas.

Y en todas partes tu caridad pues por infinitas maneras quiero vocearte la palabra del profeta: "En caridad perpetua te amé y por eso te llamé acordándome de ti".

«Día de amor. Desde la mañana me he sentido rodeado del amor de Dios; parecíame como si más deprisa que el sol envía sus rayos de fuego y de luz a la tierra así la Trinidad Santísima enviaba los rayos de su gracia a mi alma. Mi Amado me metió más dentro de su Corazón amorosísimo y en él me hizo ver este día en el seno de la Trinidad Santísima antes de que el tiempo fuese; no existía aún criatura ninguna y en la mente de Dios ya existía el pensamiento de crearme y de abrumarme con su amor. Él sabía cuales habían de ser todos los pasos de la vida que me iba a conceder, y aún sabiéndolos la Trinidad acordó esta maravilla inefable de la Encarnación del Verbo y de la Vida del Verbo Humanado en la Eucaristía y todo para amontonar la brasa infinita de su llama de amor viva sobre este pobre hombre viejo que era su adversario y que su amor está venciendo. Él me hacía sentir que todo lo había hecho para mi bien; que toda la creación, la material y la espiritual, era el camino que su amor había tendido para hacerse dueño y señor de mi alma ingrata».

«¡Y me vio entonces el Señor a mí! Y descendió hasta mi fango y basura para lavarme con su sangre preciosa y convertirme en otro Él a fuerza de besos de Eucaristía.

El que fue tu verdugo ... lo escogiste para que predi-cara tu amor».

«Te encarnaste por mí y por mí naciste en un pesebre y predicaste y moriste en una Cruz, y por mí estás en la Eucaristía y desde el Sagrario me miras y me amas y me ayudas pidiendo al Padre por mí. Gracias Señor. Haz que te sea fiel».

«Eternamente deseaste, Señor, hacernos este bien maravilloso del Cenáculo.

Tu Eucaristía es lo que más aparece en figura en el Antiguo Testamento: Sacrificio de Abel, de Melquisedec, comida misteriosa que alcanza para Jacob, bajo el ropaje de Esaú, la bendición de su padre, el Cordero pascual, el maná, el pan cocido al rescoldo visto en sueños por Gedeón que destroza a los madianistas, el pan que hace caminar cuarenta días y cuarenta años al profeta Elías y permanecer en oración otros cuarenta días en el monte Horeb, el pan que le lleva Habacuc a Daniel en la cueva de los leones.

Y quieres nacer en Belén (casa del Pan) y dos veces multiplicas los panes y los peces en tus manos. Con deseo has deseado comer con nosotros y ... ¿cómo acuden tus fieles a satisfacer tus deseos? ¿Y nosotros, tus sacerdotes? ¿Acaso la Santa Misa es el deseo de nuestros deseos?. Tú deseoso de comunicar con nosotros en la Santa Misa y cuantas veces, Dios mío, nosotros celebramos la Santa Misa semiausentes del altar ...

Desiderio desideravi, y tu mirada hambrienta de almas que te comulguen va recorriendo edades, condiciones sociales, pueblos, naciones, razas ... y ¡qué tristeza Dios mío! ¿Qué pocos te comulgan!, si tan siquiera yo te los llevara en mis penitencias a la Santa Misa para que mi vivir penitente perdido en ti, como el agua se pierde en el vino, y ofrecido por ti, y con el tuyo y de toda la Iglesia al Padre, hiciera que el Padre te los atrajera para satisfacer tu hambre y tu sed [...].

«Señor tú a mis pies rogándome que me deje lavar de ti». Sí, Jesús humillado, vestido de especies sacramentales en este Sagrario, para lavarme de desconfianzas y temores, pues estás ahí para ayudarme y eres omnipotente y has dicho pedid y

recibiréis y me has traído tú para que te pida y te pido que me identifiques contigo, ¡cómo no me lo vas a conceder!».

IV. DE SUS CARTAS

«Ahora pasaré al capítulo de los consejos –borrador de carta a su padre espiritual, ¿octubre de 1931?–. Me encuentro, entre mis ocupaciones, la de Acción Nacional, Secretario del distrito de Palacio, que si quiero atenderla bien me ocupará por lo menos dos horas diarias. Y por otra parte tengo los Círculos de Estudio que Vd. ya sabe: el de los Jerónimos y el de San Pablo que dirijo, además del obrero de Tetuán que he de intentar reanudar, y el de los Propagandistas y las Conferencias de San Vicente; entre todos los cuales puede decirse han de ocuparme otra hora y media diaria, solamente con la asistencia, pero como además tres de ellos los dirijo necesito tiempo para preparar y estudiar las materias que en ellos se tratan, y **unido al tiempo que empleo en la visita al Santísimo**, ejercicio del Vía Crucis y rosario, es evidente que he de tener la tarde completamente ocupada, y que, ni aun procurando no perder un momento, he de verme algo apurado para poder conllevar tantas cosas. Pensándolo así anuncié en Acción Nacional que tal vez al reanudarse el curso tendría que abandonar el puesto; pero el que ahora lo dirige me dijo que no era posible que desistiera, etc. Y he aquí el consejo que pido: en caso de que dicha ocupación me hiciera abandonar algo las otras tareas y se hicieran incompatibles, ¿cuál debo dejar, en cuál cree Vd. que puedo dar más gloria a Dios? ¿En los Círculos de Estudio, en los cuales, al par que aumento mi conocimiento de Dios, procuro que también se aumente en mis compañeros y hago lo posible por entusiasmarlos, o en la Acción Nacional en que trabajo para que en el campo de la política triunfen los que por tener nuestras ideas católicas han de procurar defenderlas? Desde luego mi corazón se va tras de la Acción Católica, le satisface más, y cada vez que ve que un alma se aproxima más a Dios, goza y bendice a Dios; pero ya me ha enseñado Tissot que mis preferencias y mis simpatías pueden estar en oposición con las de Dios y no han de pesar en mis decisiones. Por otra parte, yo sé que la lámpara de mi entendimiento necesita continuamente del aceite del estudio, para lucir y mostrar a la voluntad el camino que debe seguir; y me pierdo en conjeturas, temo abrazar un medio equi-vocado. ¿Quiere Vd. aconsejarme?».

Ya sé que me contestará y me dará su opinión, pues sé bien que me quiere»

«Te supongo en plena luna de miel en tu vida de seminarista –le dice el 2 de diciembre de 1943 el Siervo de Dios, siendo seminarista, a José Rivera, más tarde sacerdote, cuyo proceso diocesano de beatificación está abierto–, respirando a pleno pulmón esa fragancia del buen olor de Cristo que se respira en todos los Seminarios de nuestra Santa Madre la Iglesia sin tiempo ni corazón suficiente para agradecerle al Señor tanto amor. Vive querido Pepe, al estilo de tu hermano Antonio, esa contemplación para alcanzar amor de San Ignacio: toda esa belleza serena y armoniosa de ese hermoso rincón de la montaña, producida por Él en los pensamientos de su Corazón, para regalar tu vista con la suave caridad de su amor; esa Comunidad de Padres y seminaristas, multitud de voluntades libres que su gracia conjugó para tu bien; las mismas armonías que en esta novena de la Inmaculada elevará hasta el cielo la magnífica Schola de ese Seminario **y sobre todo ese Jesús que en la celdilla más pequeña, en el Sagrario, vela sobre nosotros día y noche, ansioso de que amanezca cada día para venir a nuestras almas y transformarnos en Él**; todo eso ha de decirte que su amor es inmenso y nos rodea y asiste solícito en todos los momentos. ¡Cuánta verdad dice el Salmo: “Una hora pasada en tus atrios, oh Señor, es mejor que mil años en la morada de los pecadores”. Sé feliz, emborráchate del amor del Señor y después piensa en los que Él ama y nada saben de la ternura suya. Ahora también, como cuando Antonio [Rivera] y yo hablábamos, hay almas que se pueden perder si no somos fieles. Vivamos escondidos en Cristo y, dentro de Él, a través de sus ojos o de la llaga de amor vivo de su costado, contemplemos esta pobre humanidad. ¡Cuánto joven comprado por Él, muere en campo de batalla lejos de Cristo! Pidámosle que, por ellos, nos haga fieles, a fin de que nuestra obras satisfagan por ellos y le alcancen la gracia de la penitencia final.

Ese ha de ser aquel vivir de Vanguardia de Cristiandad de que algunas veces os hablé cuando yo era vuestro Presidente y vosotros erais mis jóvenes. Vivamos así en comunión de vida y oración con nuestro Pontífice Cristo y su Vicario en la tierra, S.S. Pto XII, y haremos avanzar esa Vanguardia de Cristiandad con que soñamos para que Cristo sea amado por todos y a todos llegue la maravillosa aventura de su Amor».

«Mas te ruego que antes de tomar la decisión alguna [el Siervo de Dios, Consiliario Nacional, trataba de rehacer y renovar el Colegio de Propagandistas– **te vayas a un Sagrario y que le pidas al Señor por mediación de su Madre y nuestra Madre** que te haga vivir unos momentos en Getsemaní o en el Calvario y te haga conocer y sentir internamente aquellas sus palabras: “Padre, todas las cosas te son posibles; haz que se aparte de mí este Cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la tuya” o “Tengo sed”. Él un día me hizo entender que el Cáliz amargo, que pedía al Padre que apartara de sus labios, era mi incorrespondencia a su gracia, mi falta de entrega ... y, temblando, pero confiando en su amor, me ofrecí. **Medita ante el Sagrario, amado hijo: cada uno es una llaga viva de su Cuerpo Místico por la que clama, en ansias de dar su Corazón a las gentes, tengo sed de ser comulgado para que tengáis mi vida y la tengáis en más abundancia, y, sin embargo ... ¡qué poco y que mal le comulgamos ... !**

Y después ... dame tu respuesta y tu ayuda» (No figura destinatario ni fecha ¿1953?).

*«Mi deseo hubiera sido el diálogo íntimo rememorando el “Cristo cuenta contigo” que el Señor te dio por mi medio o por el de otro hermano sacerdote; **ante la imposibilidad de su realización material he hablado de ti con el Amo en el Sagrario y después te escribo.***

*Sois ya 1.500 los Militantes de Cristiandad en la Península, mil quinientos a quienes el Señor regaló con la gracia extraordinaria de un Cursillo en el que **os hizo gustar la suavidad de su Amor y adquiristeis nueva intimidad con Él en vuestro orar junto al Sagrario** y gozasteis de la belleza de un vivir “De colores” con la gracia “a presión”; y en el que os comprometisteis a prestar vuestros servicios en el Ejército de Cristo, integrándoos en santa amistad en grupos apostólicos a fin de extender su Reino en las almas de los jóvenes viviendo el compromiso de vuestro cupo apostólico en centinela sobre la vida de Cristo en el hermano.*

¡Os habéis dado cuenta todos y cada uno de vosotros lo que pueden suponer mil quinientos jóvenes santos en 1955 con americana y pantalones y por qué se puede!

No sé si habrás sido fiel en todo este tiempo. ¡Ojalá que lo hayas sido y hayas abrillantado más los divinos colores de los siete dones del Espíritu Santo en tu alma!

*Mas **si te hubieras encapotado y apartado del Amo y perdido los Colores acuérdate del rollo de Sacramentos, de aquel nuestro llorar ante el Sagrario la dureza de nuestro corazón y acude a Él en el tribunal de la penitencia y pídele perdón y vuelve a vivir de Colores»** (Carta del Siervo de Dios, Consiliario Nacional, a los Cursillistas Militantes de Cristian-dad, sin fecha ¿1953?).*

«Aunque la correspondencia se haya roto por mi parte debido a mi enfermedad –le dice el Siervo de Dios a su amigo Antonio Santamaría, sacerdote, el 28 de mayo de 1962 ⁶² estoy seguro de que la entrañable caridad con que Cristo nos amó, no solo no se ha roto, sino que es cada día más viva porque cada día Él nos hace más patente y manifiesta su infinita y fidelísima caridad hacia nuestras almas ungidas con la participación de su Santo Sacerdocio.

Desde el 2 de junio de 1956 en que caí enfermo apenas si fui persona hasta mayo del 59; 23 meses seguidos estuve sin poder celebrar la Santa Misa; antes tuve algún intervalo de mejoría que me permitía celebrar unos días para volver a recaer; el 26 de mayo del 59 celebré mi primera Misa de enfermo, sentado con permiso de la Sagrada Congregación; a los pocos días murió mi madre (q.e.p.d.), nueva recaída,

⁶² Se pone aquí esta carta del Siervo de Dios rompiendo el orden cronológico de fechas de sus cartas porque nos ayudará a comprender muchas cosas que luego se dirán como, por ejemplo, «celebro ya sentado dos veces por semana».

gracias a Dios pasajera; todo el año 59 estuve celebrando los Domingos, después dos días en semana, más tarde tres, y desde marzo del año pasado (61) todos los días.

¡Qué admirable ha sido el Señor para conmigo durante mi enfermedad! Siempre lo fue; pero ahora se ha mostrado maravilloso; porque seis años que hará en marzo son muchos meses, semanas y días ¡cuántos baches! ¡Cuántas tibiezas y frialdades! ¡Cuánta indiferencia para su Sed de almas largas temporadas disipándose mi alma con lecturas necias y frívolas, y eso el sacerdote que había elegido como lema de su vivir sacerdotal, el que lo fue de su apostolado seglar, la quinta palabra de la Cruz “Sitio” ... ! y Él, Él me cumplió lo que había creído y predicado: “tanto ama a sus sacerdotes que, aunque sea necesario hacer un milagro para que vuelva a Él un sacerdote descarriado, si se lo pedimos con fe, lo hará”; y en mi caso, a pesar de haber estado más de año y medio desahuciado por los médicos, me fue devolviendo la salud para que, cuando pudiera, darme cuenta mirarme como debió mirar a S. Pedro [...].

Maravilloso el Señor, cada día agradezco más a la Trinidad Santísima que me eligiera para participarme el Sacerdocio del Unigénito del Padre, **porque sólo en la Santa Misa se mitiga esa sed que Él enciende en mi alma de adorarle y darle gracias por su Inefable Bondad, pues en la Santa Misa le adoramos y amamos con su propia adoración y amor hecha Eucaristía en nuestras manos.**

Perdona estas expansiones, querido Antonio, y ahora dame tu opinión y consejo. Algunos antiguos amigos me han sugerido que ahora que tengo un poco más de salud que escriba la historia de la Juventud de Acción Católica, al menos de la etapa de la Cruzada. Vacilo porque el anonimato y silencio en que gracias a Dios vivo me agradan; por otra parte, fueron tantas las gracias que derramó el Señor sobre la Juventud de Acción Católica que enterrarlas en el olvido parece ingratitud.

Dame tu opinión y dime si tú conservas un ejemplar de los tres que hiciste tú de aquel magnífico resumen sobre la Juventud de Acción Católica Española y los Centros de Vanguardia. Me parece recordar que hiciste tres copias. Una me la diste a mí, otra fue para el Consejo y otra creo que te la quedaste tú; el Consejo perdió la suya, la mía hice la tontería de dejarla a unos hispanoamericanos y no me la devolvieron, así que en todo caso quedará la tuya.

En espera de tus noticias, te envía un entrañable abrazo tu siempre affmo. En Cristo Sacerdote».

Durante el Curso 1956/1957, continuó la gran dolencia que le aquejaba desde el verano de 1956. Atraviesa días difíciles, pero él ofrece diariamente su enfermedad por la eficacia del apostolado de sus jóvenes.

De dicha dolencia no pudo recuperarse en el Curso siguiente, 1957/1958, y continúa, por tanto, sin poder actuar como Consiliario, pero él sigue ofreciendo sus sufrimientos por sus queridos jóvenes.

Debido a ello y atendiendo a su estado de salud, el Emmo. y Rvdmo. Cardenal Primado, de acuerdo con la Dirección Central de la Acción Católica, nombró a D. Manuel Arconada Flores Viceconsiliario Nacional que le ayudaba eficazmente en la Consiliaría Nacional.

Las cosas siguen igual durante el Curso 1958/1959, pero se agrava en el Curso siguientes hasta tal punto que a finales de 1959 le sucede en la Consiliaría Nacional D. Mauro Rubio Repullés, después Obispo de Salamanca.

Tras siete años de Presidente y nueve de Consiliario Nacional llega la etapa de dolor e ingresa en la Unión de Enfermos Misioneros.

Fue un apóstol con vocación de crucificado que él mismo pidió a Cristo como culminación de todo su apostolado de Acción Católica, porque vivió ésta como un “brazo” de la cruz. Una vida de cruz ofrecida día a día por la santificación de las almas.

¡Qué sed de almas y de sufrimiento de este humilde converso y apóstol infatigable enamorado de Cristo Eucaristía y de María! ¡Qué entrega generosa! ¡Qué ansias de santidad! ¡Qué deseo de vivir la vida de víctima o de crucificado, que el Señor le venía pidiendo desde hacía muchos años y a la que se comprometió con voto!

Todos sus escritos están llenos de la unción de Dios y no siempre podía celebrar la Santa Misa, su cielo en la tierra, ya que todo le producía una fuerte fatiga respiratoria y cardíaca.

Sin más, vamos a penetrar en el alma de este sacerdote-adorador en esta su etapa de purificación a través de sus cartas, modelo para todos, sacerdotes y laicos, y muy particularmente para nosotros adoradores de Jesús Sacramentado.

El 24 de abril de ese año de 1959 un buen amigo le decía: «Dios te ha acercado más a Él [...] y, claro, Dios hace todas las cosas bien [...]. También cuando nos hiere. Bien convencido estoy que [...] soportarás valientemente la cruz. Muchas veces dijiste, hablando de los mártires, que Dios escogió lo mejor. ¿No será esa siempre su táctica? Y con ese criterio debemos situarte entre los mejores. Entre los más amados del Señor [...] entre los que Cristo abraza en los brazos de su Cruz»

Y aun a pesar de su estado, alguno apelaba a su corazón sacerdotal, «el más grande que había conocido», de padre y amigo, para «arrancarle el perdón que no merecía [...]. ¡Pero Vd. suple mis deficiencias en su superabundancia de caridad!».

Otros le ofrecían todo su cariño y ayuda: «Tengo poquísimo dinero -le decía otro buen amigo- porque con mi sueldo tengo que mantener también a mi familia del Romeral, pero mi esposa y yo estamos dispuestos a mantenernos con pan y agua con tal de que a Vd. no le falte nada. Tenga Vd. confianza conmigo y pida lo que quiera». (Tenía dicho a la familia de Aparici y a Ana María Rivera, hermana del «Angel del Alcázar», que no le faltase nada a D. Manuel).

El 28 de septiembre de este año de 1959, le dice a Sor Carmen:

*«Por experiencia sabes que **cuando el alma se deja recoger por el Señor siempre se encuentra bien. ¿Abrasado de amor?, no. ¿Hambriento y sediento de abrasarme?, sí. Por eso mi cielo es la Santa Misa, solo en Ella y por Ella se satisface mi sed: ofrecer a la Trinidad Santísima la reparación perfectísima de alabanza, oración y obediencia de Cristo Cabeza y miembros, Iglesia Triunfante, Purgante, Militante [hoy Iglesia Peregrina] [...].***

Por hoy dejo este tema, me fatigo y emociono; mi salud, gracias a Dios mejor, celebro ya sentado dos veces por semana, he empezado a salir un poco, en coche claro es, el médico me permite dos ratos por semana; pude sacar unas tres horas de meditación, más el Oficio y la Santa Misa en la forma que he dicho, durante los Ejercicios, estar arrodillado en el reclinatorio algún rato; por cierto, envíame, si no la tienes la haces sacar, una foto de vuestro Sagrario, sin recordarlo me he trasladado en espíritu casi todos los días a él para unir mis oraciones a las vuestras; piensa que llevo casi tres años sin poder hacer la visita».

*«Recordando mi gratitud en Cristo, **unido a vuestras oraciones ante ese Sagrario en el que sigo clamando “Sitio”**, te bendice y bendice a toda la Rvda. Comunidad con la bendición más fervorosa, su siervo en Cristo y Capellán» (Carta del Siervo de Dios a Sor Carmen, sin fecha, ¿1952?).*

*«Su mejoría, aunque lentamente, va consolidándose. **Mi salud** -le dice el Siervo de Dios a Sor Carmen el 24 de febrero de 1960- **me permite celebrar ya tres veces por semana, sentado, claro es, pero ya es un avance**; el médico no espera mejoría hasta que me haga la punción abdominal, ya que me dice que tengo una scitis (hidropesía) residual que es lo que me produce la fatiga y que por la vía normal no eliminaría o tardaría tres o cuatro años. Espero que en abril me pinchen y si Dios quiere, mejorar.*

De salud del alma también estoy mejor. Jesús me urge [...]; estoy empezando otra vez las meditaciones y consideraciones del mes de Ejercicios de San Ignacio [...]. Me encuentro como quien perdió la hacienda; hay que reconstruirlo todo: hábitos de oración, examen, lecturas, etc., pero, pese a todo, tengo alegría y paz, confío en que Él, en cuanto me vea empezar a corresponder a su gracia, lo hará todo».

En mayo de 1960 continúa la mejoría hasta tal punto que le dice a Sor Carmen [día 10]: **«he recibido la bendición con el Santísimo; después de casi tres años de no poder visitar físicamente un Sagrario. Esto quiere decir que estoy mejor, llevo ya unas cuantas salidas y hoy, me fui al Seminario para asistir y**

tomar parte en el ejercicio de las flores. **¡Qué bueno es el Señor! él y su Madre me llevan con su gracia hasta este Sagrario y esta Capilla en la que tantísimas veces me manifestó su amor, en su presencia en la Eucaristía».**

Mejoría que prosigue a mediados de año [1961]; continúa ejerciendo desde su retiro su ministerio sacerdotal: hace dirección espiritual a sacerdotes, religiosas y seglares, prepara retiros, revisa textos, le piden y pide consejos etc. Y es feliz.

«¿Y cómo no voy a ser feliz –le dice a Sor Carmen el 12 de enero de 1961– si Él me da lo que tanto le pedí? Allí, en el Seminario, en mis noches de oración, Él me hizo componerle esta plegaria: ¡Oh amor de los altos cielos, que te entregas en mi nada, para alzarme desde el cieno a tu pureza sin mancha! ¡Oh amor que entre paja y hielo, con tu vida me regalas para abrasar con tu fuego las escorias de mi alma! ¡Oh amor que muriendo matas la muerte de mi hombre viejo y que mis heridas sanas con las llagas de tu Cuerpo! ¡Oh amor que en el loco exceso del amor con que me amas, enjugar quieres con besos de eucaristía mis lágrimas. No me envíes más consuelos y caricias a mi alma; hazme luz, incendio y llaga, brazo de cruz, pregonero del loco amor que te abrasa!

¿Cómo, pues, no ser feliz si Él es tan amorosamente fiel que me da algo de lo que le pedí? Y digo algo, porque Él quiso padecer sin consuelo para ser Él nuestra consolación en nuestros padecimientos [...].

¡Ah Hermana Priora, qué hermosa es la cruz vista de frente! Asusta porque la vemos por el lado que no está Cristo clavado, que viéndolo por donde está, nos dice [...]: “los pies tengo clavados para esperarte y los brazos abiertos para recibirte en ellos”».

«Estoy mejor de salud ⁶³ –le dice a Sor Carmen, Vigilia de Pentecostés–; de espíritu no sé como estoy. Ciertamente que Él pone en mi alma un mayor afán de no contristarle y un saber interior de que vivir sin amarle es el infierno [...]. Pero en medio de todo Él me da una confianza invencible en que a pesar de todas mis flaquezas y miserias, y tal vez por ellas mismas, me ama de tal forma que es una pena inmensa no amarle como merece ser amado, y así **la Santa Misa es mi refugio de amor y de paz**. No he desistido del Oratorio; espero, aunque sin reservado todavía pues lo están gestionando, inaugurarlos este mes [...]. Así que me encuentro más animado y con un mayor afán de servirle, pues Carlos [Castro, sacerdote] y otros dos sacerdotes [...] también me pidieron ayuda [dirección espiritual]».

Se lamenta, sin embargo, de que el tiempo desde que está mejor se le va de las manos y le duele no amarle como Él desea ser amado.

«El tiempo desde que estoy algo mejor, se me va de las manos como el agua de un cesto –le dice a Sor Carmen el 18 de agosto de 1961–: salir a tomar un poco el aire, **la Santa Misa, ya gracias a Dios diaria, el Oficio Divino, intentar hacer oración**, un poco de lectura, la siesta, alguna que otra rara visita, pues cada día estoy más solo, aunque **Él, amigo admirable, fidelísimo no me deja solo, que todos los días viene a mis manos consagradas para darse en redención para todos y por mí; y para entrañarse en mí y a mí en Él** [...]. No sé que pasa por mi alma que ordinariamente se ve presa de una suave y dulce angustia por el temor de no amarle como Él desea que le ame».

Tan bien se encontraba físicamente y de ánimo que se traslada al Seminario para hacer Ejercicios Espirituales y le dice a Sor Carmen ese mismo día 18 de agosto de 1961:

«Espero me dirija el nuevo Vicerrector, un antiguo Presidente, compañero de Seminario y magnífico sacerdote [...]. Tal vez alguien piense que es una temeridad; mas yo entiendo que es confiar en el Amado. ¿Para qué me interesa a mí la salud si no es para amarle cuanto Él quiere que le ame con la ayuda de su gracia?».

⁶³ Ya llevaba unos meses acostándose más bien tarde, sobre las doce o la una de la madrugada.

«¡Nueve días estuvo el Señor especialmente para mí en el Sagrario del Seminario Menor! Pusieron reservado para facilitarme los Ejercicios [...]. Tanto urgir de su gracia me llevó a vivir nueve días en su intimidad. ¡Qué podré decir que tú ya no sepas! –le dice a Sor Carmen el 1 de septiembre de 1961–. Sólo que me ha mostrado tan clara su misión [...]. Durante nueve meses permanecí indiferente a la sed de almas del Señor; pero Él, que es fidelísimo, llamó a la puerta de mi alma, me dio gracia para que la abriera y cenó conmigo. ¡Qué podía yo darle que fuera propiamente mío sino mis negligencias, mis pecados, mi hurtarme a su Cruz, mis indiferencias [...] y con un dolor vivísimo, que Él me daba, le entregué todas mis miserias para que alimentara y creciera y se derramara su adorable misericordia; y Él, cenó conmigo y yo cené con Él».

«Y ahora una buena noticia en reserva –le dice a Sor Carmen el 11 de junio de 1962–y que deseo quede discretamente silenciada pues lo encarga la concesión; **vísperas de Pentecostés recibí la concesión de la Sagrada Congregación de Sacramentos para poder tener reservado al Señor Sacramentado en mi Oratorio, ahora tengo que pedir la concesión de Oratorio privado, pues la que tenía era de altar portátil, pero ésta es fácil.**

Ya puedes figurarte mi gozo, pero también mi miedo a no corresponder a tan inmensas gracias de Dios. Ahora más que nunca tendré que pedirle gracias para vivir el “déjame hacer ahora ...”.

Agradecimiento que confía y se entrega “ecce ancillae Domini” para que Él complete en nosotros lo que le falta a su Pasión por el cuerpo de Él que somos miembros, es la gran norma que te repito a ti y me repito a mí.

Confiemos en ese amor del Padre que en su Hijo, que es su Verbo y su Boca se abajó a besarnos haciéndose para ello carne y, en esa carne asumida, llaga de amor vivo para que, juntando labios de llaga con las llagas de nuestra carne de pecado, saltara el beso divino con el fuego y el amor del Espíritu Santo. Que Él te llene y a toda esa Rvda. Comunidad le pide vuestro siempre affmo. en Cristo Jesús».

Llegados a estas alturas de la vida del Siervo de Dios a poco más de un año de su fallecimiento (moria, como se sabe, el 28 de agosto de 1964) ofrecemos también cartas de algunos de sus amigos por las que podemos apreciar el temple apostólico de esta alma orante, enamorado de la Eucaristía, de este sacerdote y adorador santo.

En 1963 sigue buscando purificar y perfeccionar más su inmolación. Busca la perfección en la inmolación.

El 30 de enero de 1963 le dice a Sor Carmen: «Él me obsequió con un ataque de reuma gotoso; luego apenas pasado el ataque una bronquitis gripal, que aún colea y **me impide celebrar la Santa Misa**».

Pero, a pesar de todo, prosigue con su actividad sacerdotal. Consulta cosas con Carlos Castro (sacerdote) que le hacen mucho bien y lee la biografía de Antonio Rivera.

«Mi salud física –le dice un mes después, el 2 de marzo de 1963, a Sor Carmen –«ha vuelto casi a la normalidad; digo casi porque después de la recaída, la vitalidad no vuelve a su nivel anterior; pero bendito sea Dios.

¿Mi salud espiritual? El Señor hace que perciba más y más sus amorosas y divinas sugerencias y espero en su amor que me dé gracia para no endurecer mi corazón ante sus llamamientos; esos que me hace: Por ti y por todas esas queridas hijas del Carmelo; por los sacerdotes que me piden consejo y dirección; por los jóvenes, pocos, pero algunos, que me confían sus almas; por los sacerdotes que puedan estar fríos en su Amor; por los jóvenes, que movidos por su gracia, luchan por dilatar su Reino, por los que aún están esperando la Palabra omnipotente que les diga: Jovencito. Yo te mando levántate; por esta España aún no salvada; por esos 2.000 millones largos de hombres que nada saben de Cristo ...; porque por todos ellos me pidió que me entregara a Él plena e íntegramente ...; y cuando ves ... pecado e imperfección, tengo que golpearle el pecho diciéndole: Perdóname Señor y no les castigues a ellos por mis traiciones, negligencias y pecados y dame gracia para ser totalmente tuyo como tú quieres que lo

sea para que por mis culpas no se retrase más la hora de tus misericordias sobre tantas almas.

Pensemos mucho esto, hermanitas del Carmelo: que nuestra fidelidad a la gracia de nuestra vocación está vinculada a la santificación de muchísimas almas.

Una Santa Cuaresma en el Corazón de Cristo os desea vuestro siervo en Él».

A mediados de marzo de 1963 cae con una bronconeumonía que le tiene una temporada fastidiado pero siempre animoso y apóstol que sirve de ejemplo vivificante a cuantos le visitan o se relacionan epistolariamente con él.

*«Parece que Ana María es un poco gafe o profeta –le dice el 20 de marzo de 1963 a D. José Rivera Lema, padre de Ana María, Sor Carmen, José Rivera y Antonio Rivera–, pues en su carta felicitándome el año y el Santo me decía que deseaba que no tuviera la gripe de todos los inviernos y ... a los pocos días caí con una bronconeumonía que me tuvo una temporada fastidiado, pues **me privó de celebrar la Santa Misa y de pasarme largos ratos junto al Sagrario durante quince días.***

He leído el original escrito por Córdoba [José Manuel, sacerdote] sobre Antonio [Rivera, su hijo] y me ha complacido mucho al par que me ha hecho bien el volver a recordar su ejemplo.

A Vds. también, como a la familia de S. Bernardo, se les puede designar como “la familia que alcanzó a Cristo”, pues si Vd. y Doña Carmen colaboraron con el Señor en la santificación de sus hijos, ahora éstos, con las exigencias de sus vocaciones, les santifican a Vds. crucificándoles con la cruz de la soledad; soledad que Él nos elige para poderse dar más totalmente a nosotros sin compañías que dificulten la íntima unión preparatoria de la nueva, íntima, gozosa y eterna del cielo.

Con todo cariño les bendice a todos su “cuasi” hijo».

«Al fin, aunque tal vez con brevedad, rompo el prolongado silencio –le dice a Sor Carmen el 6 de junio de 1963. Era su director espiritual–.

*¿Causas? De todo hubo. Durante la Santa Cuaresma, recogimiento, afán de fidelidad en tiempos de oración sobre todo para suplir lo que otros hermanos con salud no pudieron hacer abrumados bajo el peso de sus tareas apostólicas - pastorales. Durante la Pascua alteraciones en la salud que, sin llegar a cosa de importancia, me tenían desganado y flojo para todo. **Laxitud y tibieza espiritual también; miseria, mucha miseria perdiendo horas y horas en lecturas de novelas y eso teniéndole a Él en el Sagrario para mí [...];** y así toda la Pascua y todo el mes de María; todos los días haciendo propósitos, y todos los días faltando a ellos [...]; **y sin embargo Él seguía en el Sagrario por mi vida, y venía a mis manos todos los días en sacrificio de propiciación, y descendía hasta el abismo de miseria, y me daba su gracia para creer en su Amor.** Así, con esa frialdad, con ese regateo llegué a la conmemoración del XVI aniversario de mi ordenación sacerdotal. La antevíspera me hizo pensar el Señor: ¿Qué hubieras pensado tú del que se hubiera preparado para recibir la sagrada orden del presbiterado alternando las meditaciones de Ejercicios con la lectura de novelas policíacas ... ? Y si la ordenación es una nueva creación, la conservación es una creación continuada y exige la cooperación de la criatura a la gracia como cuando fue elevada a la dignidad y misión sacerdotal. Este pensamiento ha sido, por misericordia del Señor, un fuerte revulsivo. Y a pesar de todo “subiendo a lo más alto de los cielos y sentándose a la diestra del Padre, derramó sobre los hijos de adopción el Espíritu que había prometido ...”. No subió para reclamar un castigo para nosotros, sino para interceder y rogar y enviar, juntamente con el Padre, el amor que les une ... ¡Qué maravilloso Pentecostés [...].*

Ahí tienes mi vida: Un abismo de miseria y basura sobre el que se derrama el abismo del Amor misericordioso de Dios».

A mediados de año ya espera que su amor ultime su obra en él antes de llamarle a rendir cuentas de los talentos que le confió, pero teme ese momento, no porque le remuerda la conciencia de pecado, sino porque no sabe si está justificado.

«¡Dios pague a esa venerable Comunidad su bondad y cariño para este pobre cura! [...] –le dice a Sor Carmen el 24 de junio de 1963–.

Tu carta muy alentadora; lo del sonajero me ha hecho mucha gracia. Todo esto que me dices, me lo he dicho muchas veces a mí mismo, pero con el monólogo no puede practicarse tan bien la humildad y la caridad. Si efectivamente nos eligió para hacernos servir, lo que me hace amarle, al menos con amor afectivo obsesionante, que es gozo y es cruz, es que me ame a mí; **que por mí esté en mi Sagrario y en todos los de las Iglesias de la tierra, os mantiene en tensión de inmolación a vosotras y a todas las religiosas y religiosos de la tierra y a todos los seminaristas y sacerdotes, seglares y madres y padres;** y todo eso no es más que unos momentos de la inmolación mística de Cristo que, físicamente, se inmoló Él como Cabeza pero místicamente con todos y cada uno de los hombres a quienes venía a redimir. Pero ese amor afectivo mío es bien poco afectivo, y entonces la frase del Señor viene a mi mente: “Operibus credite”, y veo que todas mis obras no son para el Rey y aún las que lo son, salvo la Santa Misa, van tan poco impregnadas de amor ...; que sean mezquinas no me preocupa pues siendo yo tan mezquino ¿cómo no lo van a ser? ¡Pero si fueran llenas de amor ... ! **Sólo la Santa Misa me da paz porque en ella yo no soy más que el instrumento que se goza y agradece de que Él lo escogiera para celebrar su sacrificio y pienso que ya que aún mezquinos le entrega corazón, entendimiento, voluntad, memoria, manos y boca para que Él, “Mysterium fidei!”**, por la consagración transustancie las especies sacramentales en su **Cuerpo y su Sangre a las que van unidos siempre, Alma y Divinidad y Cuerpo, Alma y Divinidad.** Él, bondad inefable, no lleva a mal, sino gozosamente, el que cobije esa mi radical mezquindad en su ofrenda preciosa para con Él y por Él presentar al Padre la oblación en la que tiene puestas todas sus complacencias y la que juntamente con el Espíritu Santo se le da todo honor y gloria. **Por eso, la Santa Misa es el cielo en la tierra, mas, por desgracia,** (porque mi estulticia no se deja llenar de su gracia) **todas las obras y momentos del día no van presididos e iluminados y caldeados por ese sol del amor que se revela en el Santo Sacrificio;** en fin, espero en su Amor que ultime su obra en mi antes de llamarme a rendirle cuentas de los talentos que me confió. Créeme que temo ese momento [...]. ¿Qué le presentaré al Señor en estas manos que Él ungió con el óleo santo del sacerdocio? ¿Qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago?

Sí, me dirás que hice mucho; lo único, movido de su gracia, fue pedirle, en una hora santa sacerdotal, el 16 de marzo de 1934 en San Pedro del Vaticano, que ya que en el Cenáculo no reparó en vestirse de siervo para lavar los pies de sus apóstoles, que tampoco reparara en vestirse de la miseria mía para lavar a la juventud de mi Patria de la mancha de su desconocimiento del amor de Cristo. Él oyó la oración y a los pocos meses me hizo Presidente de aquella juventud y después seminarista, sacerdote, Consiliario, enfermo, y Él, inefablemente fiel y piadoso, pese a mis caídas, negligencias y ofensas fue manteniendo la tensión de entrega; pero yo ahora, cuando más intensa debiera ser la tensión y la vigilia, pues todas mis potencias deberían repetir el invitatorio de adviento “Domine prope est venite adoremus”, me regalo y adormezco y no me guío en mis elecciones por puro amor de Dios.

Termino porque empecé la carta hace doce días; tuve visitas, estoy flojucho, etc.».

Cada vez le cuesta más escribir las cartas. Esta hace doce días que había empezado a escribirla; visitas, flojucho, etc. Y sus silencios epistolares son cada vez más profundos. Y el mismo en agosto explica estos silencios en carta a Sor Carmen.

«Unos renglones para explicar mi silencio –le dice el 5/6 de agosto de 1963–. He estado todo el mes de julio un poco fastidiado; este pobre corazón se fue cansando, el hígado también se resintió más de tanto diurético “inofensivo” y empecé a hincharme, a retener líquidos, hasta que una pierna se me abrió un poco. **El médico me prohibió celebrar la Santa Misa para que estuviese siempre con la piernas extendidas;** me puso un tratamiento de más inyecciones en vena: Sufilina, que es un diurético que me ataca al hígado. Esto, la inyección diaria en vena, ha sido un magnífico motivo para no moverme de Madrid; todos, familia, sacerdotes, amigos, médicos, me decían que me convenía una temporada de campo, **pero en el fondo de mi alma pensaba: Jesús nunca veraneó, y, sobre todo, si me voy tengo que dejar el Sagrario vacío; me**

parecía que esto era echarle a Él para regalarme yo. Pensé que sudores, molestias y fatigas aceptadas, por amor a Él y a sus amados, podían ser útiles para sus planes redentores más que temporada, más aburguesada todavía, en alguna pensión de la sierra; y me agarré a lo de las inyecciones, ya que además así lo aconsejaba la prudencia, pues el año pasado, después de probar con todos los practicantes, encontré uno que me acertaba, pero sólo en un brazo. Como entonces la inyección era cada sesenta horas se podía conllevar, mas cada veinticuatro, que es ahora, era bastante expuesto.

Por eso no te escribí el día de Ntra. Sra. del Carmen, porque todavía estaba con la pierna estirada y por eso ahora soy breve pues llevo veinte minutos sentado y ya me duelen todas las venas. Suspendí la carta para descansar y la reanudo hoy. **Gracias a Dios la prohibición de celebrar al Santa Misa fue sólo ocho días, pero celebraba sentado y con las piernas algo extendidas, bajo el Altar.** Después otra vez todo el día con las piernas estiradas hasta el día de Santiago. Ya pude salir un poquito, pero aún ahora el tiempo que estoy en casa debo de estar con las piernas extendidas; en fin, caricias del Amado, pues es verdaderamente admirable que el Verbo, que eterna-mente expresa el amor del Padre por medio de la Sacratísima Humanidad, haya tomado todo lo mío, menos el pecado, para a través de lo mío darme lo suyo; así, cada dolorcillo es revelación nueva de la inmensidad de su Amor, cada miseria mía, riada torrencial de misericordia suya, que creo, porque Él me da la fe, en su constante, invencible y fidelísimo Amor, aquellas palabras de sus profetas que la Iglesia puso en mi boca el día de mi ordenación de subdiácono: “Aunque una madre pudiera olvidar a su hijo pequeñito, yo Dios omnipotente no me olvidaré de ti”, no se apartan de mi mente.

Os voy a enviar dos pequeñas reflexiones ante el Sagrario que impresioné en cintas magnetofónicas por si en algo os pueden servir.

Confío en que “mis madrinas en Cristo” no me abando-nen; yo os sigo recordando todos los días en el Altar.

Termino ya porque otra vez se me cargan las piernas.

Que el Amado os colme de sus gracias y que su amor abrase vuestras almas, le pide para su gloria y vuestra paz, vuestro humilde Capellán que os bendice en el Señor».

En octubre reanuda la carta que tuvo que interrumpir por recaída de la salud.

«No sé como agradecerle –le dice a Sor Carmen el 26 de octubre de 1963–, a ti y a tu Rvda. Comunidad tan amada en el Señor, tanta bondad y cariño como tenéis conmigo; bien sé que estáis plenamente entregadas a la voluntad del Señor que os usa como uno de sus principales instrumentos para amontonar ascuas encendidas de caridad sobre la cabeza de este hombre viejo que tan adversario le es a Cristo, pues no sólo me habéis enviado conopeos, casullas, humeral, sino también frutos de vuestra huerta y, lo que aún es mejor, visitas de José Manuel [de Córdoba, sacerdote], de Pepe [Rivera], llamadas de Agustín [Losada; testigo en la Causa de Canonización del Siervo de Dios]; en fin, caricias de la caridad de Dios, que se ha remansado en vuestras almas.

Reanudo la carta que hube de interrumpir por recaída en la salud [empezada el día 26 de octubre de 1963, la reanuda el día 13 del mes siguiente]. Acababa de pasar una bronconeumonía, a consecuencia de la cual se me formó un terrible edema o hidropesía. Empezó el médico a ponerme sales mercuriales para aumentarme la diuresis y volví a recaer con algo bronquial; según el médico es que, por la debilidad del corazón, tengo una circulación tan deficiente que no logré rechazar ninguna infección en vías respiratorias. A fuerza de ultrabiótica se consiguió dominar esta infección, pero, en vista de que el porvenir no era risueño, mi médico, por indicación mía, llamó en consulta al Dr. Pescador: “Padre de la novia de Agustín [Losada]”, y, a Dios gracias, me recetó un diurético inofensivo para el hígado y el riñón y de una eficacia diurética extraordinaria; llevo tomándolo ocho días, y del líquido que tenía retenido he eliminado catorce litros, aunque todavía deben quedar unos cinco litros de exceso que, Dios mediante, eliminaré en lo que queda de semana. Esto, según los médicos, implicará una gran mejoría pleural, pues el corazón se fatigaba enormemente teniendo que vencer esa resistencia de los veinte litros que oprimían el sistema circulatorio; igualmente el hígado estaba encharcado, etc.

Implicará una mejoría, digo, porque en el momento actual no la noto por el terrible cansancio que supone el llevar ocho noches casi sin dormir, pues la diuresis aumenta por las noches, y no puedo descansar más de cuarenta minutos seguidos. Lo que también me pasa durante el día, pues también me tengo que movilizar cada media hora.

De espíritu, aunque no puedo apenas rezar, pues apenas empezar me vence el sueño, no dejo de agradecerle al Señor con toda mi alma estas pequeñas tribulaciones por las que puedo participar un poquito de su Pasión Redentora y avanzo en conocimiento del abismo de su infinita caridad.

Termina porque se le cierran los ojos y le tiembla el pulso. Dos meses después, concretamente el 25 de diciembre, escribe a Sor Carmen. Le dice:

«No contesté porque desde fines de agosto he estado mal,

especialmente desde el 18 de marzo hasta finales de septiembre; casi continuamente puesta la mascarilla del oxígeno, amodorrado, medio ciego, con llagas en la boca y en una pierna y además decaído en el espíritu; ya sé que todo esto es regalo del Señor. Es mi único consuelo; que al menos acepte con agradecimiento esa participación de sus dolores que el Señor me hacía, pero fuera de esto ¡qué mal me he portado con el Amado!

En fin, ahora se trata de desearos que el Niño que nos ha nacido, el Hijo que se nos ha dado, derrame sobre todas vosotras el conocimiento de la caridad admirable de Dios para que así os recojáis más y más en el silencio de las almas que viven de los secretos inefables del amor de Dios.

Y en este mes de diciembre, a pesar de su delicado estado de salud, interviene en la fundación del Colegio Mayor San Juan de la Cruz, de Madrid.

Cada vez es más perfecta su inmolación, hasta tal punto que en 1964, año de su muerte, la cruz consume su apostolado. Hasta el final esa cruz y esa sed de padecer por la Iglesia y por los elegidos del amor de Dios palpita con todo el ímpetu de su vocación de apóstol. Y así entramos en los últimos meses de su vida.

«Ante Vuestra Reverencia y toda la Comunidad me postro de hinojos –le dice a Sor Carmen el 7 de abril de 1964– para pedir vuestro perdón por este abandono en que os he tenido tanto tiempo. No es que no hayáis estado presente a mi espíritu en la Santa Misa y en mis oraciones, pero es que he sido ingrato con el Señor; me dejé ganar por la tibieza, me sentía vacío y debió crecer en mi esa secreta soberbia que no acaba de morir, pues en realidad es cuando con mayor razón debiera de haberos escrito para pedir os ayuda, y en vez de hacer esto, decidí callar. También tengo que pedir os perdón por esto, pues ya no es sólo que en esta amistad santa que nos une, yo soy el gorrón que recibe siempre bienes sobrenaturales y nada aporta, sino que, al ocultaros las necesidades de mi alma, os he hurtado un estímulo a vuestras plegarias.

Cuando tenía escritas estas líneas, que comencé el martes de Pascua y que reiteradas visitas me impidieron proseguir, recibí ayer 6 tu carta y hoy he ofrecido la Santa Misa por vosotras, las Siervas de Jesús, que me atendieron durante los momentos (¡años!) más graves de mi enfermedad, y las Religiosas Oblatas de Cristo Sacerdote, que todas me encomendáis en vuestras oraciones.

Otro día, Madre Carmen, contestaré la tuya; ahora sigo con el intento de ésta que era, después de pedir os perdón por el abandono que os he tenido, enviaros mi felicitación Pascual.

Gocémonos, amadas hermanas, en la Resurrección del Amado ..., ya que para siempre gozoso y glorioso en la gloria del Padre si le amamos. Si Él es nuestra vida ¿qué importan nuestras flaquezas, nuestros sufrimientos, nuestros dolores, si Él vive glorioso a la diestra del Padre? Esos dolores, sufrimientos, flaquezas y miserias son preciosas reliquias de su vivir y morir en nuestra carne mortal, porque si bien Él no conoció pecado, por amor al Padre y a nosotros, se hizo maldición y pecado y varón de dolores experimentado en el sufrimiento.

Por eso son reliquias, porque, al ser nosotros miembros de Cristo por el santo bautismo, esos dolores son los mismos que pasó Cristo; entonces estuvieron sólo en la Cabeza y ahora están en sus miembros para que los miembros saboreen el amor que les tuvo la Cabeza y sepan, con ese saber sapiencial de los dones, cuan ligero es el yugo del Señor.

Gocémonos en el Amado Resucitado y Glorioso. Ya nos lo decía en el Cenáculo: “Si me amarais os gozaríais porque me voy al Padre y el Padre es mayor que yo”. Ya está en el Padre también como hombre, pero no está sólo. Nos llevó consigo; en la Ascensión [...] llevó cautiva a la cautividad, y el mismo Jesús nos dijo en el sermón de la Cena: ¡Y entonces conoceréis que yo estoy en el Padre, que vosotros estáis en mí y yo en vosotros”; si habéis corresucitado con Cristo buscad las cosas de arriba, gustad las cosas de arriba donde está Cristo a la diestra del Padre.

*¿Y los hermanos que nos rodean y que nos muestran en sus obras conocer el amor de Dios? Esos también son los amados del Redentor y, por Cristo, en Cristo y con Cristo, de toda la Trinidad Santa. **Su redención ya está hecha; sólo falta su aplicación y esta se hace por la participación del sacrificio de la cruz hecho presente en el sacrificio de la Misa [...].** Ese es el gozo profundo de nuestra vocación:*

Completar lo que le falta a la Pasión de Cristo por el Cuerpo de Él, que son sus miembros.

Veámonos siempre con los ojos de nuestro Amado y desde su Sacratísimo Corazón, con qué amor indefectible, tierno, paciente y fidelísimo nos ama. Nos eligió eternamente sabiendo cómo íbamos a ser: Nada, pecado, flaqueza, ingratitud, inconstancia; pero en medio de todas estas cosas su amor nos comunica su vida que es omnipotencia, santidad, fortaleza, caridad.

Amémosle por los que aún no le aman y hagamos penitencia por ellos para que, al arrancar del Padre nuevas gracias, puedan conocer a Jesucristo y convertirse a su amor.

Que el “pax vobis” de la mañana de Pascua resuene más y más en vuestras almas y que cuando apliquéis -como decía el Crisóstomo- la boca del alma a su costado abierto para recibir el sacramento del amor, entréis en el gozo que en vida mortal tuvo cuando vio que, como pequeñuelos suyos, acudiríamos a recibir su Vida de su costado abierto, más que por la lanzada de Longinos, porque se le rasgó de amor. Unido a vosotras en la alabanza, el amor y el gozo del Amado os bendice en su Santísimo Nombre».

Unos cuatro meses antes de su muerte, el 24 de abril de 1964 escribe a Sor Carmen y le dice:

«Al fin llega el momento de empezar a contestar la tuya del 3; tendrás que padecer muchas faltas de mecanografía; me he decidido a emplear la máquina para tratar de trabajar ⁶⁴; sin darme cuenta caí en la tentación de las interinidades, que es vaguitar: pensaba ... para morirme dentro de unos meses para que voy a empezar esto o lo otro Y ya ves, dentro de poco se cumplirán ocho años de la enfermedad. ¡Qué mal aprovechados!

En la pasada Semana Santa, que me regaló con una pequeña bronquitis, su gracia me hizo pensar en eso: ¡Cuánto tiempo perdido en leer tonterías ... ! Si hubiera repasado, si hubiera escrito ... Me dolió por Él; me entregué con todas las miserias mías y le tomé su Corazón para ofrecérselo en reparación de tantos desánimos pasados.

Parece que el Amado te oye, porque a cada momento me hace más manifiesto Su Amor, y tal vez este amor suyo es mi mayor cruz por mi impotencia para amarle como Él merece ser amado. Ciertamente que le tengo a Él en mis manos cuando le consagro y en mi alma cuando le comulgo para amarle con su propio amor, pero las miserias diarias mías, las de esta pobre humanidad ... Es verdad que lo permite para que más y más podamos sondear en el abismo sin fondo de su caridad infinita ..., pero este saber es nueva cruz, espada, que también es cruz, que separa carne de huesos. Así, ahora se me ha hecho actual una antigua jaculatoria que su gracia me hacía rezar cuando meditaba su segunda palabra de la cruz: “Amado, desde tu Reino, acuérdate de mí para tu cruz”.

Por dentro ya ves un poco como voy: con muchos fallos, pero con mucha confianza en el Amado y renovado afán de consagrar todas mis obras al Rey. Por fuera: el corazón muy débil, circulación lenta, lo que convierte mi sangre en caldo de cultivo para todos los microbios; por eso, el pasado año tuve cuatro bronconeumonías, además el hígado dañado, diabetes, un pulmón casi inútil por estar comprimido por el líquido que se almacenó al lado derecho del tórax, todo este conjunto de cosas me tienen un poco fastidiado físicamente, pero es mi tesoro, pues es la fuente de una serie de dolorcillos que me hacen conocer más la caridad de Cristo».

Pero a pesar de su delicado estado de salud, continúa diciéndole a Sor Carmen: Pasemos a lo tuyo. ¡Qué caridad en sus juicios y que claridad de pensamiento.

«Contéplate en la retina de Cristo, en el Corazón de Cristo. Tú antes de entrar en el convento habrás visto muchas madres, ¿crees que los dejaban de amar porque estuvieran sucios, enfermos o impertinentes? Pues si su corazón de madre humana es

⁶⁴ Escribe a máquina, aunque con muchas faltas. Empiezan a acentuarse las dolencias de su cuerpo, pero su mente es lúcida, su corazón ardiente, lleno de amor y de servicio sacerdotal, y plenamente entregado a la voluntad de Dios.

así ¿cómo será el Corazón de Aquel de quien ha salido la ternura de todas las madres que han sido, que son y que han de ser? ¿Y crees que ese Corazón te va a soltar? Piensa que su fidelidad en amarte y darte su vida y su gracia es la que hace fiel.

X [se omite el nombre de la persona por razones obvias] sigue pasando su difícil crisis: es la soberbia inconsciente de los que saben que tienen talentos, que como no acaban de ver que esos talentos se los da Dios no acuden plenamente a la oración para luchar con Dios y que Dios, por medio de su Cristo, mate lo humano que hay en ellos y les entregue su Espíritu, a fin de que éste haga fructíferos sus talentos para el Reino de Dios [...].

*Te dejo en la escritura [la máquina le seca la imaginación y le cansa] porque llega el momento de ocuparme de ti y de mí y de lo que a ambos nos confió en la Capilla **ante el Sagrario te bendice en Él.***

«Gracias por tu carta –le dice Sor Carmen el 8 de mayo de 1964–. Desde luego tengo que decir como un seminarista compañero de Pepe [Rivera]. “Dios es para todos Padre, pero para mí, para mí es abuelo, por eso de la ternura”. No acabo de comprender que me atendáis, me contestéis, he hagáis caso. En fin, que como es Amor, lo pone para mí en todos.

Empecé ayer los Ejercicios, por eso hoy no voy a ser larga. En cuanto termine te escribiré y te diré lo que Él me haga conocer, desear, etc. en estos días y ya me dirás. Lo de hoy sólo para que desees que sea plenamente de Él [....

Pide mucho y ofrece algo de lo mucho que tienes. ¡Cuánto te ama el Señor! Que Él te ayude a llenar la medida. La que Él quiera para su gloria y tu felicidad. En Él voy».

En esta situación un buen amigo sacerdote, el Rvdo. Librado Callejo Callejo, Magistral de la S.I.C. de León, le dice el 9 de mayo de 1964:

«A veces me retraigo de escribirte por no forzarte a que tú lo hagas, ya que me imagino las dificultades con que tropiezas [...]. De todos modos, comprendo que para ti resulta carga lo que para mí sería distracción, escribir cartas [...]. Esa es la razón de que suspenda la correspondencia y me refugie en la comunicación interior con el Señor que más eficazmente la hará llegar hasta ti. Bien sabes, mejor que yo, que, aunque nosotros no hablemos, Dios puede hacer sentir lo que uno, sintiéndolo. No puede manifestar por una u otra causa. Eso es todo, Manolo.

No sabes cuanto me alegra que te hallan dado al Señor a domicilio y que pueda ser tú su guardián, y Él tu confidente en horas lentas, sin prisas, como otros las padecemos, o nos imaginamos padecerlas. Con Reservado en casa, me hago cargo que tu situación espiritual ha ganado mucho; y el mismo organismo conocerá el esfuerzo tan próximo de la Eucaristía “doméstica”. Ahora es más verdad que nunca estás sólo, y que siempre sois dos, con la aspiración y el conato constante de convertirlos en uno [...]. Que sea uno más de la casa. Y la celebración, cómo te compensará ... con ese alivio de hacerlo sentado, para que la debilidad de la carne no venza las ansias del espíritu de alargar la media hora del sacrificio. Con esto no quiero decirte que me imagine que en tu vida ya todo sea “vida y dulzura”. No. Sin embargo, la vida así se hace “amable” porque lo es el Señor [...]. Y para quien sabe calar profundamente en esas oscuridades luminosas de la fe, como Manolo, aún más. Mi enhorabuena cordialísima por esta prueba de amor de Jesús que tanto se te ha acercado que “se te ha metido en casa para quedarse contigo”. Y desde ahí y con Él, el mundo entero lo tienes cerca de ti y tu actuación resulta mucho más eficaz que la de los que pedaleamos tanto por la tierra haciendo ruido [...].

No sólo me gustaría –ten la seguridad– me vendría muy bien una charla calmada de los dos. Si el Señor me lo quisiera proporcionar ... Si buenamente puedes escribir, ya sabes que yo encantado. Y te contestaré siempre. Pero, si no te es posible, supla el silencio de la oración lo que la carta no puede decir. También callando nos entendemos muy bien.

Sigue encomendándose. Lo hago diariamente y subrayando nombre e intenciones. Un abrazo muy fuerte. Hasta cuando puedas. Siempre incondicional a tu disposición».

Un mes más tarde, el 10 de junio de 1964, otro buen amigo, también sacerdote, el Rvdo. Hernán Cortés Pastor, Deán del Excmo. Cabildo Metropolitano de Zaragoza, le pide que «no desperdicie ni una astillita de su cruz, que Jesús ha cortado a la medida de las fuerzas de usted, para con ella santificarle y santificar todas sus intenciones de apostolado al que se dio tantos años ha. Ofrezca con la hostia santa, pura e inmaculada su cruz para que la campaña atea se trueque en conversión de los ateos y gloria de Dios. Dios le distingue: en su casa, en su Misa, en su alma, en su cruz y en su amor. ¡Sursum corda! María le saluda con mucho cariño».

Y a tan solo mes y medio de su muerte escribe a Sor Carmen el 14 de julio de 1964 porque «no quiere que le falte mi felicitación y mis plegarias porque Él te santifica plenamente».

«Llevo –añade–una temporada mal de salud; por eso casi un mes con oxígeno; el corazón no logra entonarse: estuve varios años poniéndome el tónico cardiaco cada 60 horas, después cada 48, luego cada 36 y ahora ya lo necesito cada 24 horas. En fin, Dios sea bendito y que me perdone lo mucho que le he ofendido con tibiezas, indiferencias y desvíos durante mi enfermedad».

Y pese a su delicadísimo estado de salud intenta hacer Ejercicios, pero no puede. Sin embargo, no cesa en el empeño.

«Llevo seis días tratando de hacer Ejercicios en mi casa –continúa diciéndole a Sor Carmen–, ya que la salud no me permite otra cosa, pero es casi imposible recogerse; varias veces he estado a punto de dejarlos, pero no puedo; tengo que vencer a Cristo, mi Amado, a fuerza de ruegos y súplicas para que me dé gracias eficaces que me hagan serle plenamente fiel siquiera en los últimos días de mi vida [...].

Nada más pues necesito inhalar oxígeno.

Pedirle, si es para su gloria, que prolongue mi vida en su cruz siéndole fiel.

Os bendice y se encomienda».

Y en esta situación tan delicada y difícil de su vida le escribe Sor Carmen nuevas palabras de consolación.

«Quería haberte escrito antes pues Agustín Losada me dijo que estabas pasándolo muy mal y hasta que ya pensabas en cuando terminaría esto.

Yo te comprendo muy bien pues es cambiar esta durísima cruz por la “visión”, pero, aparte de la gloria de Dios y de todas las innumerables gracias que alcanzarás con ello, es que amarás más al conocer mejor.

Lo tuyo, como lo de la Hna. María Remedios, parece un auténtico milagro, y sólo se explica al pensar que todos estos dolores están siendo un auténtico don del Señor para regalarnos el don de una comunicación más íntima con Él.

Ya te he dicho muchas veces la envidia que te tengo porque una cruz así de la que uno no puede escaparse [...].

Y te recomiendo que, por encima de todos los Ejercicios y de todos, ahondes con mayor amor y con todo en esa “vía Carolina” que te recomiendo con toda el alma porque es que ¿qué vamos a dar nosotros a Dios?

Desde luego no te agobies, ¿qué importa que seas débil o que no puedas recogerte? No pidas imposibles de esos que Dios no quiere. No te pide más que le quieras como sea y que sepas que Él te ama y te quiere así de débil, de pequeño y de CONFIADO.

En una foto de París Mach, viene Kennedy en su mesa de despacho y debajo asoma la cara del crío; el texto dice que mientras el padre trabaja encima el pequeño ha instalado su oficina debajo de la mesa; le está dando la murga a su padre pidiéndole unos lápices que se ha dejado encima y el padre sin perder la paciencia le contesta: “John John, es que estoy ocupadísimo”.

Pero lo más notable es la cara de complacencia del padre. Dios es mucho más, ¿no comprendes? ¿Qué le importa que tus lápices sean una novela, o que te duermas porque NO PUEDES con el calor y la fatiga y todo?

Aplicate aquello que tantas veces nos has repetido y con lo que nos han abierto tantas veces el camino de la confianza hacia Él. Y vive en un continuo magnificat porque también tú puedes decir que “ha hecho en ti cosas grandes el que es Poderoso”.

Te confieso que, en el orden de la penetración sobre el apostolado seglar, nadie os ha superado a Herrera [D. Ángel] y a ti. He leído con un gran consuelo el prólogo de Mons. Riberi a las obras de Herrera. Mons. Tedeschini no podía haber dicho más, y en esa línea estás tú.

Yo vivo en una continua acción de gracias por ti y por D. Ángel, y porque por Antonio [Rivera] me acercó a vosotros y gracias a eso siento hoy las oleadas de su infinito amor que me van venciendo.

Luego vendrán épocas de sombras porque hay que purificar lo humanísimo aun de mis sentimientos, pero en este instante no sé ni como puedo vivir con tanto como el Señor me hace ver lo particularísimamente que nos ama.

[...] España volverá a ser llena del deseo de ser la Vanguardia de esa Cristiandad que el Señor nos hizo soñar. Y todos esos sacerdotes, superada la crisis, serán los sacerdotes de Vanguardia de esa Unidad europea al servicio de la paz del mundo.

Tenías razón, “no pasó el Ideal, lo va Dios lentamente realizando en nosotros” y luego se irá extendiendo conforme, no a nuestra fidelidad, sino a su Amor [...].

Y ofrece un poquillo este mes para que seamos testimonio para Córdoba [José Manuel, sacerdote], que le ayudemos a descansar y que sobre todo sepa recordarle el ideal. Sinceramente me parece que hay dos cosas magníficas en él: la humildad y la generosidad; pide para que con esas capacidades el Señor le haga ver todo lo que quiere de él y la forma en que quiere que él le sirva. Que yo no me busque y que sepa entregarme para que él encuentre plenamente el camino [...].

Dicen que Herrera [D. Ángel] habla del consuelo que Dios le ha concedido en la formación de tantos ...

¿Qué piensas tú? ¿Qué sería de Romero de Lema [Maximino, Arzobispo], de Benzo [Miguel], de Rubio [Carlos], de Córdoba [sacerdotes los tres]... de los mártires sin tu paso por el Consejo con tantas generaciones sacerdotales, de seglares y ... ?

De locura hijo mío, por amor de Él no te atormentes, aunque te veas rematado de mal no te importe nada. Dios es glorificado en darse y a ti que se te dio y se te da tan sin tino y para tantos, ¿qué glorificado será?

Sé feliz en tu dolor, cansancio, tristezas ... todo; sé feliz porque Él es tu Padre, tu amigo, el Amado. Te ha dado a su Madre y te ha regalado el fecundar, por tu inmolación absoluta de tu nada pero unido a la suya infinita, a toda la Iglesia actual de España y por ella a la del mundo entero a la Iglesia universal con su Consiliario y su regalo del Papa y tanta y tanta maravilla, y te da a su Madre para que te sostenga y te tiene en sus brazos para que no puedas separarte jamás de su Amor.

Mira si yo, tan ruin y en fin ... tan como todo lo humano te quiero, te agradezco, me siento tan unida ¿qué sentirá la Trinidad, la Virgen y los santos, pues eres su obra?

En Él llena de agradecimiento por tu alma».

Y a tan solo dos meses [22 de junio de 1964] de su muerte otro buen amigo [José Pousa Pérez] le cuenta sus proyectos y le pide su ayuda:

«Ahora quiero empezar a pensar y a escribir sobre aquél hecho magno de la peregrinación de la Juventud de Acción Católica a Santiago de Compostela, cuando nos hicimos adelantados de peregrinos y prometimos: “Ser peregrino de un eterno camino de santidad para que por mí haga el Señor a todos los jóvenes de España y en especial a los de la Diócesis peregrinos de un eterno camino de santidad”.

Me gustaría mucho conocer la interioridad de la que se produjo esa frase, saber, en suma, el camino que seguiste en aquella llamada a la juventud que aún nos estremece en su recuerdo. Tú no olvides que fuiste para La Coruña una gracia tan especial que yo digo siempre: “Soy cristiano por la gracia de Dios y la palabra de Manuel Aparici”.

Me acuso de rezar poco por ti. Lo hago siempre que me acuerdo de tu persona, pero pasan horas y días sin que tal ocurra. Es una actitud nefasta y rastrera que te confieso a voz en grito solicitando tu dispensa y haciendo firme propósito de enmienda [...].

Besa tu mano y te abraza con toda el alma tu buen amigo y discípulo».

¡Todavía les estremecía su recuerdo después de casi dieciséis años de haber tenido lugar la misma! ¡Cuán maravillosa no sería aquella peregrinación de 1948, que todavía hoy Santiago vive de su recuerdo!

Todos están en su recuerdo. A ninguno olvida. Por todos reza y se inmola en el silencio de una habitación un tanto olvidada. También le recuerdan y piden por él. Con motivo del santo y cumpleaños de su buen amigo, compañero en el apostolado seglar y después Rector del Seminario de Madrid-Alcalá, cuando el Siervo de Dios era seminarista, D. Juan Ricote, luego Obispo Auxiliar de la Diócesis, le felicita. En su contestación de agradecimiento –el 29 de junio de 1964–, éste le «saluda y bendice cordialmente [...] y le agradece en el alma su afectuosa felicitación con motivo de mi santo y cumpleaños»

Y le pide que «aunque ya sé que lo haces así, no dejes de encomendarme en la Santa Misa, pues lo necesito. Yo, a mi vez, pido al Señor que te conceda la salud y te siga prodigando sus gracias, a fin de que todo, lo agradable y desagradable, te lleve a la unión más íntima con Él. Un fuerte abrazo».

Y tampoco le olvidan.

«¿A qué no aciertas a comprender mi carta? –le dice José Luis López Mosteiro el 13 de julio de 1964, testigo en su Causa de Canonización]. Bueno, sí, tú aciertas siempre, y más en cosas de aquellos a quienes conoces tanto [...].

Busqué tu dirección que, no olvidada, esperaba ocasiones como ésta para actualizarse en un epistolario, y ¡ya está! Porque en el recuerdo diario no falta nunca ese volar a ti. Quizá me faltase siempre esfuerzo, santidad para imitarte; pero presencia de tu obra, ¡nunca!, porque –muchos lo decían– Manolo Aparici era –y sigue siendo– cita obligada en mis charlas y anecdotario de juventud, y hasta de mis libros.

Algo voy sabiendo de ti, Manolo, a través de tus sobrinos y de aquellos que guardan mayor contacto contigo. Sé de tus sufrimientos, sé de tu pasear por la Plaza de Oriente, algunos días, y de tu estar sentado, otro; sé de tu capilla privada y de tu Misa en ella; sé ... ¡tantas cosas que tú no sabes que sé ...! Hasta sé que muchos –yo entre ellos– parece que hemos olvidado tu nombre y tu recuerdo. Pero no, Manolo; el ejemplo que tú grabaste en el alma de muchos, no lo borra el tiempo, aunque decaiga la presencia, epistolar o física.

Hoy, –ya ves– pensando en los Obispos que tú forjaste, vuela el alma al forjador. Con todo el cariño y la admiración de siempre, aunque con menos “vocinglería” que en mis años de parlanchín ...

Aquí estamos muchos, aún [...] hablamos de ti y pedimos por ti siempre, y esperamos verte [...].

¿Ves, Manolo, como en Coruña “vives” con fuerza?

No sé si puedes leer y estoy cansándote. Pero, como ves, el mismo Mosteiro de siempre; si empieza no sabe terminar [...].

Empiezo un trabajo largo para el próximo Año Santo; será, D.M., un libro de no pocas páginas. Lo encabezo con una oración al antiguo modo, que fue el pórtico de mi primer libro: “Santiago Símbolo y Guía”, escrito para la peregrinación de la Hispanidad, libro en que Manolo Aparici fue el “alma” y yo la pluma de amanuense ...

En fin, Manolo, el impulso del corazón está cumplido. Haz un hueco en tus sufrimientos para poner en la balanza por mí los que yo no sepa o no quiera dar. Con tu valimiento, de verdad que el Señor me hará todo tan fácil como hasta ahora, por su misericordia (dar el corazón a los míseros, nos dijiste un día) me viene haciendo».

Tales eran sus sufrimientos que Sor Carmen, Priora, le dice:

«Bien siento yo que no seas tú el que disfrutes todo esto –carta sin fecha. Por su contenido fue escrita hacia mediados de 1964–. Te aseguro que cada día le agradezco más al Señor que te pusiera cerca de mí para traducirme siempre Su Palabra exacta. La que Él decía para mí.

Me da pena que sufras, pero pienso en la gloria de Dios, en la fase de Iglesia que estamos pasando, y sólo siento entonces que no me haya asociado tan íntimamente como a ti a su dolor [...]. Para ti no sé que pedir al Señor. Creo que exclusivamente que realice en ti plenamente sus planes.

Todos tus Peregrinos te ayudarán desde el cielo, ellos que en su breve martirio realizaron la Palabra y el Señor te dio para ellos ⁶⁵.

Cuando llegues al cielo, que no me atrevo a pedir pronto por lo que glorificas ahora al Señor, todo esto te parecerá nada. Yo quisiera sin embargo que para que tu apostolado se prolongue luego, cuando vaya la Hermana María del Carmen por ahí, que será a mediados de éste, le dieras todas las cosas tuyas de escritos; yo te prometo guardarlos, pero es que el otro día hablando con Pepe [Rivera] me decía ¡qué lástima! Carlos [Castro] y yo podíamos hacer algo de provecho para muchas almas.

Con Pepe gocé de veras. ¡Qué cierto es que para Dios, no hay ni memorias ni temperamentos, todo lo abrasa su Amor si uno no se empeña en resistirlo; y hablando de esto, quisiera que tú te convencieras que mientras apriete Dios, tú puedes aliviarte tranquilamente, pues al evitar esa violenta tensión gane en libertad el alma para arrogarse a su Amor».

A estas alturas de la enfermedad, Sor Carmen trata de que no se pierdan sus escritos, documentos, etc. y se los pide.

«Tanto silencio –le dice Sor Carmen, Priora, al Siervo de Dios en carta sin fecha. Por su contenido debió ser escrita hacia mediados de 1964– hace pensar que no andarás con muchas fuerzas y ya sabes que en estos casos pienso que siempre viene bien el recordarte lo cerca que estamos de ti y lo muchísimo que pedimos al Señor que te ayude de veras.

Tú siempre has sentido su fidelidad y me consuela pensar que seguirás sintiéndola y Él te hará cada día más completa la realización de la vocación que su amor te hizo.

No sé si en plena prueba como tú estás se puede ver esto, porque, aunque las cosas son siempre las mismas, también es verdad que cuando la presión es muy alta impide el que pueda verse todo lo que Dios está haciendo.

Lo primero es cómo Él ha querido realizar en ti aquello que te hizo dar a los muchachos. Lo segundo es la necesidad apremiante del momento de almas totalmente pasivas para que El pueda transformarlas.

Una cosa que me sirve de consuelo es el comprobar que los planes de Dios se cumplen a pesar de nuestros fallos, y lo que un día nos hizo desear lo va realizando Él en el tiempo.

Y ya sabes mi envidia por todo el que realiza esa entrega de su radical pobreza en la hoguera de su infinito Amor, porque cada día me hace el Señor desear y valorar más esto, es por lo que cada día le doy más gracias a Dios por haberme encontrado contigo.

Por eso me alegraría que vieran todos los misterios de Amor que ha obrado en tu alma.

Si no te parece mal da a la Hermana todo lo que te decía en la otra carta mía [por el contenido de este párrafo, podemos pensar que esta carta fue escrita después de la que le antecede]. Puedes estar seguro que sólo Pepe [Rivera] y Castro [Carlos] lo utilizarían y sólo en la medida en que sirva para que, como tú decías de Antonio [Rivera], puedan realizarse esos inmensos deseos apostólicos tuyos aún después de que estés viéndole cara a cara. Si no estás para buscarlo, la misma Hermana te podría ayudar; es muy dispuesta y puedes fiarte plenamente de que lo hace con un inmenso cariño que todas te tienen.

⁶⁵ ¡Cómo no iban a ayudarle sus peregrinos; él, el «Capitán» de todos ellos.

Le pido al Señor que te abandones plenamente en sus planes y que te haga sentir un poco de su Amor; digo sentir, saborear, para que te consuele y estos mismos consuelos suyos te hagan amarlo más y más, sufrirás pero ...

Pide por Córdoba [José Manuel] que va hoy a Corella a dar unos Ejercicios. También él me hace ver mucho esta fidelidad de Dios, porque en medio de su desconcierto es impresionante lo bueno que es. Ya te contaré en otra ocasión para que te goces como yo en esta bondad que Dios comunica a los hermanos; tiene este preciosas florecillas también. Ahora pienso siempre que con cuanta dificultad y dolor le lleva el Señor en medio de su aparente broma.

En realidad es consolador ver cómo Dios nos va haciendo, nos va cambiando, como tú dices espiritualizando, mejor sobrenaturalizando, haciéndonos en esa filiación divina que nos hace o que nos hará plenamente hijo.

Hasta otro día pronto. Te quedan todas unidísimas en el Señor y muy especialmente unida».

A tan solo catorce días antes de su muerte, el 14 de agosto de 1964 escribe a Sor Carmen, contándole el achuchón fuerte que tuvo la madrugada del día de Santiago Apóstol y del que no se recuperó. Recibió los Santos Sacramentos. Y se resiste a entregarle ningún papel:

«Como le digo a José Manuel [Córdoba], recibí los Santos Sacramentos el día de Santiago. Desde entonces tengo nueva conciencia de que vivo en los brazos del Amado. Soy como el chiquitín a quien su padre va a dar un chapuzón en el mar, el niño se agarra con fe ciega al cuello de su padre, éste le sujeta bien porque es algo de su vida, al venir la ola el pequeñín cierra los ojos, y cuando pasa los vuelve a abrir y oye que todo es luz y contento.

¡Qué maravillosas son las cosas del Señor!»

Y, pese a todo, añade:

Como también le digo a José Manuel, el peligro inminente ha pasado, la urea va bajando.

Si viene la hermana que me anuncias, y puedo, la recibiré, pero no podré entregarla ningún papel, pues, si el Señor quiere que aún me quede, tardaré bastante en reponerme. Además, me parece contrario a la voluntad divina, pues si Él ha querido para mí esta última etapa, así debe quedar: humilde y escondida.

Encomendándome a vuestras oraciones os bendice desde mi gozosa cruz».

Pero Sor Carmen no se rinde y vuelve a insistir sobre sus escritos, documentos, etc.

«Y la razón es la que todos tenemos –le dice Sor Carmen ⁶⁶–. Eres testimonio excepcional del amor infinito, omnipotente y misericordioso de Dios. Tu apartamiento de esta última etapa una razón más para el caso que vemos. Ciertamente Dios no necesita de nosotros. Tú lo ves, te lo ha hecho sentir a veces con dolor. Dios nos quiere a nosotros, y para purificarnos, para quemar escoria, nos aparta y nos hace de Él hasta conformarnos con Él.

Tu hermana es un prodigio de Amor, que sólo puede conocerse ante el Amor encerrado en su pequeñísima celda y en el profundo de nuestras almas donde se revela. Sólo si nos acercamos a Él, si nos hundimos en Él, le comprenderemos en sus obras en las almas de sus amigos.

Y esto de que precisamente se les haya ocurrido a los que han sido frutos de ese Amor único, que sean tus muchachos, es una misericordia más, para que no puedas asentarte ni en el “olvido” de los unos de la última etapa.

⁶⁶ Por la referencia que hace nuevamente Sor Carmen a los «papeles» estimamos que esta carta la escribió después de recibir la del Siervo de Dios del 14 de agosto, aunque no haga referencia a ella.

Dios te ha hecho sentir la soledad, pero pocas personas han sido tan profundamente como tú queridas. Pocas almas tendrán a tantos tan pendientes de ella como la tuya.

Yo comprendo que tú no puedas recoger nada, pero en una casa no serán tan difíciles de encontrar las cosas. Si te parecen tonterías mías, pues no me las das a mí, aunque nadie las guardaría con más ilusión.

¿Tienes confianza en mi hermana? Pues que lo haga ella, que lo guarde quien quieras. En fin, de la forma que te sea más fácil, pero que se recoja todo lo que se pueda de tus escritos espirituales y apostólicos.

No veo más que dos intereses y lo demás no me importa:

Primero: En orden a ti.

Más conforme con tu abandono filial me parece que no des importancia a esto y que “dejes hacer”. En lo brazos del Padre, metido en su Amor, pendiente del Amado, ¿me quieres decir qué importa que los pobres hombres que andan por el mundo vean una vez más la Fidelidad y el Amor sobre los hombres?

¿Pero a ti qué te importa? ¿Pero qué es todo ese poquillo que tú has podido trasladar al papel para darnos gana de algo de acercarnos a Él, comparado con la Realidad Sobrenatural que te llena?

¡Déjate de bobadas y piensa que una de las maneras del abandono es éste: que sepan; que entonces admirarán a Dios y no repararán en ti!

Segundo: Razón de apostolado.

Primera. Para los que lo hagan. Si apenas te conocen estos curas. Si se quedarán absortos al ver lo Fiel que ha sido contigo. ¿Tú sabes que efecto le haría a Córdoba [José Manuel] y a Pepe [Rivera] y a Castro [Carlos] [sacerdotes los tres; los dos últimos dirigidos del Siervo de Dios durante su larga y penosa enfermedad], a cada uno por una cosa? Ventajas de que ellos se trataran por este medio.

Segunda. Ventajas de que escrita por estos llegará a todos los que tú has influido y verán la necesidad de esa actuación del Amor por encima de todos los medios.

Ahora haz lo que quieras. En realidad para ti no quiero más que el tiempo que vivas te fijas en esta sola postura del Hijo con su Padre. Mi vía Carolina tan fecunda. Y cuando llegues al cielo que alcances del Señor un nuevo Pentecostés para todas las almas que unió a ti y entre las que en primerísimo lugar me encuentro.

Según mis “caminos” me alegraría que no dieras importancia a nada, que des graciosamente lo que graciosamente has recibido, y que con la misma paz, sin apartarte para nada de Dios, recibas su Amor cuando piensen unos que estás anticuado, que cuando los otros, ante el temor de perderte, quieran conservar ese testimonio del Amor, la Omnipotencia y la Fidelidad infinitas.

Hoy no te escribe Córdoba porque no sabe que te he escrito. Y cuando le vea mañana ya ha salido esta carta. Cada día esta más pacífico, más centrado y más abierto a Dios. A pesar de que es demasiada soledad para él, pero lo lleva muy bien. El quiere verte, y hablar contigo, y dice que si estás mal, en peligro, que se va. La verdad es que le impresiona todo lo tuyo.

Su estado no mejora, por el contrario empeora.

«Él me da la certeza *que estoy en sus brazos para llevarme al Padre*» –escribe–

Y a tan sólo cuatro días de su muerte cede a los ruegos de Sor Carmen y le dice:

«Tus cartas me han conmovido, emocionado y convencido. Si Dios prolonga algo mi vida y me da fuerzas materiales reuniré lo que haya escrito en mi vida, mis Cuadernos de Ejercicios, el Diario Espiritual [...] y os lo entregaré, y que Pepe

[Rivera], *José Manuel* [de Córdoba] y *Carlos* [Castro], juzguen si algo puede ser útil a la gloria de Dios ⁶⁷.

Mi estado no mejora o la mejoría es tan lenta que no la noto, “pero los ríos alegran la Ciudad de Dios”, pues estos pequeños dolores y fatigas que hay en mí son depósito sagrado de su amor ... ».

⁶⁷ La intervención y la insistencia de Sor Carmen fue providencial. La documentación se salvó y llegó a la Asociación de Peregrinos de la Iglesia.

IV. ÚLTIMAS PALABRAQUE NOS HA DEJADO ESCRITAS EL SIERVO DE DIOS

En la víspera de su muerte le visitó el joven Agustín Losada Borja.

«Sus ojos—le dice después a Sor Carmen— estaban muy lejos, acariciaban mirando y se refleja mucho dolor, pero con grandísimas dosis de paz.

Me habló de su enfermedad, de las medicinas que tomaba. Estaba muy hinchado [...], las piernas estaban muy amoratadas y totalmente abotargadas [...], pero tuvo la deli-cadeza de decirme que me encontraba mejor desde antes de mi boda y que sintió mucho el no haber ido como hubiese sido su gusto.

Si os contara con detalle todo lo que hablamos, llenaría muchas hojas [...]. Me encontraba encantado con él, charlando y recibiendo tantas lecciones de su dolor y de su amor [...] por todo el mundo. Me dijo que agradecía mucho las oraciones de la Madre Carmen y de todas las monjas del Carmelo de Donamaría porque le permitían seguir, con paciencia e incluso con alegría, soportando su enfermedad.

Me decía: *“No sé Agustín, pero creo que de esta vez no pasa y el Señor me lleva. Me trata con mucha delicadeza y mimo. Sufro, sí, pero este sufrimiento y dolor tienen infinitas compensaciones, fundamentalmente la paz del alma, el abandono”*.

Yo me quedaba anonadado con esta conversación. Sólo ahora recordándola al escribirla, me doy cuenta de su profundidad y trascendencia. Yo no sabía que contestar.

Se le notaba que ya estaba muy dispuesto a partir y a lanzarse de lleno en los brazos de Cristo. Yo, para animarle un poco, le dije, cuando estábamos hablando de esto, de que a lo mejor no salía de esta crisis: “Sí, D. Manuel, cuando se llega a la situación suya se puede pensar que la muerte es más bien fácil y no es tan dolorosa la separación. Pero ¡qué caramba! la vida que Dios nos da aquí también es cosa de Dios y también es algo muy bello”.

A lo cual, el me contestó: *“Pues claro que sí, Agustín; siempre que la vida esté al servicio de Dios, cumpliendo su voluntad, es algo bellissimo. No cabe duda. Pero sólo es bellissima porque esa vida tiene como fin último la Vida”*.

Toda la conversación estuvo en estos términos. Ahora me doy cuenta de las gracias que le debo al Señor por haberme permitido ser uno de los agraciados en tener un diálogo de este tipo con uno de sus ministros más selectos y santos.

Saliendo de la habitación le dije: “Bueno, D. Manuel, hasta el próximo día”. *“Si Dos quiere”*. Así se despidió de mí.

Y ahora nada mejor que transcribir las últimas palabras que nos ha dejado escritas el Siervo de Dios. Son también de la víspera de su muerte.

La última página dice así:

*«Ave Gratia Plena.
27 de agosto de 1964.*

Un día más de enfermedad dolorosa o gozosa.

Jesús me regala abriendo rosas de su caridad en mi pobre cuerpo. Ahora, qué sentido más profundo adquiere para mí la expresión de Isaías y de San Pedro: “Llevó sobre sí nuestras enfermedades y por sus llagas hemos sido curados”.

“Es Cristo quien sufre en mí” y yo gozo en Él. Una gotita de sus sufrimientos en mí; Él, Hijo de Dios, y yo pecador. Por declarar su amor [...] porque quiso la Cruz y llevó sobre sí todos mis dolores y los de todos los hombres; ahora al hacerme participar de su Pasión me hace participar de la más clara noticia en la fe de su amor. ¿Cómo no dar gracias por las astillitas de su Cruz con las que me regala y sobre todo por la lluvia de gracias que hace que pueda ofrecerle gozoso esos pequeños dolores por glorificación, por las almas?

La Trinidad en mi alma y un allá, como viviendo de amores mis pequeños dolores quemándose sobre la brasa divina de su amor. Amén».

CAPÍTULO SEXTO

ALGUNAS FRASES O PENSAMIENTOS DEL SIERVO DE DIOS QUE EXPRESAN LA FILOSOFÍA ESPIRITUAL DE SU VIDA

«Al reorganizar la Juventud de Acción Católica Española [...] el Siervo de Dios dio la consigna de Piedad, Estudio y Acción, poniendo ante todo la **piedad** sólida con base en la Eucaristía, como fundamento; luego el **estudio** del Evangelio y de los reglamentos [...], para estar así preparados para la **acción**»⁶⁸.

Es el momento de la «Acción». Son tiempos fuertes necesitados de apóstoles recios.

A este fin responde este Capítulo Sexto: Algunas frases o pensamientos del Siervo de Dios que expresan la filosofía espiritual de su vida, ejemplo y guía para todos, sacerdotes y laicos, en los tiempos presentes según todos los testigos: Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seglares y Peritos Archivistas y Teólogos.

S.S. Juan Pablo II recordaba a los más de dos millones de jóvenes que acudieron a las Jornadas Mundiales de la Juventud en Roma en agosto de 2000 que «la Iglesia os necesita, necesita vuestro compromiso y generosidad» y les pedía que «llevaran el Evangelio por todo el mundo», que «dijeran “sí” a Cristo y se convirtieran en evangelizadores del Tercer Milenio. No tengáis miedo. Jesús os guiará y os dará siempre la fuerza necesaria». Y les advertía que «hoy en día, creer en Jesús y seguir las huellas de Pedro y de los primeros apóstoles supone frecuentemente un nuevo martirio: el martirio de ir contra corriente». Compromiso y generosidad que un día no muy lejano brindó Manuel Aparici a la Iglesia, para la cual vivió y murió.

«Seguro que también vosotros, queridos amigos –les decía el Papa a los jóvenes – estaréis a la altura de quienes os han precedido» ...«Contemplo con confianza esta nueva humanidad que se prepara también por medio de vosotros; contemplo esta Iglesia, [peregrina en la tierra], rejuvenecida por el Espíritu de Cristo, que hoy se alegra de vuestros propósitos y de vuestro compromiso».

Todos unidos, como Iglesia peregrina, marchemos, pues, en vanguardia de esa nueva evangelización del amor que quiere el Papa con sólida piedad con base en la Eucaristía como lo hizo el Siervo de Dios.

Elección por el Señor

«El Señor elige y escoge, y a los siervos les hace amigos», pero «no los eligió porque fuesen aptos, sino que, porque los eligió, los hizo aptos» y «nos ha elegido para hacer fruto y Cristo jamás fracasa si nosotros le dejamos actuar», pero

Mirar con los ojos de Cristo

«¡Señor, que vea en tu luz todas las cosas!».

Deseo ferviente de servir al Señor

«Quiero, Señor, quiero servirte».

Lema de santidad

«Ser hostia y víctima que en todo momento se ofrezca al Señor por su reinado en el corazón de los jóvenes».

Espíritu de víctima

⁶⁸ Enrique Montenegro L. Saavedra.

«El Señor me ha hecho ver que ni un día más debo esperar a hacer mi entrega. Desde ahora he de ser víctima».

«Después me hizo comprender que la cruz para serlo tenía que ser a su gusto y no al mío».

«¡Qué hermosa es la cruz vista de frente! Los pies tengo clavados para esperarte y los brazos abiertos para recibirte en ellos».

La gran fuerza de su ideal en la vivencia de cada día es:

«Hoy he de ser santo» ... «Sabemos que Jesús nos llama a ser santos».

Mandamiento del amor

«Aprehendamos bien el mandamiento único del amor, ¡qué es bien fácil el camino de la santidad cuando no hay más que un mandamiento!: Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

Referente al apostolado

«Ganar el mundo para el amor de Cristo porque ya el mundo para mí no tiene más valor que el de ganarlo para tu Amor».

«Este apostolado no debe hacerse con afán de masas ni con actos espectaculares, sino de corazón a corazón, por contacto directo e íntimo de las almas [...]. Tenemos que evitar el seguir engañándonos.»

A cada apóstol hay que encomendarle la resurrección de un alma.

Al joven apóstol hay que abrirle los ojos del alma a la contemplación de las personas, las cosas y los acontecimientos en el orden sobrenatural.

Necesaria, urgentemente necesaria la formación ascética buscando que logren vivir en el mundo escondidos con Jesucristo en Dios».

«Esto es el apostolado: hacer fecunda la Sangre de Cristo y de los cristianos».

«Hay que sembrar a Cristo en la calle con la propia sangre».

«Porque yo siembro, tú eres el que ha de recoger y el Señor quien ha de dar el fruto».

«El que no llora por las almas que se pierden no es apóstol».

«Antes de hablar de Jesús a los jóvenes, hablarle a Jesús de los jóvenes para que Él nos dé su Palabra».

«Decir en alta voz lo que para aquellas almas nos ha dicho Jesús en el secreto de la oración ante el Sagrario».

«No eres buen hijo si no haces que los otros hijos la amen» ... «Pero el amor consiste en obras. Enseña tú con el ejemplo y la palabra cómo debe vivir el hijo de María».

«Cuando me olvide de mí para pensar sólo para Cristo y sus almas, empezaré a ser santo».

«Los caminos siguen abiertos, pero hay que recorrerlos».

«Hay que caminar mientras dura el día que luego viene la noche y no se puede caminar».

«No lamentos sino acción, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fue, sino reconstrucción de lo que surgirá».

«La gracia la expanden los apóstoles con su ejemplo y su palabra».

«No hay otro método de apostolado que amar y amar con el Corazón de Cristo».

«Tenemos el deber de hacer apostolado y entre todas sus formas debemos escoger la más perfecta».

«Acción: Apostolado: Amor que no desea que el Amor sea amado no es amor».

«Hay que trabajar con impaciencia (que es divina); pero sin prisa, que es humana y arguye preocupación política».

«Menos prisa humana y más impaciencia divina».

«Un Centro no muere cuando ha encontrado un joven que quiere morir por él» ... «Una juventud no muere cuando un joven se entrega a Dios para morir por ella».

«Dios no te pide imposibles, sino que pide que hagas lo que puedas y que pidas lo que no puedas para que entonces puedas».

«Encended una cerillita y es incapaz de desgarrar las oscuridades de la noche [Parábola del Siervo de Dios]. Encended dos y tres. Pero juntar veinte mil cerillas, veinte mil antorchas y se hace un foco potente de luz. Y quiere que se junten en torno al Pilar de la Madre, en torno a la Madre, para que de pronto esta luz ilumine a nuestra Patria, para que vean los jóvenes que la gracia de Dios todo lo puede».

(De S.S. Pío XI): *«Jóvenes ardientes de espíritu apostólico, por sus virtudes y su fe abiertamente profesadas se convertirán en centros de atracción».*

«Y que por el doble testimonio de Cristo y de su Vicario llegamos a la conclusión de que la vida interior es la clave y el fundamento del apostolado».

De S. Juan de la Cruz

«Quien anda en amores ni cansa ni se cansa»

Hambre de redención

«Nunca como ahora ha habido más hambre de redención entre los hombres, pero también nunca como ahora ha estado más extraviada la mente humana para buscar al Redentor».

Reflexión teológica

«Toda reforma genuina y duradera ha tenido propiamente su origen en el santuario, en hombres inflamados e impulsados del amor de Dios y del prójimo, los cuales, merced a su gran generosidad en corresponder a cualquier inspiración de Dios y a ponerla en práctica ante todo en sí mismos, profundizando en humildad y con la seguridad de que es llamado por Dios, llegaron a iluminar y a renovar su época».

Urge una nueva Evangelización

«Urge predicar a Cristo, con el ejemplo primero, pero también con todos los medios posibles de difusión del pensamiento y en todos los ambientes y predicar muy alto y con grande unción al Cristo Sacerdote para que las almas vuelvan sus ojos a Él».

CAPÍTULO SÉPTIMO

ALGUNOS TESTIMONIOS A RAÍZ DE SU MUERTE

«En las fichas biográficas que han circulado en periódicos y revistas con ocasión de la muerte de Manolo Aparici hay una laguna: un par de años a los que nadie da importancia, entre su primera Misa y el regreso del antiguo Presidente de la Juventud para ocupar el puesto de Consiliario Nacional. Es el tiempo que Aparici pasa en Salamanca como alumno de la Universidad Pontificia. Ejerce entonces una influencia silenciosa –como suele ocurrir en cuanto se refiere a nuestra intimidad sacerdotal–, pero muy profunda, sobre varias promociones de estudiantes salmantinos.

Manolo llegó a Salamanca revestido de una aureola heroica [...]. Poseía las dos notas capaces de arrebatarlos en aquel momento exacto: Una fiebre de ideales nobles –peregrinación, sacrificio, oración ardiente, entrega– y un afán apostólico bien probado en su vida de seglar. El tuvo que notar que los curas jóvenes que estudiábamos entonces en Salamanca le mirábamos con ojos de admiración y respeto. Pero supo disimular: a nadie he visto más sencillo, más cordial, más humilde, dispuesto a oír y a comprender. Dispuesto incluso a participar en nuestras aventuras y a fracasar en nuestros ensayos. Después de algunas aventuras pintorescas habíamos pedido al Sr. Obispo que nos dejara a los estudiantes del “Jaime Balmes” –con sede por aquel entonces en el descascarillado y magnífico palacio de Irlandeses– gobernarnos por nosotros mismos. Cuando llegó Aparici le nombramos Rector por aclamación. Manolo pidió limosna en Madrid para apuntalar la economía del Colegio; agenció becas y viáticos; compró los muebles para una salita de estar –nunca olvidaré la cara de desconsuelo que ponía Manolo cuando una tarde el tresillo voló por la ventada al patio a impulsos de la furia embriagada de un amigo irlandés–; organizó retiros y Ejercicios; creó la Academia Sacerdotal, en cuyo seno germinó la idea de la revista INCUNABLE; y hasta presidió nuestros festejos “religiosos y civiles” en los días de huelga que alguna vez nos atrevimos a organizar como protesta contra el olvido de fechas insignes en el calendario escolar. En el “Balmes” de entonces estudiábamos como fieras, vivíamos una temperatura sacerdotal enardecida, nos queríamos mucho [...] y lo pasábamos “bomba”. Respaldados por la dirección espiritual cálida y exigente de Manolo, a quienes muchos de nosotros habíamos entregado confiadamente nuestro corazón.

¡Qué hombre bueno, qué sacerdote cabal! Aparici dio testimonio de fe, de piedad, de amor.

No era gran teólogo, ni siquiera pertenecía al tipo intelectual ⁶⁹. Pero nos cogíamos a su mano porque el nos entraba de verdad en la nube donde el Señor habita: Manolo percibía el misterio de la existencia sacerdotal, paladeaba los jugos de la fe. Esto, esto es la radiografía exacta: Aparici tenía fe, vivía de la fe. Como el justo. Como Abrahám [...].

¿Era ingenuo Manolo? Sí, era ingenuo. Aunque se puede ser bueno del todo, y Manolo era bueno, sin ceder, sin entregarse a la ingenuidad. Aparici traía en su alma toda la resaca de caballero andan [...]. Él se sabía “Capitán de Peregrinos”. Nunca pensó en calcular los dividendos que a él podían corresponderle por el esfuerzo realizado, y por eso quienes había sido con él compañeros de Ideal le miraban ahora con cierta lástima, porque ya ellos sacaban las sumas y gozaban la renta de las hermosas palabras. Manolo continuaba creyendo en los altos ideales. Y quedó desplazado, anacrónico. Excesivo, Aparici resultaba excesivo. Tenía demasiada fe, demasiado fervor. Su nombre no entró en la baraja de importantes, no le tocó sitio en

⁶⁹ «Y nada más, le decía EL Rvdo. Miguel Benzo por carta de fecha 10 de junio de 1948. No quiero entretenerte más porque te supongo sumergido en exámenes. Vosotros, los intelectuales ...». Por esos días, el 1 de julio de 1948, el Vicario General y Deán del Arzobispado de Zaragoza, Rvdo. Don Hernán Cortés, le decía en relación con los estudios: «Ya ve que tengo razón cuando le modero en ciertos afanes. Oro por usted; cuídese. Después de Dios y de la salud, que Él quiera que tengamos, son secundarios hasta los exámenes. De todos modos, celebraré que los termine. Ya me dirá cómo queda».

el extraño escalafón que nos fabricamos los clérigos, donde pueden dosificarse la devoción y las ambiciones secretas, donde pueden cohabitar las frases pías y el codazo ventajista. A Manolo no le interesaba medrar: estuvo al margen del tinglado. Era un sacerdote verdadero. Ensamblado en el Cuerpo Místico de Cristo: que santa manía la suya, situarlo todo en el gran mapa del Cuerpo Místico.

Ocurrió que el Señor signó la vida de Aparici con la tiza de las grandes ocasiones: ocho años en cruz. Según la partida de nacimiento, ya no era joven y, sin embargo, todos le pensábamos como un muchacho escogido por Dios para el sufrimiento. Allí, en su sillón, en la soledad del hombre vencido, esperaba las visitas que casi nunca llegaban: “Tenemos que ir a verle; cuánto hace que no has visto a Manolo; ayer le encontré un poco mejor ...”. No era falta de cariño, sino esta falta de tiempo a que nos condena la vida de ingrato ajeteo. Manolo sabe que es precisamente de cariño el marco en que los sacerdotes de su época salmantina conservan su recuerdo. Y también INCUNABLE»⁷⁰.

«Antes era para mí una especie de mito desde la época en que, siendo yo aspirante, él era Presidente Nacional. Cuando lo traté, vi que, cosa excepcional, la realidad superaba a la leyenda [...]. Nunca he visto la presencia de la gracia santificante y santificadora en una persona, como la veía en D. Manuel, os lo aseguro»⁷¹.

«En su incansable ministerio apostólico, en la gran parcela que le había encargado la Jerarquía, no hubo otra cosa que sacrificio, esfuerzo continuo y amor. Supo vincularnos [...] a la línea maestra, al eje motor, a la idea madre que desde su nacimiento ha movido a la Juventud de Acción Católica Española: el Amor [...]. Nos supo transmitir el amor, porque amor y entrega pasional fueron sus años de Consiliario [...], en un esfuerzo que le costó la vida [...]. Y ese gran amor en todos sus sentidos y ese gran vínculo entre generaciones es la gran herencia que D. Manuel nos ha dejado a todos»⁷².

«Pero Manuel Aparici, guía y ejemplo [...], fue también el creador de un estilo de buscar la santidad, remozando los clásicos motivos de su mística andariega, olvidada o dormida bajo la losa de un pecado de generaciones tibias e indiferentes [...]. Era entonces la hora crítica de España y también del mundo entero. Corrían vientos de persecución y de guerra. Aparici supo dar a este peregrinar un sentido heroico [...].

Humilde, casi olvidado, el que formó una generación de hombres que tanto ha influido en el renacer espiritual y social de España –Prelados, ministros, embajadores, catedráticos, médicos, abogados, empresarios, padres de familia, dirigentes, etc.– pasó los últimos años de su vida en un santo y callado peregrinar. Era su lección y ejemplo. Era el testimonio con el que ha cerrado el camino del triunfo [...]. Su vida bien merece la pena que sea conocida y venerada por las nuevas generaciones, llamadas a seguir las huellas que él dejó»⁷³.

«Manolo se estaba quemando literalmente en esta su última Cruzada. Mejor dicho, la penúltima. Su vía crucis llegaba a la décima estación. Vendían sus vestiduras [...]. Manolo, crucificado en un sillón de enfermo, era como una acusación a todos nosotros. Una enseñanza, un sermón demasiado elocuente. Manolo crucificado era, sin embargo, el mismo de siempre [...]. La entrega desnuda y radical [...]. Su marcha silenciosa nos dejaba inquietos a todos. Su lección de estos ocho años coronaba una vida íntegra, total. Empequeñecidos, avergonzados por su vida y por su muerte ... Manolo, ruega por nosotros»⁷⁴.

⁷⁰ Rvdo. José María Javierre.

⁷¹ Alejandro Fernández Pombo, testigo en su Causa de Canonización.

⁷² Miguel García de Madariaga, testigo en su Causa de Canonización.

⁷³ Enrique Torres.

⁷⁴ José María de Llanos, S.J.

«Llegaste en la hora difícil de mi juventud. Un día (...) te dije que, a pesar de mi reciente cargo de Vicepresidente del Consejo Territorial de la Juventud de Acción Católica, yo no era capaz de amar a mis hermanos, los jóvenes, y tú me contestaste con una frase que no he olvidado nunca y que he repetido y vivido muchas veces: *«Pídele prestado su corazón a Cristo»*.

Manolo, fuiste un hombre gigante, indiscutible [...]. En el tiempo de posguerra envolvías una personalidad asombrosa en pura traza paulina [...].

Fueron las horas de mis años jóvenes y de los años jóvenes de España cuando nos llevaste, peregrinos, al sepulcro del señor Sant Yago y nos hiciste ser Adelantados de Peregrinos para que por nosotros haga el Señor a todos los jóvenes de España y en especial a los de nuestra Diócesis, peregrinos de un eterno camino de santidad [...]. Tus manos supieron del Dios que predicabas sugestivamente. Un compañero me dijo que era irresistible tu llamada al poner al desnudo las maravillas del Reino [...].

Nuestra visión de tierra aguardaba que aparecieras cualquier día por nuestra ciudad para revivir el incendio que un día lejano prendiste en nuestras almas [...].

Muchos jóvenes, que hoy somos hombres, podemos decir bien alto que “somos cristianos por la gracia de Dios y por la palabra de Manolo Aparici” [...]. Fuiste el comienzo de nuestra vida en gracia. Con tu autenticidad arroparás el remate, la culminación de nuestra santidad»⁷⁵.

«Treinta años de acción pasan en un vuelo, tanto más vertiginosamente cuanto más dinámica haya sido. Pero ocho años de sufrimiento, hora tras hora, ¿se tiene bien la idea de la eternidad interminable de minutos y de cruces que supone? Esta prodigiosa actividad apostólica de una larga pasión de enfermo “porque quiso”, es tan valiosa y eficaz que, comparada con sus treinta años de acción, reducen éstos a un simple prólogo de la verdadera obra del Siervo de Dios en la Iglesia»⁷⁶.

Y ahora para terminar un testimonio veintiún años después de su muerte.

Han pasado los años, pero «puedo asegurar –dice José Díaz Rincón, ex-Presidente de los Jóvenes de Acción Católica, de Toledo, en el diario YA, con fecha 31 de agosto de 1985– que, pasados treinta años desde que dejó su responsabilidad, aún le recuerdan con admiración los grandes líderes católicos del mundo entero, como he podido comprobar como miembro del Pontificio Consejo para Laicos.

¿Quién no recuerda aquellas encendidas intervenciones de Aparici, llenas de fe, de fidelidad a Cristo y a su Iglesia, cargadas de celo y entusiasmo, que hacían vibrar a los más indiferentes?

Le vi entregarse a Dios y a los hombres de tal manera que tengo que afirmar que él alcanzó, e hizo alcanzar a muchas almas, la santidad. Aparici, sin lugar a dudas, es faro singular del apostolado seglar más genuino y ortodoxo, así como modelo del sacerdocio más exigente».

⁷⁵ José Posa Pérez.

⁷⁶ Rvdo. José Manuel de Córdoba.

ANEXO

ALGUNOS TESTIMONIOS MUY CUALIFICADOS SOBRE EL SIERVO DE DIOS ⁷⁷

De «Coloso de Cristo, de su Iglesia y del Papa» lo calificó el Cardenal D. Ángel Herrera Oria.

«Desde 1948 –aseguraba D. Antonio María Rouco, Cardenal Arzobispo de Madrid, cuando era Arzobispo de Santiago de Compostela– está vivo en Santiago el recuerdo de Manolo y su obra».

«Conocí a D. Manuel Aparici y pude admirar su obra entre la juventud, así como su vida ejemplar y gran espiritualidad en la dirección de jóvenes y sacerdotes –dice el Cardenal D. Ángel Suquía Goicoechea cuando era Arzobispo de Madrid-Alcalá–, por lo que le hacen merecedor de los más grandes elogios. Puedo asegurar que su fama de santidad está viva en la Archidiócesis y también difundida en otros pueblos y regiones. Sus virtudes, que todos admiraron, su ilimitada dedicación al apostolado, su fe inquebrantable en la divina providencia, arrastraron a muchos jóvenes a seguir su ejemplo e incluso a abrazar el sacerdocio, llegando algunos al episcopado».

«Fue un hombre extraordinario –afirma, por su parte, el Cardenal D. Vicente Enrique y Tarancón–. ¡Cuánto bien podría hacer, en la Iglesia de hoy, su ejemplo, como seglar y como sacerdote! ... Me hablaban todos de la vida interior de Manolo, de la exquisitez de conciencia, de la entrega total. Al hablar así, hablan de sus virtudes en grado heroico porque no solamente la fe, sino la caridad que se entrega, una entrega total es lo que caracterizaba a Manolo. Llevaba fuego en su interior; cuando hablaba parecía no un sacerdote, sino un carismático, uno que está ungido por el Espíritu Santo. Era de una vida interior muy subida, muy fuerte. Lo que más le distinguía era la humildad y la entrega total. Que son dos virtudes básicas para decir que uno es santo; pero la entrega total sin recompensa humana de ninguna clase. Sería un gran modelo de seglares y de sacerdote».

«Estimo seriamente –asegura Mons. Maximino Romero de Lema, Arzobispo de Città Nova, que la fama de santidad tiene un fundamento y que esta Canonización será provechosa para la Iglesia: ejemplo para la juventud y para los sacerdotes. Como Presidente de la Juventud de Acción Católica, su vida fue siempre ejemplar. Y los años de su sacerdocio estuvieron marcados por una espiritualidad profunda, con mucho sufrimiento».

«Traté a muchos seglares de entonces beneficiados por su labor sacerdotal y todos se hacían lenguas sobre su grandeza de alma y sus acendradas virtudes –dice Mons. Antonio Montero Moreno, Arzobispo de Mérida-Badajoz–. Fue todo un modelo para el clero y para el laicado español».

«No pueden imaginarse la inmensa alegría que me han dado con la noticia sobre nuestro inolvidable Manuel Aparici –afirma Mons. José María García de Lahiguera–. No cejen en el empeño de incoar la Causa de Beatificación y Canonización de esta grande alma. El bien que puede hacer el ejemplo de su vida, enfermedad y muerte, es grande. ¡Animo y a conseguirlo!».

«La beatificación de Manuel Aparici sin duda supondrá un gran bien para la Iglesia [...] –asegura Mons. Francisco José Pérez y Fernández Golfín, Obispo de Getafe, Madrid–. En la actualidad, la difusión de su vida santa será de gran ayuda

⁷⁷ No se incluyen otros muchos testimonios, también muy valiosos, de Obispos, sacerdotes, religiosos y seglares. Algunos Obispos fueron dirigidos suyos, otros lo tienen como modelo y muchos de ellos fueron amigos suyos.

para la juventud que más que nunca busca ideales verdaderos y sólidos como los que transmitió D. Manuel; su vida encarna un ideal de cristiano laico que al sentir la llamada al sacerdocio hizo la inmolación de su propia vida viviendo con entusiasmo su vocación hasta la muerte; por ello también será ejemplo para las nuevas generaciones de sacerdotes».

«Fue un laico ejemplar [...] –afirma Mons. Mauro Rubio Repullés, Obispo de Salamanca–. Su ejemplo personal [comprometiendo a fondo a la Juventud con Jesucristo y su Iglesia] supuso no sólo el avance definitivo del apostolado seglar en España, sino que influyó en la aparición de numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas en todo el país, y entre ellas la mía».

Por su parte, Mons. Rafael González Moralejo, Obispo Emérito de Huelva, dice:

«Conservo un recuerdo sumamente emocionante de algún acto celebrado en Valencia con motivo del día del Seminario en el que Manolo tuvo la intervención final, tras las de varias personalidades de la vida diocesana y civil de aquella Archidiócesis. Él era todavía seglar [...] mientras que yo ya era seminarista. Habló más que con entusiasmo, con verdadero fervor, con profundo sentido espiritual y apostólico, y causó extraordinario impacto en todos, sacerdotes y seglares, jóvenes o adultos.

Supe luego, cuando entró en el Seminario, de su profunda piedad, de su espíritu de sacrificio y de penitencia –en el Seminario de Madrid hacía un frío terrible, a causa de los destrozos de la guerra– y de su vida de oración y siempre de apostolado. Supe también, con frecuencia, de su vida de sacerdote, especialmente, cuando bien pronto comenzó a sentirse enfermo y tuvo que dejar, poco a poco, la actividad exterior y vivir con enorme sentido apostólico, de entrega e inmolación por los sacerdotes, los seminaristas, las vocaciones y la Iglesia [...].

En mi opinión sería un estímulo para la juventud actual conocer la figura de Manolo, en aquel contexto [...]. En medio de todo ello, lo que sobresalía era la fe, la oración, la esperanza de renovación de la Iglesia en nuestra nación y particularmente de una juventud que, gracias a Manolo y a tantos otros jóvenes apóstoles, supo dar a la Iglesia muchos y excelentes sacerdotes y Obispos».

«En estos momentos de la vida de la Iglesia son muy necesarios los testimonios de una vida seglar cristiana, que muestre la belleza de la fe en medio de la realidad cotidiana de los hombres», aseguraba Mons. Francisco Javier Martínez Fernández, cuando era Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá con el Cardenal D. Ángel Suquía Goicoechea, hoy Obispo de Córdoba. En el acto de apertura de Causa de Canonización del Siervo de Dios nos dijo: «Tenéis el deber de difundir su figura, su obra y la fecunda experiencia de toda aquella época para el bien de la Iglesia».

«Su recuerdo permanece vivo entre todos, con la gratitud de haber recibido mucho de él», asegura Mons. José Capmany, Obispo Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias.

«Edificado siempre por su vida santa y apostólica –afirma por su parte el R.P. Veremundo Pardo Escudero, Paíl–. Durante los años 1940 a 1978 propuse a Manuel Aparici como Caballero de Honor, y la santidad activa a miles de jóvenes “Cruzados y Juventudes Misioneras de la Milagrosa”, en los Colegios de Paúles e Hijas de la Caridad, que le admiraban y seguían con mucho entusiasmo y gran fidelidad. Vivió intensamente sus siete años de **sacerdote y víctima**, donde labró a hachazos de dolor corredentor su santidad definitiva».

«Dejó una gran huella. Y si no, ¿por qué quiere Dios que a los más de treinta años de su muerte sea recordado en los ambientes eclesiales? Se pregunta Joaquín Zamora Navarro.¡

II SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Manuel Aparici, «Capitán de Peregrinos» ⁷⁸ nació en Madrid el 11 de Diciembre de 1902 en el seno de una familia cristiana de clase media ⁷⁹. Su padre era funcionario del Cuerpo General de Hacienda, ocupando a su fallecimiento un alto cargo, aunque vivían con austeridad.

Sus padres, Rafael Aparici Cabezas y Elena Navarro Alonso de Celada, naturales de Madrid, contrajeron matrimonio canónico el día 4 de Mayo de 1896 en la Iglesia Parroquial de San José de Madrid. Su padre falleció el día 28 de Octubre de 1935 a los 65 años de edad cuando él tenía 33 años, y su madre el día 1 de Junio de 1959 a los 85 años de edad, estando enterrados los dos en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, de Madrid.

Era el tercer hermano de cuatro hijos.

Fue bautizado en la Iglesia Parroquial de San Ildefonso, de Madrid, el día 7 de Enero de 1903, imponiéndosele los nombres de Manuel, Gustavo, Adolfo, Rafael, Dámaso y Gaspar de la Purísima Concepción.

No se conoce la fecha ni la iglesia donde hizo la Primera Comunión, pero sí la fecha en que recibió el Sacramento de la Confirmación. Lo recibió en Barcelona, en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en Mayo de 1910.

Hizo sus primeros estudios en Madrid (no se conoce el Centro), que continúa primero en Barcelona, en las Escuelas Pías, por traslado de residencia, debido al cambio de destino de su padre, y después en Tarragona. Los cuatro primeros cursos del Bachillerato, de 1912 a 1916, los cursa en el Instituto General y Técnico de Barcelona y los dos restantes, de 1916 a 1918, en el de Tarragona, finalizándolos en este último año en el que obtiene el título de Bachiller, si bien éste fue expedido por el Rector de la Universidad de Barcelona el día 15 de Noviembre de 1922. Bachiller en Artes en 1921.

Por lo que se refiere a estudios superiores, tiene aprobadas varias asignaturas de Derecho en la Universidad Central de Madrid; estudios que abandona en 1929 para servir a las almas.

No consta ni la fecha ni el Regimiento donde hizo el servicio militar; lo que sí consta es que lo hizo, pues él mismo nos lo dice en su Diario Espiritual.

El día 24 de Febrero de 1922 solicitó tomar parte en las oposiciones para ingreso en el Cuerpo Técnico de Aduanas (número de opositor: 70), superando brillantemente los ejercicios correspondientes. Aprobó con el número 8 e ingresó en el citado Cuerpo con la categoría de Oficial de 3ª clase, el día 24 de Julio de ese año, con 19 años, llegando a ocupar un alto cargo en el escalafón. Se le ofreció el cargo de Director General de Aduanas; cargo que no aceptó por no abandonar sus actividades apostólicas y porque ya tenía decidida su respuesta a la vocación sacerdotal. El comentario general era que tenía una brillante carrera civil por su profesión y que abandonó para hacerse sacerdote (después sería Consiliario de la Academia Pericial de Aduanas). Tenía 39 años cuando ingresa en el Seminario de Madrid-Alcalá en el curso 1941/1942, si bien su vocación nació muchos años antes. Pero él obediente a los mandatos de la Jerarquía retrasó su ingreso hasta dicha fecha.

El 21 de Marzo de 1938 ya anotaba en su Diario: *«No he sufrido por la pérdida de mis bienes. Renuncié a un buen destino para seguir a Cristo y a los jóvenes»*.

⁷⁸ Título que le otorgó la Juventud de Acción Católica Española por los Presidentes Diocesanos. *«A este título –escribe– no renuncié al ingresar en el Seminario, porque es irrenunciable [...] pues ser “Capitán de Peregrinos” entiendo que supone marchar delante en el abrir camino ...»*.

⁷⁹ Cuanto se dice en este Capítulo está tomado casi en su totalidad del Informe de los Peritos Archivistas.

Hasta llegar al Seminario recorre un camino de conversión nada fácil, pero lo recorre de forma valiente y decidida ⁸⁰. Y después de su conversión, su vida fue muy sencilla pero intensamente vivida al servicio de Dios, de la Iglesia y del Papa, en los hermanos. Hasta entonces no se dio cuenta del inmenso amor de Dios, de la fuerza de su gracia, de sus designios.

Sabemos que durante su primera juventud era un joven alegre, divertido, superficial y un «bala», rutinario, evasivo, enamorado (tuvo novia) , gabardina al brazo, corbata y cuello bien puesto, que estuvo algo alejado de Dios, que llevaba una vida frívola, disipada y de miseria, pecadora, poco atento a las prácticas religiosas y más dedicado a la diversión y a las distracciones mundanas (bailes y fiestas, le gustaba mucho bailar, obtuvo una copa de «danzón», teatros, cines, novelas y otras diversiones) que llegó a preocupar a su madre. Incluso llegó a estar alejado de la Iglesia, hasta que descubrió el amor del Padre que fue su bandera en adelante. Y sintió la necesidad de «salir al aire», con la sonrisa abierta para que la juventud de España encontrara el camino de la alegría que buscaba, dándose a Cristo.

Siendo ya sacerdote, diría que sus padres eran buenísimos, que se llevaba muy bien con sus hermanos y que la «oveja negra» de su casa había sido él; que le educaron en la fe católica, que su madre le enseñó a rezar, que le animaba a ir a Misa, a ejercitar el bien, a hacer Ejercicios Espirituales, como lo había hecho con sus hermanos, pero él prácticamente vivía alejado de Dios.

Recordaría también años más tarde (repasaba frecuentemente su vida anterior pesoso y avergonzado por lo que llamaba su época de frivolidad juvenil) que le estorbaba el recuerdo de Dios y que lo fue obscureciendo más y más hasta que casi llegó a decir en su enfermo corazón, como el insensato, no existe Dios ... Pero el Señor no hacía caso de sus irracionales deseos y siguió amándole y le mostró tanto amor que le venció. Le amaba y volvía a llamarle, esta vez a través de su madre. Así, en la Semana Santa de 1925, por darle gusto a su madre y a regañadientes, hace Ejercicios Espirituales (práctica que ya no abandonaría en toda su vida) y anota en su Diario: *«Empecé a amar a Jesús y me inscribí en su Guardia de Honor»*.

Con altibajos, en los años siguientes continúa el camino emprendido. Y fue mejorando su vida.

En el periodo, que él llama de su «conversión», hay una fecha segura e importante: el día de la Inmaculada Concepción de 1927, abrazo maternal de la Madre que lo recordará con viva emoción a lo largo de toda su vida. Tenía entonces 25 años.

Al año siguiente (1928) el Señor clavó en su alma la angustia y la queja de su «sed». Desde entonces su vida la fue absorbiendo el afán de satisfacer esa «sed» de Jesús, que le quemaba el alma. Y vive un proceso de conversión que le va llevando a una entrega cada vez más íntima y total a Jesucristo, su Amado, y a una vocación apostólica cada vez más firme y apasionada, una verdadera vocación de sed de almas. «Sitio», como ha quedado dicho, es el lema de su vida; lema que ofrece a los jóvenes propagandistas de la Acción Católica, y será después su lema sacerdotal. Tenía sed de almas. Viva sed de almas.

Comenzó a recorrer el camino de la perfección y avanzó en el mismo con paso firme, constante y decidido, afrontando las dificultades que lleva consigo la marcha hacia la santidad.

Y éste es hoy su mensaje:

Como seglar, un joven que se convierte a Cristo en plena juventud y que valientemente, sin temores humanos, a velas desplegadas, se empeña en vivir el Evangelio, para llevarlo a todos los jóvenes, como luz de Cristo. Como sacerdote un ejemplo de fe, de obediencia, de humildad, de trabajo, de transparencia, de dar su vida al prójimo y de oración que alimentaba su vida interior. Una vida ejemplar y luminosa, digna de imitarse.

⁸⁰ Mons. Ricardo Blanco, siendo Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá, glosando la personalidad y la obra de Manuel Aparici le evocó en sus tres facetas de «humilde converso», «apóstol infatigable» y «víctima».

Sus planteamientos, según los Peritos Teólogos, siguen siendo válidos aún hoy a pesar del tiempo transcurrido.

Su figura, su vida y su obra, primero como seglar y después como sacerdote, que impresionó a quienes le conocieron, llenan una página de la historia religiosa de España en el siglo XX y le convierten en testimonio vivo y modelo ejemplar de apóstoles seglares y de sacerdotes. Fueron treinta años al servicio de la Iglesia y del Papa, de los jóvenes y de los sacerdotes.

Presidente Nacional de la Juventud de Acción Católica durante siete años, desde 1934 a 1941, año en que cesó para ingresar en el Seminario, desde donde desarrolló una ingente tarea apostólica a la que estaba totalmente entregado, y, después de su ordenación sacerdotal y de su breve etapa de formación en la Universidad Pontificia de Salamanca ⁸¹, Consiliario Nacional de la misma durante nueve años, desde 1950 a 1959, año en que tuvo que cesar por grave enfermedad de la que moriría el 28 de Agosto de 1964 tras nueve años de inmisericorde dolencia que lo tuvo recluido, inmóvil entre acerbos dolores, pero con fe acrecida y plena aceptación de la voluntad de Dios.

Cuando empezó su Presidencia había 20.000 jóvenes y 400 Centros; al dejarla siete años después, hay 100.000 jóvenes y 2.000 Centros. Había multiplicado por cinco las cifras.

Fue Presidente de la Juventud de Acción Católica en una etapa de heroísmo y martirio ... símbolo y corona ... en la que dejó profunda huella. Aparici, Capitán y mártir. Aparici el Presidente de los 7.000 mártires y 2.000 vocaciones sacerdotales, que se ofreció como víctima, y el Señor le tomó la palabra. Presidió la etapa martirial de esa Juventud.

En Marzo de 1934, en San Pedro, con motivo de la peregrinación a Roma, Manuel Aparici había hecho a Dios el ofrecimiento de su vida como víctima pero su victimación fue «in crescendo» hasta llegar a su plenitud en el estado sacerdotal ⁸².

En plena guerra, de conformidad con la Jerarquía, que tenía depositada toda su confianza en él, se instala en Burgos para reorganizar allí el Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica. La Iglesia se había propuesto mantener la Acción Católica libre de implicaciones políticas. Y Manuel Aparici fue su fiel ejecutor. Por su edad no fue movilizado. Obediente y callado, soporta la humillación de la retaguardia que le impone el Cardenal Gomá con la orden estricta del Papa y de la Jerarquía de hacer subsistir la misma.

Entonces, su figura se agiganta y emprende su magnífica y fecunda labor, que ya no abandona en toda la guerra. Lleva una intensa vida de piedad. En retaguardia no hay ni un solo joven de Acción Católica, salvo los que no son útiles para el servicio de las armas. Hubo momento en que toda la Organización estuvo atendida por él y uno más, pero el desaliento no hace mella en él, porque sabe que la Acción Católica es de Dios y Él la ha de proteger.

Como funcionario se hace cargo en la ciudad de Burgos de los siguientes servicios: Aeródromo, Correo, Depósito de Azúcares e Inspección de Coloniales y Detallistas de Alcoholes, pasando en mayo de 1938 a prestar sus servicios en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda. Compaginando todo ello con sus responsabilidades como Presidente Nacional.

Un día anotó en su Diario:

«¡Gracias Señor! Que un ministro tuyo me ha dicho, en tu nombre, que soy el administrador de la sangre de España» ... Y se preguntaba: «¿Podré ser yo

⁸¹ Había sido ordenado sacerdote, con la debida dispensa, al finalizar el Tercer curso de Teología y su Obispo, D. Leopoldo Eijo y Garay, quería que completase sus estudio de Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca.

⁸² Siendo seminarista eligió como tema de su trabajo «La Unión con Cristo a través del dolor». ¿Por qué eligió este tema como objeto de su trabajo? El mismo nos lo dice: «Para tratar de ayudar a los hombres a encontrar la paz en Cristo crucificado ... ». Trabajo –aclara– que más se ha inspirado en largas reflexiones personales junto al Sagrario que en la lectura de muchos libros. Fuentes fundamentales han sido el Crucifijo y la Sagrada Escritura.

administrador de la sangre de los mártires si yo no mezclo la mía a la suya?» ... «Yo recibí personalmente las confidencias de más de 2.000 de ellos. Nuestros poderes son los mártires y las vocaciones. ¿Ha fracasado la Acción Católica? Sí, como Cristo fracasó en la Cruz».

Como seglar puso en marcha e impulsó uno de los más formidables movimientos juveniles de espiritualidad y apostolado en España de los últimos tiempos: el de la Juventud de Acción Católica, de la que fue su alma y su vida; porque decir Manuel Aparici era decir Juventud de Acción Católica; aquella Juventud que él quería unida en torno al Papa y a los Obispos, si bien no le fueron ajenos otros campos de apostolado, porque era un hombre de Iglesia.

Pertenecía a la Congregación Mariana de Los Luises, a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, a la Adoración Nocturna, al Apostolado de la Oración, a las Conferencias de San Vicente Paúl y era Hermano Mayor de la Archicofradía del Apóstol Santiago.

Fue fundador de la revista LA FLECHA (revista para dirigentes), del Boletín de Dirigentes, de la revista INCUNABLE (de la Universidad Pontificia de Salamanca) y del Colegio Mayor San Juan de la Cruz. Hizo realidad uno de sus más fervientes deseos: contar con un periódico para la Juventud de Acción Católica, SIGNO (éste es tronco y raíz de hombres, de empresas apostólicas, de periodistas, de publicaciones que nacieron de su savia. ECCLESIA, por ejemplo, es hija de él). En el folleto «Epistolario del Frente», publicado en Burgos en plena guerra, con prólogo de Manuel Aparici, se puede contemplar su «mística». Publica el folleto ULTREYA.

Y el grito de ULTREYA es adoptado por los Cursillos de Cristiandad. En ellos se hizo famoso el «Compromiso de Peregrino» y el «Examen del Peregrino» de Manuel Aparici.

Promueve un torrente de Cursillos de Dirigentes y de Adelantados de Peregrinos, creados por él y funda el Grupo de Propagandistas del Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica.

«¡Todo por Cristo! Ese era su lema».

Con su respuesta al llamamiento del Papa Pío XI a una «Cristiandad ejemplar», es decir a la Vanguardia de Cristiandad, y «su vocación hispana» - vocación comunitaria de los pueblos hispánicos al apostolado, para la salvación del mundo- puso en pie de marcha peregrinante a esa Juventud y supo despertar en varias generaciones de jóvenes un alto ideal de santidad y apostolado: **El Ideal Peregrinante, como estilo de vida. Y les enseñó a entender y a vivir la vida como una Peregrinación.** La juventud peregrinante hacia Cristo. Este es su gran proyecto, que es hoy en los albores del Tercer Milenio cristiano, un Ideal plenamente vigente, más necesario y urgente que nunca ⁸³.

Quiso dar ese sello de peregrino constante a nuestra Juventud para restaurar el sentido dinámico de la vida cristiana, porque ésta no es más que un ir constante al Padre.

Que no es sólo practicar la peregrinación como método de espiritualidad o estilo de vida, sino además, y sobre todo, entender y vivir la vida como una Peregrinación. Porque para Aparici: «*Peregrinar es caminar por Cristo al Padre, a impulsos del Espíritu Santo, con la ayuda de María y llevando consigo a los hermanos*».

Muchos años después de haber sido formulada esta definición por Manuel Aparici, el Concilio Vaticano II proclamará en todos sus textos el carácter peregrinante de la Iglesia y la espiritualidad que de ella se deriva. «La comunidad cristiana -dice el Concilio- está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos». Y en otro lugar: «La Madre de Jesús antecede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios». Y lo repite incesantemente la sagrada Liturgia. Y lo predica y lo vive el Santo Padre, con su palabra y su ejemplo, con su vida, hecha peregrinación a Dios y a los hombres.

⁸³ Ver el libro recientemente editado por la Asociación de Peregrinos de la Iglesia «Manuel Aparici Navarro, “Capitán de Peregrinos”, 1902-1964, y el Ideal Peregrinante».

La sed de almas que quería despertar en los suyos le llevó a comprometerse y a comprometerlos por una Cristianidad «ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo».

Y, al cesar en la Presidencia Nacional de la Juventud, echó sobre sus hombros la tarea de buscar ayuda económica a los que un día fueron sus presididos y a quienes ahora el Señor llamaba a su sacerdocio.

Su pasión eran los sacerdotes. ¡Cuánto celo puso siempre por la santificación de los sacerdotes! Y es que Aparici fue un enamorado de su sacerdocio y uno de los grandes promotores de un movimiento de vocaciones tardías, que superaron ampliamente el número de 2.000 como fruto indudable de la gracia de Dios y de la acertada siembra espiritual que se hizo, bien impulsada por él: Maximino Romero de Lema, Mauro Rubio, los hermanos Roca, Raimundo Paniker, Federico Suárez, Federico Sopena y el adelantado de todos, él. Discípulos suyos llenaron todos los Seminarios y todos los Noviciados. Fue el gran pescador. Dejaba una impronta de celo sacerdotal y espíritu apostólico dignos de admiración.

«¡Cómo sufría al ver, desde su ventana (estaba ya muy enfermo), a religiosos y sacerdotes en la fila a la espera de recoger entradas para el cine o el teatro: *«¿A dónde irán por este camino? –se preguntaba–; cuánto más lograrían para su adaptación a las almas con la vivencia intensa de la vida de Sagrario ... ».*

Ordenado sacerdote (era entonces feligrés de la Parroquia de San Ginés, de Madrid), tras su estancia en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde dirige el Colegio Mayor Sacerdotal Jaime Balmes (era Rector del mismo) y es el Director responsable del grupo de vocaciones tardías que se formaba en la misma, es designado Consiliario Nacional de la Juventud de Acción Católica.

Forja un proyecto de Colegio de Consiliarios de Acción Católica. El Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, Enrique Pla y Deniel, le comunica que puede presentar el proyecto de Casa Sacerdotal de Obras Apostólicas del Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica a la Dirección Central de la Acción Católica Española y redacta el «Proyecto de Reglamento de la misma».

Intensa y fecunda actividad como Consiliario, extendiendo los Cursos de Militantes de Cristiandad desde el Consejo Superior. Cuando cesa en la Consiliaría Nacional, la Juventud de Acción Católica presenta un balance más optimista que cuando tomó posesión y aparece de nuevo a la vanguardia de la juventud cristiana de España. La fórmula es sencilla: Evangelio.

Siete largos años de enfermedad, que le reducen a la inmovilidad y a la impotencia, y también a la soledad, le van clavando más y más a la Cruz, hasta su muerte santa en 1964, poniendo su espíritu en manos del Padre.

Sufrió, en verdad, un auténtico calvario sobrellevado con entereza ejemplar, espíritu sobrenatural y plena aceptación de la voluntad de Dios.

A lo largo de toda su enfermedad, mientras pudo, siguió trabajando, rezando, y aconsejando a quienes le visitaban. Sólo se apoyaba en la fe y en la confianza en Dios. Nunca, durante su enfermedad, estuvo pesimista ni orgulloso. Siempre con buen ánimo, incluso en los momentos más álgidos del sufrimiento.

Cuantos le visitaban con el propósito de llevarle aliento en su difícil peregrinar, salían de su casa alentados y confortados. De las conversaciones se deducía su alta espiritualidad y plena aceptación de la voluntad de Dios.

Estando ya cercana su muerte, su buen amigo y compañero del Seminario el Rvdo. Julio Navarro Pandero fue a verle con su amigo el Rvdo. Pedro Alvarez Soler que iba a celebrar Misa a su lado (no se permitía entonces la concelebración) en su habitación (tenía para ello la licencia oportuna). Acabada la Misa y dadas gracias a Dios, le dijo al primero: *«Julio, ahora sé decir Misa».* Cuando se estaba inmolando en el altar con Cristo Sacerdote.

La víspera de su muerte se le notaba que estaba muy dispuesto a partir y lanzarse de lleno en los brazos del Padre. Escribe: *«Se está tan a gusto en los brazos del Padre, totalmente abandonado como un niño».*

En la mañana del día de su muerte, como todos los días, había recibido la Sagrada Comunión que le habían traído de San Ginés. Años antes había recibido el Sacramento de la Unción de los Enfermos de manos el Párroco. Lo recibió con plena lucidez y consciente de lo que para un cristiano es este Sacramento.

Hacia mediodía recibió la visita de Don José María García Lahiguera, su Director espiritual en el Seminario, que iba a verle con frecuencia. Iba a despedirse de su amigo, pues dentro de muy poco haría su entrada oficial en la Diócesis de Huelva. Aparici le dijo en el momento de su despedida: «*Es la última vez que te veo*».

¡Qué cosas dices, Manolo! -respondió D. José María-. Yo seguiré viniendo a Madrid, y te veré con frecuencia. Se despidieron.

Sin embargo, a primeras horas de la tarde de ese día 28 de Agosto de 1964 **expiraba** santamente en su domicilio de Madrid, Plaza de Isabel II núm. 1, por infarto de miocardio, el «Capitán de Peregrinos»; moría un viernes, un día de San Agustín, que tanto citaba; justo dieciséis años después de la magna peregrinación mundial juvenil a Santiago de Compostela de 1948, Año Santo Jacobeo, ideal de santidad por él propuesto a la juventud española y del mundo. Tenía su cara un aspecto de tranquilidad y de paz.

Sus últimas palabras fueron: «*Dios, recibe mi espíritu*». Y entregó su espíritu en manos del Padre como un hijo chiquitín, quedando inerte su cuerpo en la butaca de al lado del balcón (d.e.p.)⁸⁴.

El breviario, que estaba junto al sillón donde murió, estaba en Sexta. Murió en la hora Nona, un viernes. Había rezado todo para presentarse a la alabanza eterna, una vez cumplida la alabanza de la tierra.

«Todos sintieron su muerte y revivieron su admiración por la figura sacerdotal ejemplar»⁸⁵.

«Tenía un alma de auténtico apóstol de Cristo y se entregó sin reservas [...]. Tallado, diría yo⁸⁶, para el sacerdocio, vino a ser lo que esperaba y fuertemente anhelaba, siendo el sacerdote santo, probado en el crisol de una larga y dolorosa enfermedad, que le sirvió para inmolarse y ofrecerse a Dios como víctima de propiciación a ejemplo del Sumo Sacerdote Jesucristo, inmolado en la Cruz. Y añade: «Por haberse trasladado a Madrid [...] yo no viví a su lado, pero informes bien verídicos me aseguran que su última enfermedad, sobre todo, fue una auténtica y verdadera inmolación sacerdotal».

«Vivió pobremente y murió pobrísimo. Tuvo que pedir en más de una ocasión. Se puso en condiciones de vivir pobre»⁸⁷, asegura Sor Carmen.

La noticia de su muerte se difundió rápidamente. Momentos después estaba nuevamente en su casa D. José María que rezó un responso.

Era un ir y venir de gentes que recordaban la figura, las obras y los consejos recibidos del sacerdote que acababa de fallecer. Entre los que acudieron a su casa figuran los Obispos Auxiliares de Madrid-Alcalá, Don Juan Ricote, Don Maximino Romero de Lema (estuvo toda la noche al lado del cadáver) y Don Mauro Rubio, Obispo de Salamanca, que vino de Salamanca a toda velocidad; dirigentes y miembros de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica y de todas las Ramas de la Acción Católica, sacerdotes, viejos amigos de Manolo y de su familia.

El rosario, que se rezó por la noche, fue especialmente emocionante. Como Aparici les enseñó a ver «un espíritu práctico» fue para los presentes un signo elocuente de Iglesia. Lo dirigió Don Maximino y estaban allí todas las vocaciones de la Iglesia: unas esposas de Cristo, las religiosas que le atendían, unos cuantos sacerdotes, unos padres de familia y unos jóvenes.

⁸⁴ SIGNO le dedicó un número (el de fecha 5 de septiembre de 1964). Pero al mismo tiempo se complacía en anunciar a sus lectores que muy pronto dedicaría un número monográfico extraordinario dedicado a la Juventud de Acción Católica de siempre (Ayer, Hoy y Mañana), en recuerdo y homenaje a este hombre singular, Manuel Aparici, en su honor y memoria.

Creemos -decía- que es hora de que se conozcan estas páginas de la historia de España, que para muchos permanecen totalmente ocultas.

⁸⁵ Mons. José Cerviño Cerviño.

⁸⁶ Rvdo. Mariano Barriocanal.

⁸⁷ Sor Carmen.

Numerosas personalidades y amigos acompañaron los restos mortales desde su domicilio hasta el Monasterio de la Encarnación y terminado el funeral siguieron al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, donde recibió cristiana sepultura en el panteón familiar.

«Este cálido –y un no sé qué de agobiante atardecer de un 28 de Agosto de 1964, en el Madrid casi desierto, se ha hecho de repente profundamente humano en torno al féretro humilde de Manolo Aparici. Por la escalinata del Monasterio, en un féretro humilde, a hombros de viejos amigos, iba un inmenso corazón roto. Porque Aparici fue inteligencia aguda y dinámica, sin bizantinismos, flexible y abierto a la acción, pero fue, por encima de todo, un corazón, un inmenso corazón, a la vez fuerte y frágil, indoblegable y tierno, reciamente fiel a la verdad y sensible a los dolores y a las necesidades de los hombres.

»Muchos somos los que a lo largo de estos tres últimos decenios nos hemos ido curando un poco de nuestras flaquezas, haciéndonos menos inhumanos, al contacto con ese corazón, Su latido reforzó nuestro ánimo en los años treinta [...] entre el afán de aceptar lealmente una perspectiva para España y poner espíritu de Cristo, desde las filas de la Juventud de Acción Católica, en las cambiantes realidades y políticas de la República y la tentación de defenderse [...].

»Tan lejos de la imprudencia como de la cobardía, Manolo nos brindó el ejemplo –casi heroico, casi inimitable– de un apóstol vigoroso, militante incluso (con vigilancia nocturna de las iglesias, y de los conventos en peligro), pero al mismo tiempo sereno, sencillo e ilusionado, en espíritu de paciencia y de esperanza.

»Ese mismo latido del corazón de Aparici explica la actitud de hombres como Antonio Rivera, el «Ángel del Alcázar», uno de sus más generosos seguidores [...]. Como también ese latido cordial hizo posible la acción hacia dentro, hacia el hondón del alma, en los Centros de Apostolado de Vanguardia ⁸⁸–su creación más personal y fecunda–, en medio de obstáculos sin cuento.

»Corazón ejemplar de hijo y de hermano; de seglar al servicio de la Iglesia y del sacerdote; de apóstol sin fisura y de cristiano universal [...]. El corazón de Manuel Aparici ha dejado de latir sin claudicaciones todos los avatares de nuestra reciente y conturbada historia y se ha ido purificando, aún más si cabe, a fuego lento durante la forzosa inmovilidad de los ocho años de dolencia y, en parte, de soledad. Porque en el vértigo de la vida colectiva no le veíamos con la frecuencia que él hubiera deseado. Su ilusión era estar junto a cada uno de nosotros, día a día, codo a codo, compartiendo sobre la marcha inquietudes, ilusiones y fracasos. Pero tuvo que resignarse hermosamente a seguir la lucha en silencio, quieto y a distancia.

»Ya está en paz, en la paz de Dios, su inmenso, su santo corazón roto. Como grano de trigo que muere para dar vida. A los suyos y a los otros, a los de enfrente. No sé si Manolo tuvo alguna vez enemigos. Por su parte, tengo la certeza de que no [...]. Pero, en todo caso, ya está ahora su corazón ofrecido al Padre por todos su hermanos, los hombres» ⁸⁹.

Con él se iba uno de los hombres que más profunda huella han dejado en la Acción Católica y en la Iglesia de España durante esos treinta años (de los años 30 a los 60). Nos brindó el ejemplo –casi heroico, casi inimitable– de un apóstol vigoroso.

Muchos son los que a lo largo de los años se han ido curando un poco de sus flaquezas, haciéndose menos inhumanos, al contacto con ese corazón. Su corazón reforzó su ánimo en los años treinta entre el afán de aceptar lealmente una perspectiva para España y poner espíritu de Cristo, desde las filas de la Juventud de la Acción Católica, en las cambiantes realidades y políticas de la República y la tentación de defenderse.

El funeral de «corpore insepulto» se celebró en el Monasterio de la Encarnación, porque la Parroquia estaba en obras. Ofició la Santa Misa el Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá, D. Maximino, que después rezó un responso ante el cadáver. Era el primer funeral que celebraba el nuevo Obispo a quien tanto quería

⁸⁸ Centros de Jóvenes de Acción Católica en el propio frente de batalla.

⁸⁹ Joaquín Rui-Giménez.

Aparici. En el presbiterio, al lado del Evangelio, se situaron los Obispos: Vicario General de Madrid-Alcalá, Don Juan Ricote; de Salamanca, Don Mauro Rubio, y de Huelva, Don José María García Lahiguera.

En lugares destacados de la nave central se encontraban el ministro de Hacienda, Don Mariano Navarro Rubio, y el ex-ministro Don Joaquín Ruiz-Giménez, el Secretario General de la Acción Católica, el Vicepresidente de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica, el Presidente Nacional de los Jóvenes de Acción Católica, antiguos dirigentes y miembros de todas las Ramas de la Acción Católica española, así como párroco y clero de San Ginés, su Parroquia, representación del cabildo de curas párrocos de la archidiócesis, de órdenes religiosas y amigos. Una iglesia llena totalmente de hombres, los que le habían seguido por todas las tierras de España en actos y peregrinaciones.

«Diariamente la muerte hacía su obra en Aparici y la vida en cuantos se acercaban a él. Porque sólo cuando ninguna fuerza humana y ninguna ilusión tenemos mantiene al hombre podemos estar seguros de que, a pesar de todo, permanece en pie, es que el poder de Dios le sostiene.

»Pero la verdadera vida de Manuel Aparici ha sido su muerte. Una muerte de ocho años. El incansable viajero, atado a un sillón. El apóstol impaciente, en la impotencia completa de actuar. El orador de Zaragoza y Santiago, capaz apenas de una conversación, con la ayuda muchas veces del oxígeno. El enamorado de su sacerdocio, imposibilitado con frecuencia para decir Misa en su pequeño Oratorio. Una muerte gustada, cada vez más profunda, hora a hora en la soledad. Alguna vez se le escapaba una amistosa queja. ¡Qué pocos vienen a verme!

»¿Cuál ha sido el apostolado más fecundo de Manolo? ¿El de sus años de «líder» juvenil? ¿El de su callada época de seminarista? ¿El de sus difíciles tiempos de Consiliario? ¿O el de sus ocho años de agonizante? ⁹⁰.

«[...] Podríamos afirmar [...] que Manuel Aparici no tenía estilo, sino que su humana y espiritual madurez le había constituido en estilo. Este se había sustantividad con él: Manolo Aparici es un estilo.

»Vitalidad y peculiaridad, unidad y simplicidad honda, transcendencia y esperanza. Sólo su presencia ya era signo de lo sagrado, reafirmado con su gesto, su palabra, su sacerdocio y cuántas veces con su silencio.

»Difícil siempre resulta simplificar en un término la complejidad del ser humano y de su espíritu. Sin embargo, a mí se me antoja que a Manolo Aparici le podríamos perfilar como un trazo grueso, nostalgia de Dios ...

»La contextura joánica de su pensamiento y la vibración paulina de su temperamento daba un relieve a su acción sacerdotal que fácilmente ponía a sus educandos en el camino de la búsqueda y el descubrimiento del sentido de Dios en cada coyuntura y circunstancia de la propia existencia; existencia que siempre concebía y plasmaba en el comportamiento como peregrinaje esperanzado hacia la unidad del Padre, en Cristo e impulsado por el Espíritu.

»Su espera dolorosa convertida en sonrisa dolorida se apagó con la muerte de la esperanza que le mantenía terso y angustiado por el encuentro con el Padre para la visión y el gozo.

»Gran paradoja siempre él, por la adultez de su juventud y la jovialidad en su madurez. Paradoja del ser activo y de ocho años de contemplativo en el dolor. Paradoja de retiro y de presencia; de relevo y permanencia, de inmanencia en el operar y transcendencia en el ser.

»A lo largo de la zozobante llamada de su última existencia, motivo de reconocimiento de sus limitaciones y finitud, Manolo supo identificarse. Supo dar impronta, harta veces silenciosa e incógnita.

»Los jóvenes dejáronse marcar por su marchamo. La Juventud se hizo dócil. Gran Testimonio. Manuel Aparici todavía no ha muerto» ⁹¹.

⁹⁰ Rvdo. Miguel Benzo.

⁹¹ Rvdo. Manuel Arconada.

Los sucesores de Aparici mantuvieron sus enseñanzas apostólicas con una fidelidad tocada de la sed de las almas de Manolo. Con su muerte pareció olvidarse la España peregrinante y Vanguardia de Cristiandad por él impulsada. Pero veinticinco años después, el 19 de Agosto de 1989, una nueva y populosa peregrinación de jóvenes de todo el mundo llegaba a Santiago de Compostela por cientos de miles, multiplicando las decenas de miles de 1948, hasta entonces la mayor peregrinación llegada a Santiago, tan sobrepasada luego por la de 1989. Sobrepasada y presidida por el mismo Vicario de Cristo, el Papa felizmente reinante, Juan Pablo II. ¡Qué respuesta a la sed de almas de Manuel Aparici ... !

Han pasado los años. Y en quienes le conocieron y trataron, o recibieron el influjo de su apostolado, se afianza su fama de santidad, al que el Cardenal D. Angel Herrera Oria calificó de «Coloso de Cristo, de su Iglesia y del Papa».

Y finalizo con unas palabras de Margarita Galmes Medina de Cursillos de Cristiandad, Mallorca, que habla también de Manuel Aparici en términos altamente elogiosos. «[...] Desde Mallorca [...] tenemos conciencia que nuestro querido amigo Manuel Aparici fue un gran Siervo de Dios y un gran apóstol [...] y una bellísima persona que trabajó muy duro para que se transmitiera el mensaje de Cristo, mediante los Cursillos de Cristiandad [...]». «Manuel Aparici –añade– hizo mucho por los Cursillos y por los demás, para que pudieran conocer el Evangelio y a un Cristo Resucitado»⁹².

Carlos Peinó Agrelo

Peregrino. Cursillista. Ex-Notario Adjunto Tribunal Eclesiástico (Archidiócesis de Madrid, España)
Causa de Canonización de Manuel Aparici. Colaborador en la redacción de la *Positio super virtutibus*, Ex-Vice Postulador de su Causa, etc.

⁹² Su E-Mail de fecha 24 de febrero de 2007.